


CeDInCI



pensamiento
crítico

pensamiento crítico

J 556, Vedado, Habana

Director

Fernando Martínez

Consejo de Dirección

Aurelio Alonso
José Bell Lara
Jesús Díaz
Thalía Fung

Diseño y emplane

Rostgaard

40 centavos
suscripción anual \$4.80

Pensamiento Crítico responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria. De aquí que los artículos publicados no corresponden necesariamente a la opinión de la revista, que se reserva el derecho de expresarla por medio de notas aclaratorias o artículos cuando lo estime necesario.

INDICE

Poder negro y revolución 3 *George Ware*

Aspectos económicos del imperialismo norteamericano 15 *Harry Magdoff*

Una estrategia para revolucionarios norteamericanos 48 *Donald Barnett*

Johnson-Nixon 65 *Thomas G. Buchanan*

El bombardeo de Viet Nam 77 *Robert S. McNamara*

La escalada como estrategia 91 *Wilfred Burchett*

La intransigencia del movimiento liberador cubano 103 *Armando Hart*

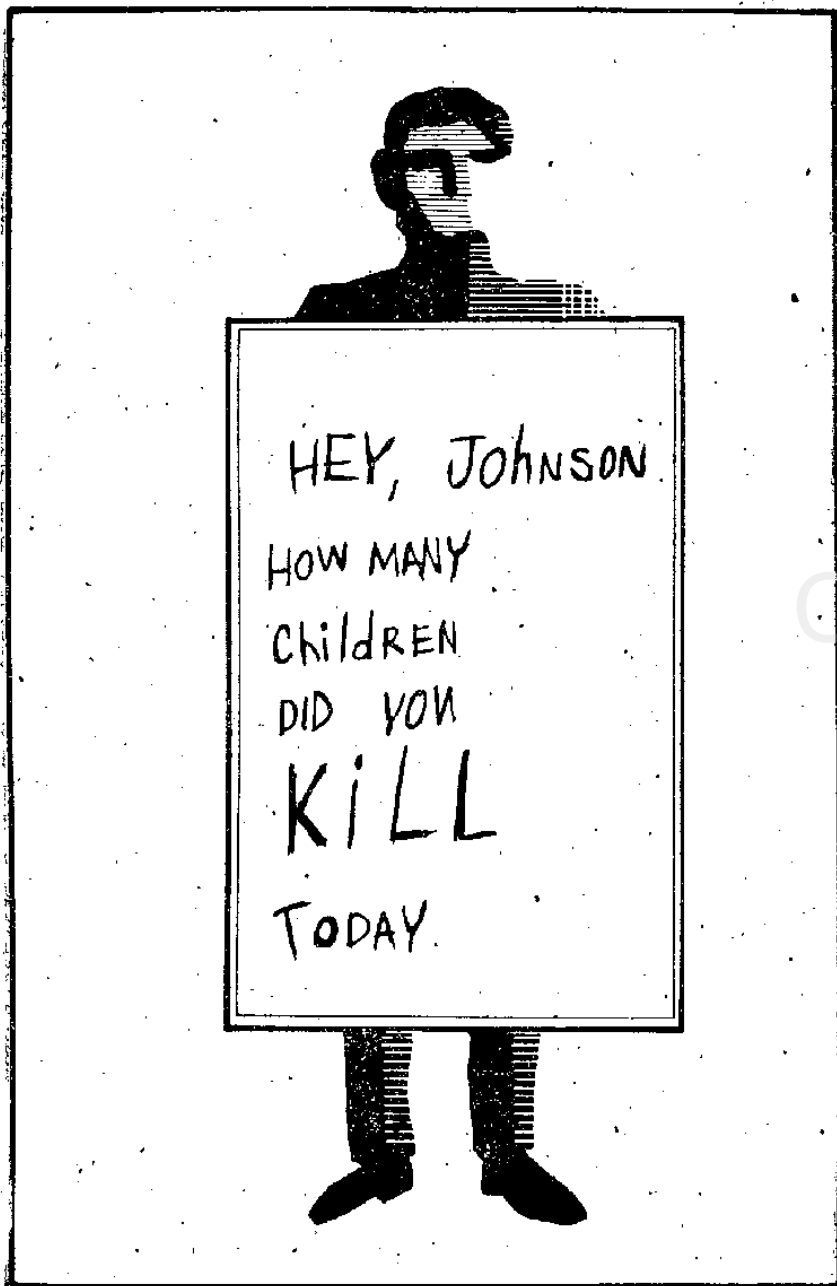
Introducción al estudio de la hegemonía del Estado 131 *Nicos Poulantzas*

Documentos 154 *Populorum Progressio*

Libros recibidos 189

Los autores 191

No. 8 Septiembre de 1967. Año del Viet Nam Heroico



Poder negro y revolución

GEORGE WARE

El movimiento negro no constituye un complejo homogéneo; sino que, por el contrario, se encuentra integrado por grupos ideológicamente diferentes cuya gama varía desde la resistencia pasiva hasta la actitud realista de los que exigen sus derechos por medio de la acción armada. En el movimiento negro ha existido siempre una separación entre autonomistas e integracionistas; pero ésta se reduce a un plano teórico, sin que sus tácticas difirieran —salvo excepciones individuales— en la práctica.

Sin embargo, desde 1965 se inicia el proceso de radicalización ideológica de dos organizaciones del movimiento negro: el Congreso por la igualdad racial (CORE) y el Comité organizador estudiantil por la no-violencia (SNCC).

Hasta ese año la acción del CORE —fundado en 1942 con elementos disidentes de la NAACP— se había desarrollado en un marco de no-violencia, lo que había impedido a sus miembros ejercitar la autodefensa cuando eran agredidos. En la Conferencia del CORE de 1965 se planteó la necesidad de su empleo como medio de ripostar a la violencia racista; pero no fue aprobada por la presión del entonces presidente James Farmer. La elección de McKissick a la dirección del CORE le imprimió a la organización un carácter más militante y combativo. Desde entonces el CORE sostiene una firme posición contra la guerra de EU en Viet Nam y contra el reclutamiento, trata de politizar a las masas negras y enfrentarlás con el significado real de la integración.

Por otra parte, el SNCC —constituido en 1960— sufrió una rápida transformación en sus planteamientos programáticos. Influida decisivamente por la ideología de Malcolm X propugnó la lucha por el poder político mediante la constitución de partidos totalmente dirigidos por negros. El líder musulmán había revitalizado la tradición de lucha violenta de los negros que se retrotraía al siglo XVII. El SNCC recogió esta bandera, pero debió revisarla para hacerla adecuada a la lucha en los ghettos, cuyos estallidos esporádicos de violencia conmovían la paciente e implorante lucha por los derechos civiles. En enero de 1966 el SNCC, en una declaración formal, condenó la política exterior de los EU, especialmente la guerra de Viet Nam, la intervención en la República Dominicana, etc.: la problemática religiosa y el nacionalismo negro de Malcolm X habían quedado atrás. El SNCC había planteado su oposición a un poder que quería oprimir al mundo y conceptualizado la opresión negra como un aspecto parcial de la opresión general. En mayo de 1966 la presidencia rotativa del SNCC fue ocupada por Stokely Carmichael, y con su elección la organización se radicalizó aún más.

El SNCC ha declarado que concibe su lucha como parte de la lucha total del Tercer mundo; que las causas de la violencia racial en las ciudades norteamericanas son las mismas de la guerra en Viet Nam y de los levantamientos guerrilleros en Latinoamérica.

Tanto para el CORE como para el SNCC el objetivo estratégico ha cambiado: no luchan por la integración a la sociedad blanca, al mundo regido por las normas de los blancos detentores del poder, sino por el rescate de su autonomía, por el ejercicio de los derechos que le son inherentes como hombres, sin la exigencia de una asimilación ficticia a sus opresores.

En junio de 1966, durante la marcha Meredith se enfrentaron en forma definitiva los integracionistas presididos por Martin Luther King con sus lemas reformistas, y los autonomistas dirigidos por Stokely Carmichael que esgrimieron la consigna poder negro.

El CORE en su Conferencia de julio del propio año apoyó la tesis del poder negro como símbolo de autodeterminación, autogestión y autodefensa de las masas negras. La idea de poder negro nucleó al CORE y al SNCC que se hicieron más fuertes, y su influencia se expandió entre los miembros jóvenes de organizaciones conservadoras, como la Asociación nacional para el progreso de la gente de color (NAACP) —en cuyo seno se apuntan contradicciones por las formas de lucha— y de sectas religiosas como los musulmanes negros de Elijah Muhammed, quienes han participado en manifestaciones junto al SNCC, y han luchado cuerpo a cuerpo en los ghettos, y a grupos armados como los Diáconos por la libertad, y la justicia, preparados para repeler agresiones racistas.

La retaguardia del movimiento negro está constituida por las organizaciones que luchan por los derechos civiles, su ideal aglutinador. Sus planteamientos no rebasan los abstractos pronunciamientos de fraternidad general e integración gradual producto de la asimilación del negro al blanco, y su táctica es la acción no-violenta. Su línea ideológica fluctúa desde el centroderecha donde puede situarse a la Conferencia de los líderes cristianos del Sur (SCLC), presidida por Martin Luther King, —agrupación de religiosos bautistas cuyo objetivo fundamental ha sido

confirmar, por medio de leyes complementarias, los derechos otorgados por la Constitución—; la Liga nacional urbana —que trabaja por la solución individual de los problemas de empleos y de capacitación de los negros—, cuyas posiciones valoradas políticamente se enmarcan en posiciones de derecha; y la más antigua —formada a principios de siglo— y conservadora de las agrupaciones, la Asociación nacional para el progreso de la gente de color (NAACP), cuyos dirigentes representan la oposición más radical a la consigna del poder negro, pero cuya posición actual no impide la evaluación de sus hechos positivos como la reiterada defensa de los negros en las Cortes, y su preparación ideológica para que tomaran conciencia de su condición de hombres.

El movimiento negro ha entrado en una nueva fase. Los planteamientos del SNCC y del CORE son resultado de una situación nueva; ideológicamente las masas negras están preparadas para responder a la agresión con la violencia, y a organizar su propia protección contra una sociedad opresora y racista. Pruebas de ello son el fracaso de la integración, la pérdida de prestigio de Martin Luther King y sus seguidores —a quienes se acusa de contentarse sólo con palabras—, y las rebeliones espontáneas sucedidas en Watts en 1965, donde capas jóvenes se manifestaron dispuestas a sostener luchas radicales, las acciones violentas en Omaha, Nebraska y otros lugares en julio de 1966, y las recientes sublevaciones en cincuenta y seis ciudades norteamericanas.

El concepto poder negro ha encontrado enconada oposición en el pensamiento integracionista que condena su falta de definición precisa, lo que constituye su mayor valor, ya que su flexibilidad le permite representar toda lucha radical contra la opresión de los detentores del poder. Los diversos contenidos atribuidos al poder negro por dirigentes como Carmichael, McKissick, Rap Brown, George Ware —nuestro entrevistado— enriquecen su significación y lo hacen tema adecuado para las masas negras en esta etapa de definición de objetivos y táctica.

La Redacción.

WARE: Comenzaré hablando sobre el desarrollo del Comité Coordinador Estudiantil por la No Violencia (SNCC). En 1960, estaba integrado por un grupo de jóvenes estudiantes decepcionados con la forma en que se estaba llevando a cabo la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos. La lucha había sido calificada de no violenta por la comunidad liberal blanca y por el Dr. Martin Lutero King. No obstante existir entre nosotros opiniones muy diversas acerca de esta forma de lucha, había que decidirse a participar en una pelea no violenta o sencillamente, no luchar. Nuestra organización decidió fomentar una consigna de lucha no violenta militante. A partir de ese momento, la contienda no violenta se aparta de la ética cristiana, y adopta una perspectiva más amplia y audaz sin llegar a ser agresiva. Queríamos asumir una postura de reto. Comenzamos así a cambiar el rumbo

de la lucha de la población negra: no era una posición agresiva, pero tampoco humilde. Sin embargo, muchos de los estudiantes que ingresaron en nuestra organización, provenían de la clase media negra, y muchos de ellos concebían confusamente la forma en que la contienda debía ser llevada a cabo. Algunos consideraban que debían usar «cuello y corbata» cuando salieran a hacer manifestaciones; en otras palabras, que debían lucir «limpios y decorosos» en público, a fin de conferir una apariencia de formalidad a la organización, y atraer las simpatías de los blancos. Esto tiene su explicación en el hecho de que se consideraba que el éxito de la lucha no violenta dependía de la benevolencia de la población blanca.

Una cuestión se hizo evidente: si se dependía del grupo de blancos liberales¹ en Estados Unidos, nuestro movimiento se enajenaba. El desarrollo ideológico de nuestro grupo estaba siendo controlado por personas que no estaban directamente involucradas en nuestra pelea: nos enviaban el dinero para salir de la cárcel, y sus hijos se unían a nosotros en las manifestaciones. Pero comenzamos a cambiar muchas de estas cosas. En primer lugar, nos dimos a la tarea de hablar con los militantes que deseaban organizar al pueblo, haciéndoles ver que tendrían que vivir con la gente pobre, compartir su comida, vestir como ellos. Nunca les dimos una cantidad de dinero mayor que la necesaria para su subsistencia. Algunos de nosotros comenzamos a comprender problemas fundamentales: no podíamos aspirar a un movimiento revolucionario si éste estaba siendo apoyado por aquéllos contra los cuales nos rebelábamos. Era una contradicción. Considerábamos entonces lo siguiente: aun cuando recibiéramos ayuda de la gente blanca, teníamos que fomentar la habilidad para accionar independientemente. Estimamos así que si nos ayudaban, eso estaría bien, pero si no lo hacían podríamos continuar solos. Esas son las bases del «poder negro». Planteamos que la consigna «poder negro» significa la unión de la población negra para luchar por su liberación, utilizando cualquier medio necesario, que representaba en última instancia, la ideología y las estructuras contra las que nos rebelábamos... La última parte de este enunciado desagradó a la mayoría de la población en los Estados Unidos. Dicen que esto abre una brecha a la violencia, la propicia; que si la utilizamos, entonces seríamos tan perversos como los blancos.

¹ «Blanco liberal»: reformista perteneciente a la clase media con fe en el proceso democrático por la ley y el orden en EE.UU. Fluctúa políticamente entre el centro y la izquierda. (N. de R.)

Hemos dejado atrás esta concepción y nos costó trabajo superarla. Para ello nos servimos de la posición de Fanon, fundamentada en el existencialismo, quien manifestó que alguien solo puede considerarse igual a un hombre que posee la facultad y el derecho de matarle, cuando sea capaz de matarlo también. El se refirió también a los efectos redentores de la violencia, desde el punto de vista psicológico. Anteriormente, la población negra estimaba que matar a un blanco constituía prácticamente un suicidio. Por esta razón, opinamos que hay muchos argumentos valiosos en los escritos de Frantz Fanon.

Pregunta: Quisiera conocer su opinión sobre la integración.

Respuesta: Afirmamos que la integración implica una solución individualista al problema, y que puede ocurrir sólo cuando las personas son iguales. La lucha integracionista en Estados Unidos tiene una naturaleza racista. Se nos decía: —Ustedes deben mudarse, los sacaremos de sus comunidades para trasladarlos a la comunidad blanca. Nunca hemos oído hablar de un intercambio cultural con la población de color. Siempre se nos solía decir que debíamos integrarnos, y si en definitiva nos integráramos nos convertiríamos en blancos. Ustedes deben tornarse más aceptables para nosotros.

Peró nosotros comenzamos a decir: —Nos agrada nuestra piel negra. Creemos que nuestro cabello ensortijado es bello, y que nuestros labios gruesos y nuestras narices abultadas, todos nuestros rasgos característicos son tan bellos como los de los blancos, y lo que deseamos es que ustedes tomen en cuenta nuestra piel negra como tal, y que ello no interfiera a la hora de considerarnos como seres humanos. Yo no me convertiré en una copia al carbón suya para poder ser aceptado por ustedes, porque también habría que tomar en cuenta si yo estoy dispuesto a aceptarlos tal como son, y esto nunca ha sido discutido.

El integracionismo confundió a mucha gente. Creemos que si una persona quiere vivir en una comunidad negra, entonces debe considerársel el derecho de hacerlo así. El único inconveniente sería si esa persona creara una estructura tal que no permitiera a los blancos vivir en ella; o bien que esa persona decidiera mudarse para una comunidad blanca y sus integrantes, por la fuerza, le impidieran hacerlo. Por lo tanto, en lugar de luchar por la integración, preferimos luchar por eliminar la discriminación.

Pregunta: ¿Qué significación política confiere Ud. a la presentación de Martin Luther King como candidato a la presidencia de EE.UU. y a Ben-

jamín Spock como vicepresidente? ¿Cómo valora el SNCC la posibilidad de participar en las próximas elecciones?

Respuesta: Cuando hablamos de proponer a un negro para la presidencia de Estados Unidos, y que los racistas, a su vez, nominaran a George Wallace, lo hicimos con el propósito de ridiculizar todo el proceso electoral, entonces estaríamos involucrados en un juego donde los imperialistas tienen todas las posibilidades de ganar y que en él tienen gran experiencia. Aun cuando alguien sugirió a Martin Luther King como candidato presidencial, no creo que él haya pensado en ello. Es posible que este comentario surgiera a raíz de lo que se pensó en nominar para la presidencia a personas que abogaran por la paz en Viet Nam.

Sin embargo, hay algo en este asunto de las elecciones de 1968 que queremos destacar. Lyndon Johnson manifestó su apoyo en una oportunidad al movimiento por los derechos civiles. —«Venceremos»² dijo, y convocó una conferencia para tratar sobre el derecho de la población negra en los Estados Unidos. El nos invitó a esta conferencia. Nos envió una invitación con letras doradas, y nosotros, al margen de esta invitación, le respondimos: «¡Lyndon Johnson, vete al carajo!»

Manifestamos que no platicaríamos con el opresor número uno del mundo occidental, en torno a cómo comenzar a liberar de la opresión a un sector de la población estadounidense. Y esta es otra de las tantas contradicciones que surgen en la sociedad norteamericana: cómo es posible que el hombre que es responsable principal de la opresión de los pueblos, hable a la gente que está padeciendo la opresión. Una vez más, los blancos y los negros reformistas se preguntarán en Estados Unidos: ¿Cómo es posible que haya personas que no quieran reunirse con el Presidente?, sin embargo, ya habíamos superado estas reacciones infantiles.

Johnson quería incluir la consigna «poder negro» como parte de su campaña política. Claro que para ello necesitaba sanearla. Tendría que hablar de los aspectos positivos del «poder negro» y destacar así su fase no violenta. Y eso sí que nosotros no lo aceptamos. Creo que la población que vive en los «ghettos» hará imposible que él pretenda incorporar el «poder negro» a su plataforma política. Pero en Estados Unidos son muchos los

² «We shall overcome», himno del movimiento por los derechos civiles. Después que Johnson la utilizó en su discurso, la popularidad de la canción ha decrecido notablemente. (N. de R.)

que tratan de unirse al movimiento o de atraerlo hacia sí, porque de esta forma aminoran, evitan el enfrentamiento.

Pregunta: El compañero Carmichael, en una entrevista de prensa celebrada ayer, se refirió a la necesidad de organizar guerrillas en los Estados Unidos. ¿Podría usted profundizar en este sentido?

Respuesta: Para mí es un hecho cierto que la población blanca de los Estados Unidos, especialmente aquella que tiene en sus manos el control, nunca renunciará al poder; nunca dirán: Bueno, es verdad que ustedes tienen la razón; les otorgaremos el control de sus comunidades.

Eso significaría transferir el poder a la población negra y con ello millones y millones de pesos.

Nosotros controlaremos esas propiedades; pero sólo podremos adjudicarnos ese poder si peleamos por él. La única forma de combate que consideramos, preciso escoger es la guerra de guerrillas. No podemos alinearnos a un lado de la calle y permitir que el ejército de Estados Unidos, se alinee al otro lado, para entonces dar comienzo a un combate. Tenemos que organizar guerrillas urbanas para ese enfrentamiento, en zonas donde la población negra sea mayoritaria. Por ejemplo el 42% de la población total del Estado de Mississippi es negra. En una etapa de nuestra historia, surgió la cuestión de redistribuir las tierras del Mississippi entre los desposeídos. Esto nunca ocurrió. Nosotros consideramos, sin embargo, que algo debe hacerse con relación a esto: que la tierra debe ser redistribuida entre los pobladores de la zona. Hay aún enormes plantaciones en Mississippi donde los negros trabajan tan sólo por tres dólares al día. Se ven embarcados por deudas de miles y miles de dólares con los dueños de las plantaciones. Esto constituye un sistema esclavista aunque no se le quiera llamar así.

Pregunta: ¿Considera Ud. que las últimas luchas violentas son movimientos de autodefensa?

Respuesta: Las últimas luchas representan una forma de autodefensa contra la violencia policíaca. Casi todas las acciones han comenzado como reacción a la brutalidad de los guardias blancos. En este sentido, son manifestaciones de autodefensa; pero al mismo tiempo, constituyen una ofensiva de los negros que rehúsan aceptar la explotación económica e ideológica a que están sometidos.

Pregunta: ¿Implica la consigna «poder negro» tal y como es propugnada por el SNCC sólo una confrontación racial o un enfrentamiento clasista?

Respuesta: Nosotros nos encontramos oprimidos no por ser pobres, sino por ser negros. Debemos unirnos en torno a este hecho y luchar contra la opresión. La población pobre blanca de Estados Unidos es el elemento más racista de la sociedad; y esto puede ser claramente comprendido, ya que han sido educados en la convicción de que aunque no poseen bienes materiales son superiores por la raza. Es difícil atraer a nuestro movimiento a quienes odian nuestras mismas entrañas. Hemos repetido en innumerables ocasiones que estamos dispuestos a luchar por ellos, *cuando estén listos para luchar*. Pero es preciso que ellos resuelvan sus propias concepciones racistas.

Si los que somos negros nos unimos, es porque no tenemos otra alternativa. Dicen que odiamos a los blancos, y esto es verdad. No obstante, reto a cualquiera a que me demuestre que eso es racismo; porque si todos fueran negros, pero distintos a nosotros, los continuaríamos odiando, porque son nuestros opresores. Y es sumamente difícil amar al que nos oprime.

Otro argumento que esgrimen para calificarnos de racistas consiste en que no permitimos a los blancos en nuestra organización. Pero los blancos que han pertenecido a nuestra organización, los que han participado en nuestras luchas, los que han muerto, entienden por qué hemos hecho esto. Consideramos que sólo a ellos debemos una explicación. Las comunidades blancas de Estados Unidos y los negros radicales realizaron su labor agitativa y organizativa sólo en las comunidades negras. Siempre hemos opinado que los negros deben comenzar su actividad en las comunidades negras, mientras los blancos trabajen en sus propias comunidades. Uds. comprenden lo que significa el complejo de inferioridad y cómo puede tomar cuerpo en la psiquis de la población negra. Si se envía a un hombre blanco a una comunidad negra para ayudar a los negros, entonces se refuerza ese complejo de inferioridad. Los negros tienen que ver a otros negros como sus líderes. Tienen que sentirse orgullosos de sí mismos; tienen que desarrollar un sentimiento de autoconfianza.

Y esta es la razón por la cual consideramos que no debemos tener a blancos integrados a nuestra organización, de manera oficial, y ellos estuvieron de acuerdo con nosotros. Muchos blancos pretendieron inmiscuirse en los asuntos de nuestra organización, nos decían que debíamos hacer. Estamos

cansados de repetirles a los blancos que no son ellos los encargados de definir nuestro movimiento y tampoco de controlarlo.

Si consideran que debe ser dirigido de otra forma, entonces debían hacerlo por sí mismos. Y si no son capaces de hacerlo, que se callen; porque los que critican, generalmente, no hacen nada.

Como hemos venido a Cuba, dirán que somos comunistas. No vamos a discutir acerca de esto. Cuando quisimos la integración, nos respondieron: ¡no! Cuando decimos que no queremos la integración, entonces los blancos nos calificaron de racistas. Esto nos aclaró muchas cosas.

Pregunta: ¿Considera Ud. que con Stokely Carmichael se repetirá el proceso de Malcolm X; es decir, que se cree una organización en torno a un líder, y si éste es eliminado, desaparece la organización?

Respuesta: Es una posibilidad que se prevé, pero las mismas circunstancias no se repetirán, puesto que ya no hay un solo dirigente sino un grupo de ellos. El hecho de que haya muchos dirigentes demuestra la fortaleza que ha ido cobrando el movimiento negro. Para demostrar esto con hechos, explicaré la estructura del SNCC.

La dirección de nuestra organización está compuesta por un Comité Central que elige al Secretario General, al Secretario Organizador y al Secretario de Programas. El SNCC elige anualmente un nuevo Secretario General: cada uno es tan dinámico como el anterior o aún más.

Además, sabemos, y así lo hemos inculcado en la masa, que tras el asesinato de cualquier dirigente revolucionario está la mano de la CIA. Si atentan contra nuestros dirigentes, sabremos responder a los imperialistas con una mayor ofensiva. El asesinato de Stokely, aunque se disfraze de un modo o de otro, provocará una reacción en el pueblo negro imposible de calcular.

Pregunta: Quisiéramos que argumentara un poco más su criterio sobre la personalidad de Abraham Lincoln, tal y como ha sido expuesta por Carmichael.

Respuesta: La actitud de Lincoln expresa una subvaloración del hombre negro. Al pronunciarse por la cesación de la esclavitud planteó la imposibilidad de igualdad económica y social entre negros y blancos. La emancipación de los esclavos respondía a las necesidades económicas del desarrollo del capitalismo y a las consecuentes luchas políticas entre el norte y el sur.

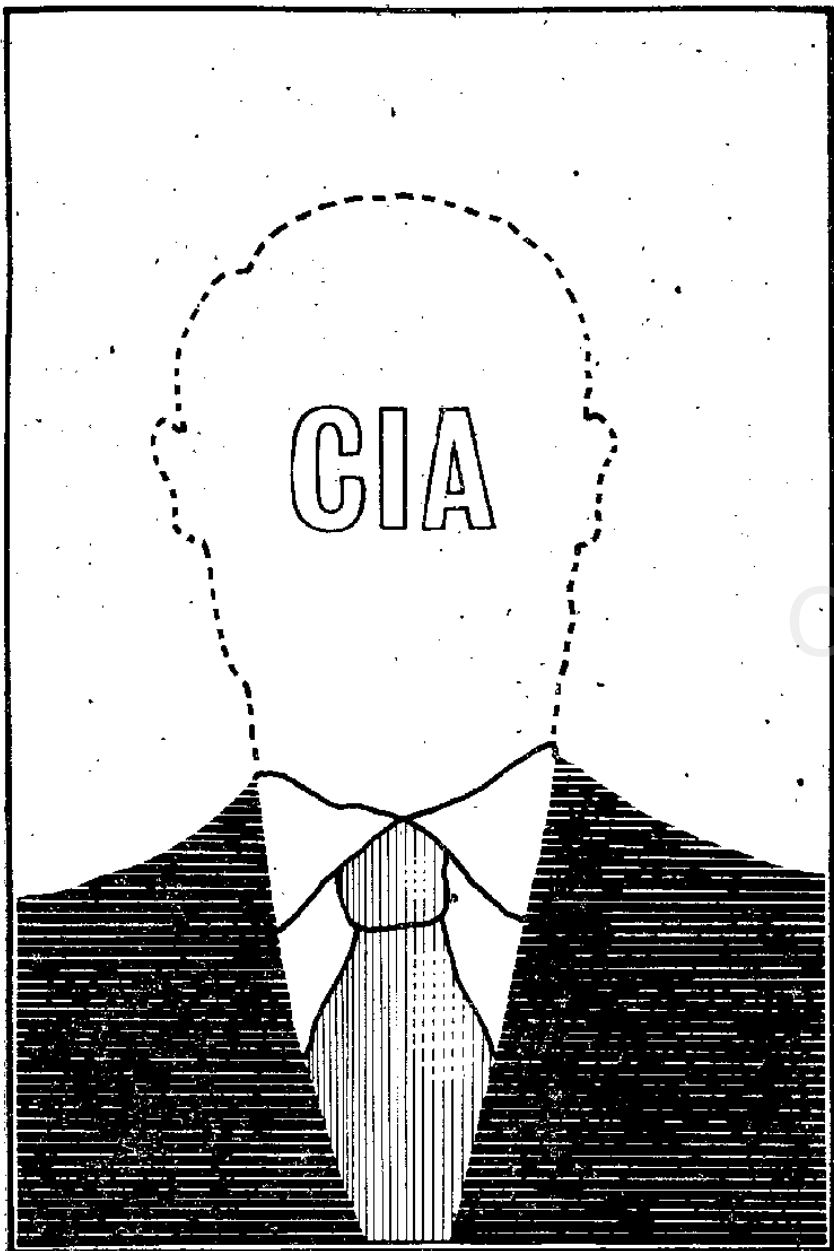
2 de agosto de 1967.

REBELION NEGRA EN 56 CIUDADES DE ESTADOS UNIDOS

56 ciudades	4 meses Fecha	84 muertos	3,828 heridos	9,551 Arrestados	\$523 Millones Daños
Omaha, Neb.	Abril 1-2	0	2	21	No constan (NC)
Nashville, Tenn.	Abril 8-10	0	19	80	NC
Cleveland, O.	Abril 16-20	0	4	10	NC
Massillon, O.	Abril 17	0	1	6	NC
Baton Rouge, La.	Abril 30	0	NC	7	NC
Rochester, N. Y.	Mayo 2-julio 24	1	2	7	NC
Jackson, Miss.	Mayo 10-11	1	2	NC	NC
Houston, Tex.	Mayo 16-17	1	23	489	NC
Chicago, Ill.	Mayo 21, 30 y julio 7, 30	0	10	135	NC
Vallejo, Calif.	Mayo 22	0	2	0	NC
Boston, Mass.	Julio 2-5	0	100	159	\$1,000,000
Prattville, Ala.	Junio 11-12	0	4	10	NC
Philadelphia, Pa.	Junio 11 y julio 26-27	0	NC	43	NC
Tampa, Fla.	Junio 11-13	2	18	80	\$2,000,000
Cincinnati, O.	Junio 12-16 y julio 3-5	1	20	384	\$3,000,000
Dayton, O.	Junio 14-16	0	3	10	\$1,000
Lansing, Mich.	Junio 15	0	3	2	NC
Atlanta, Ga.	Junio 19-20 y julio 3	1	12	10	NC
Cambridge, Md.	Junio 26-28 y julio 27		1	2	NC
Buffalo, N. Y.	Junio 27-29	0	100	240	\$250,000
Lake Geneva, Wis.	Julio 1-3	0	10	109	NC
Des Moines, Iowa	Julio 2, 16	0	2	23	NC
Kansas City, Mo.	Julio 9	0	1	11	NC
Waterloo, Iowa	Julio 10	0	5	5	NC
Erie, Pa.	Julio 12-13, 19	0	2	17	\$150,000
Hartford, Conn.	Julio 12-13	0	11	20	NC
Newark, N. J.	Julio 12-18	26	1200	1600	\$15,000,000
Plainfield, N. J.	Julio 14-16	1	50	75	NC
Cairo, Ill.	Julio 16-18	1	NC	NC	\$100,000
Fresno, Calif.	Julio 17	0	1	NC	NC
Greensboro, N. C.	Julio 18	0	1	10	NC
Nyack, N. Y.	Julio 19	0	NC	18	NC
Minneapolis, Min.	Julio 20-22	0	10	43	\$1,000,000
Youngstown, O.	Julio 20-22	1	3	7	NC

56 ciudades	4 meses Fecha	84 muertos	3,828 heridos	9,551 Arrestados	\$523 Millones Daños
Englewood, N. J.	Julio 21-22	0	11	13	NC
East Harlem, N. Y. C.	Julio 21-24	3	14	NC	NC
Birmingham, Ala.	Julio 23	0	12	70	NC
Detroit Mich.	Julio 23-30	41	2,000	5,000	\$500,000,000 *
Toledo, O.	Julio 23-25	0	1	32	NC
Tucson, Ariz.	Julio 24	0	4	NC	NC
Grand Rapids, Mich.	Julio 24-26	0	57	100	NC
Pontiac, Mich.	Julio 24	2	1	87	NC
Flint, Mich.	Julio 25	0	NC	100	NC
Saginaw, Mich.	Julio 25	0	8	NC	NC
Albany, N. Y.	Julio 27	0	NC	54	NC
Nueva York, N. Y.	Julio 27	0	0	23	NC
Phoenix, Ariz.	Julio 27	0	0	48	\$34,000
Poughkeepsie, N. Y.	Julio 27	0	0	12	NC
South Bend, Ind.	Julio 27	0	7	NC	NC
Waterbury, Conn.	Julio 27	0	2	6	NC
Brooklyn, N. Y.	Julio 28	0	1	15	NC
Rockford, Ill.	Julio 29	0	0	44	NC
Milwaukee, Wis.	Julio 30-31	2	85	180	NC
Portland, Ore.	Julio 30	0	1	19	\$27,000
Riviera Beach, Fla.	Julio 30	0	NC	46	\$850,000
Wichita, Kan.	Julio 30	0	2	19	NC
San Bernardino, Cal.	Julio 31	0	0	2	NC
Washington, D. C.	Agosto 1	0	3	50	NC

* Se ha establecido el total de pérdida en un valor de mil millones de dólares.



Aspectos económicos del imperialismo norteamericano

HARRY MAGDOFF

En la actualidad prevalecen tres criterios sobre el imperialismo económico y la política exterior de Estados Unidos, que se relacionan entre sí:

- 1) El imperialismo económico *no es* la base de la política exterior de Estados Unidos. En su lugar, los fines políticos y la seguridad nacional son los que motivan principalmente la política exterior.
- 2) El imperialismo económico *no puede* ser el elemento principal que determine la política exterior, ya que el comercio exterior y las inversiones en el extranjero contribuyen relativamente poco al desenvolvimiento económico total de la nación.
- 3) Puesto que la actividad económica extranjera es relativamente insignificante, el imperialismo económico *no necesita* ser una fuerza que motive la política exterior. De ahí que algunos críticos liberales y de izquierda argumenten que la presente política exterior, hasta donde esté influenciada por el imperialismo, está equivocada y en conflicto con los mejores intereses económicos de este país. Si nosotros alentáramos sinceramente el desarrollo social y económico en el extranjero, la creciente demanda de capitales para

ser importados por los países subdesarrollados, crearía un estímulo más considerable y duradero para la prosperidad de nuestro país, que el volumen actual del comercio exterior y las inversiones en el extranjero.

Ocultar los intereses económicos y comerciales encubriéndolos o mezclándolos con motivaciones idealistas y religiosas, no constituye un fenómeno nuevo. Se han librado guerras para imponer la cristiandad en imperios paganos, guerras que, incidentalmente, también abrieron nuevas rutas comerciales o establecieron nuevos centros de monopolio comercial. Incluso una agresión comercial tan grave como la Guerra del Opio en China se le explicó al público de Estados Unidos por el Consejo Americano de Comisionados para las Misiones Extranjeras, «no como un problema inglés o de opio, sino como el resultado de un gran designio de la providencia, que quería subordinar la maldad de los hombres a las intenciones piadosas por el bien de China, atravesando su muralla de aislamiento, y poniendo al imperio en contacto más inmediato con las naciones occidentales y cristianas».¹

John Quincy Adams, en una disertación pública sobre la Guerra del Opio, explicó que la política comercial china era contraria a las leyes de la naturaleza y a los principios cristianos:

La obligación moral del intercambio comercial entre naciones se funda enteramente, exclusivamente, en el precepto cristiano de amar al prójimo como a sí mismo... Pero en China, como no es una nación cristiana, sus habitantes no se consideran sujetos al precepto cristiano de amar al prójimo como a ellos mismos... Este es un sistema ruin y antisocial... El principio fundamental del imperio chino es anticomercial... No admite compromiso alguno de mantener intercambio comercial con otros países... Ya es hora de que cese este enorme ultraje a los derechos de la naturaleza humana y a los principales derechos de las naciones.²

¹ Junta Americana de Comisionados para Misiones Extranjeras, *32 Annual Report* (18413, según apareció en *The Rising American Empire*, de Richard W. Van Alstyne, Chicago, Quadrangle Books, 1965, p. 171. Este último, originalmente publicado en 1960 por la Oxford University Press, New York, es altamente recomendado para una mejor comprensión de la continuidad de la política exterior norteamericana. Véase también *The Idea of National Interest*, de Charles A. Beard, reeditada en 1966 por Quadrangle Paperbacks con nuevo material; y *Economic Aspects of New Deal Diplomacy*, de Lloyd C. Gardner, Madison, University of Wisconsin Press, 1964.

² *Niles' National Register*, enero 22, 1842, pp. 327-8.

Es posible que el principio cristiano de «amar al prójimo» y las concepciones éticas más modernas que establecen que lo anticomercial es también inmoral, se hayan convertido en maneras de pensar tan habituales, que hayamos perdido la habilidad de separar las distintas hebras que forman la política exterior. Quizás la fuente de las dificultades se derive de una falta de comprensión de lo que Bernard Baruch calificó como «la unidad esencial de los intereses económicos, políticos y estratégicos» de los Estados Unidos.³ Probablemente habrá poca discusión en cuanto a la «unidad» de los fines políticos y de seguridad nacional de los Estados Unidos. La única opinión fundamentada sobre el problema de la seguridad nacional hoy en día consiste en la «defensa» contra la Unión Soviética y China. Para estar absolutamente seguros, se dice, tenemos también que habérmolas con las «guerras ocultas» que pueden aparecer como revoluciones internas o como una guerra civil.⁴ Seguramente es sólo una coincidencia el que las revoluciones socialistas destruyan los medios de producción de las instituciones privadas y de esta forma violen el precepto cristiano de amar al prójimo, eliminando la libertad de comercio y la libertad de empresa en grandes e importantes sectores de la Tierra.

La «unidad» de los fines de la seguridad política y nacional se hace más evidente al examinar los fines políticos, ya que en esta esfera los que dictan nuestra política y los que la defienden son deterministas económicos rigurosos. La libertad política se iguala a la democracia de tipo occidental. La base económica de esta democracia es la libertad de empresa. De ahí que el fin político de la defensa del mundo libre debe también incluir la defensa del libre comercio y de la libre empresa. La primera desviación de este rígido determinismo económico aparece cuando se trata con naciones políticamente inestables donde, evidentemente, el arte del autogobierno no está totalmente desarrollado. En tales casos, en aras de una estabilidad política, nosotros permitimos y alentamos dictaduras militares con la confianza absoluta de que el pueblo de estos países eventualmente aprenderá el arte del autogobierno y adoptará una sociedad libre, siempre y cuando se mantenga el debido apoyo a la libre empresa.

³ Prólogo de *The Revolution in World Trade and American Economic Policy*, de Samuel Lubell, New York, Harper and Brothers, 1955.

⁴ *International Security — The Military Aspect*. Informe del Panel II del Proyecto de Estudios Especiales de la Fundación de los Hermanos Rockefeller, Garden City, N. Y., Doubleday & Co., 1958, p. 24.

Mientras que los que dictan nuestra política y los que la defienden, consideran generalmente que existe una «unidad» entre las metas de la política exterior y las de la seguridad nacional, por regla general tórnanse tímidos cuando se trata de la unidad de estas metas con los intereses económicos. Hemos adelantado mucho desde que en 1922 la Oficina de Inteligencia Naval preparó un boletín sobre «La Marina norteamericana como activo industrial».⁵ Este informe detalla con franqueza los servicios prestados por la Marina en la protección de intereses comerciales norteamericanos, y en la búsqueda de oportunidades comerciales y de inversión que el Departamento de Marina pone en conocimiento de los hombres de negocios norteamericanos.

Pero hoy, nuestros fines nacionales aparentemente sólo están interesados en ideales políticos y filosóficos. En lo que concierne a los intereses económicos, la situación ha cambiado diametralmente: hoy en día se estima que los negocios deben suplir las necesidades de la política nacional. El problema es cómo estimular la inversión privada fuera del país. La inversión privada en el extranjero, se considera en tal medida como un instrumento necesario a la política nacional, que se han preparado varias formas de garantía de inversiones para proteger a los inversionistas en el extranjero contra pérdidas debidas a confiscaciones, guerras, y a las incertidumbres de la convertibilidad de la moneda.

Los observadores que piensan comercialmente ven con más claridad la interrelación de los intereses económicos con la política exterior. En este sentido, el Sr. Eugene R. Black, último presidente de la junta directiva del Banco Mundial, nos informa que... «nuestros programas de ayuda exterior representan un mercado beneficioso al comercio norteamericano. Los principales beneficios son: 1) la ayuda exterior proporciona un

⁵ El título completo dice, *The United States Navy as an Industrial Asset — What the Navy has done for Industry and Commerce*, preparado por la Oficina de Inteligencia Naval, Marina de los Estados Unidos, en octubre de 1922, y publicado en 1923 por U. S. Government Printing Office, Washington, D. C. El siguiente extracto es típico: «En la región asiática, un grupo de cañoneros se mantiene de patrulla constante en el río Yangtze. Estos barcos pueden patrullar hasta cerca de 2,000 millas adentro del mismo corazón de China. Los hombres de negocios norteamericanos han declarado libremente que, de retirar Estados Unidos esta patrulla, ellos tendrían que marcharse al mismo tiempo. Nuestra Marina no sólo protege a nuestros propios ciudadanos y a sus propiedades, sino que está constantemente protegiendo a la humanidad en general y con frecuencia, de hecho, traban combate con los grupos de bandidos que infectan esta región». (p. 4.)

mercado sólido e inmediato para los productos y servicios norteamericanos; 2) la ayuda exterior estimula el desarrollo de nuevos mercados en ultramar para las compañías norteamericanas; 3) la ayuda exterior orienta las economías nacionales hacia un sistema de libre empresa dentro del cual las compañías norteamericanas pueden prosperar».⁶

Más específicamente, un subsecretario de comercio para asuntos económicos le explica a los hombres de negocios que «si estos programas (militar y económico) de ayuda se interrumpen, las inversiones privadas pudieran ser inútiles, porque no habría seguridad suficiente para que ustedes las hicieran».⁷

En un nivel mucho más elevado, un especialista en la práctica del comercio internacional, profesor del MIT y de Harvard, nos dice: «Tal parece que si ha de preservarse la dignidad del hombre e, incidentalmente, un comercio privado provechoso, urge viabilizar, en un plano internacional, los conceptos económicos occidentales».⁸

Y para demostrar cómo, de hecho, algunos miembros influyentes de la comunidad comercial conciben la existencia de una «unidad» de los intereses económicos, políticos, y de seguridad, escuchen el concepto expresado en 1965 por el vicepresidente del Chase Manhattan Bank, quien supervisa las operaciones del Lejano Oriente:

En el pasado, los inversionistas en el extranjero han sido algo cautelosos en cuanto a la perspectiva política global de la región (Asia sudoriental). Yo debo decir, sin embargo, que las acciones de Estados Unidos continuarán dándole protección efectiva a las naciones libres de la región —han reasegurado considerablemente tanto a los inversionistas en Asia como en el Occidente. Es más yo creo que hay motivos para esperar que pueda surgir en las economías libres del Asia la misma clase de desarrollo económico que surgió en Europa después que la Doctrina Truman y la OTAN le proporcionaron un escudo protector. La misma cosa sucedió en Japón,

⁶ *The Domestic Dividends of Foreign Aid*, en el *Columbia Journal of World Business*, de Eugene R. Black, Vol. 1, otoño de 1965, p. 23.

⁷ Discurso del subsecretario de Comercio Andrew F. Brimmer, en una reunión de la Tax Foundation, Inc., según se reportó en el *New York Times*, diciembre 5 de 1965.

⁸ *International Business Policy*, de Richard D. Robinson, New York, Holt Rinehart and Winston, 1966, p. 220.

una vez que la intervención norteamericana en Corea dispuso las dudas de los inversionistas.⁹

Dimensión de la actividad económica extranjera.

Pero aun si reconocemos la existencia de las interrelaciones entre los intereses económicos, políticos y de seguridad, ¿qué prioridad debiéramos asignarle a los intereses económicos? Específicamente, ¿cómo puede uno proclamar que el imperialismo económico representa un papel importante en la política de Estados Unidos si el total de las exportaciones incluye menos del 5% de toda la producción nacional y la inversión extranjera es mucho menos del 10% de la inversión doméstica del capital? Ante todo es importante destacar que las proporciones no constituyen en sí un indicador adecuado de lo que motiva la política extranjera. Muchas guerras y operaciones militares se hicieron con miras a controlar los mercados de China en una época en que esos mercados representaban sólo el 10% del comercio mundial. Los porcentajes totales requieren un examen analítico: las áreas de actividad comercial consideradas estratégicas y de influencia política, necesitan ordenarse separadamente. Sobre todo, es importante apreciar que el volumen de las inversiones de Estados Unidos en el extranjero excede muchas veces el volumen de las exportaciones de mercancías. La explicación a este problema, es que el volumen de la acumulación de capital en el extranjero controlada por Estados Unidos ha estado creciendo a un ritmo mayor que el de las exportaciones. La singular ventaja que tiene el capital es que se reproduce por sí mismo. Es decir, que el rendimiento obtenido de la inversión del capital produce suficiente rédito para cubrir no sólo los costos de la mano de obra y de materias primas, sino también el capital y los recursos naturales consumidos, además de las utilidades. El flujo anual del capital invertido en el extranjero es, por lo tanto, aditivo: los incrementos en el capital aumentan la base productiva. Más importante todavía: las compañías norteamericanas en el extranjero pueden movilizar capital extranjero para sus operaciones. El resultado neto del flujo de capital hacia el extranjero, junto con el del capital extranjero movilizado por las compañías norteamericanas, es que mientras que la producción en el extranjero surgida de las inversiones norteamericanas

⁹ *Economic Considerations in Foreign Relations—An Interview with Alfred Wentworth*, en *Political*, Vol. I, No. 1, julio de 1965, pp. 45-6.

fue 4 1/2 veces mayor que las exportaciones en 1950, en 1964 ésta había subido a 5 1/2. Estas observaciones están basadas en estimados hechos de un estudio reciente llevado a cabo por el Consejo de la Conferencia Industrial Nacional¹⁰ (véase la tabla a continuación).

Utilidades en el extranjero como resultado	(en miles de millones)	
	Ventas	
de inversiones norteamericanas	1950	1964
De inversiones directas*	\$ 24	\$ 88
De otras inversiones**	20	55
Total	44	143
Ventas en el extranjero en forma de exportaciones	10	25
Utilidades totales en el extranjero, más importaciones	\$54	\$168

* Según lo define el Departamento de Comercio, las inversiones directas son controladas por establecimientos o corporaciones en las que el 25% o más de las acciones con derecho al voto son propiedad de firmas norteamericanas.

** «Otras inversiones» representan principalmente bonos y acciones de firmas extranjeras propiedad de particulares o firmas norteamericanas.

Cuando el Departamento de Comercio evalúa la significación económica de las exportaciones, las compara con una cifra para la producción total doméstica de mercancías, es decir, la venta de productos agrícolas, de minería y manufacturados, así como también las entradas por concepto de fletes. El estimado total de artículos mercancías producidos en los

¹⁰ *The Conference Board Record*, Vol. III, No. 5, mayo de 1966, p. 28. Véase también *U. S. Production Abroad and the of Payments: A Survey of Corporate Investment Experience*, de Judd Polk, Irene W. Meister y Lawrence A. Veit, New York, Consejo de la Conferencia Industrial Nacional, 1966.

Estados Unidos en 1964 fue de \$284 miles de millones.¹¹ Hay razones técnicas que hacen impropio el comparar los \$168 miles de millones de ventas en el extranjero con los \$280 miles de millones de rendimiento doméstico de artículos mercaderías. Por ejemplo, una parte de nuestras exportaciones se envía a compañías de propiedad norteamericana en forma de productos semiterminados. De esta forma, si sumamos estas exportaciones al rendimiento de los negocios en el extranjero de propiedad norteamericana, estamos contando por partida doble. Haciendo ajustes para ésta y otras fuentes no comparables llegamos al estimado conservador de que la dimensión del mercado exterior (para firmas nacionales y extranjeras de propiedad norteamericana) es igual a aproximadamente las dos quintas partes del rendimiento nacional de fincas, fábricas y minas.¹² Si esto sorprende a aquellas personas que están acostumbradas a pensar en términos de renta nacional en bruto, recuerden que esta última incluye gastos gubernamentales, servicios personales y profesionales, el comercio y actividades bancarias de firmas de corredores de bienes inmuebles y de la bolsa. Pero en lo que se refiere a las operaciones comerciales de fincas, fábricas y minas los negocios en el extranjero tienen un volumen bastante apreciable en relación con los del mercado local. No es esto todo lo que hay en el asunto. Estos datos no incluyen la cantidad considerable de ventas en el extranjero de firmas extranjeras que operan bajo acuerdos sobre derechos de propiedad y patentes concertados por firmas norteamericanas. Por ejemplo, una firma en las Filipinas fabrica las siguientes marcas de fábrica, sujeta a permisos limitados de firmas norteamericanas: creyones «Crayola», pinturas «Wesco», papel carbón y cintas de máquina «Old Town», lápices de grafito «Mongol», pinturas «Universal» y «Parker Quink».

¹² El Departamento de Comercio estima que \$6.3 miles de millones de dólares en exportaciones se embarcaron a compañías afiliadas de firmas norteamericanas en el extranjero en 1964. Otras fuentes no comparables surgen de: a) el estimado de \$168 miles de millones incluye ventas de organizaciones comerciales, servicios públicos y otros productores de artículos que no son de consumo, y b) los datos sobre ventas de fábricas domésticas son a base del valorasumado, mientras que las ventas de las afiliadas extranjeras son a base del valor de los embarques. Estimados conservadores de los ajustes hechos para llegar a una comparación reducen los \$168 miles de millones a \$110.

¹¹ Este total consiste de: a) entradas en efectivo procedentes de productos agrícolas vendidos en el mercado, sumadas al consumo de los propios productos por la familia en la finca; b) valor sumado en industrias manufactureras; c) valor de la producción de minerales, y d) entradas por fletes.

La Creciente Importancia de la Actividad Económica en el Extranjero

La relativamente creciente importancia de la actividad económica en el extranjero está bien demostrada por la experiencia de las industrias manufactureras, según aparece en el diagrama 1 y en la tabla 1. Aquí comparamos la venta total de las fábricas nacionales con las exportaciones que realizan y las ventas de las inversiones directas norteamericanas en actividades manufactureras en el extranjero. Estos datos aparecen trazados en una escala semilogarítmica en el diagrama. Por lo tanto, la disminución de la distancia entre las dos líneas representa el alza más rápida en el mercado extranjero comparada con el crecimiento de los mercados nacionales.

GRAFICA 1
VENTAS MANUFACTURADAS
NACIONALES VS. EXTRANJERAS

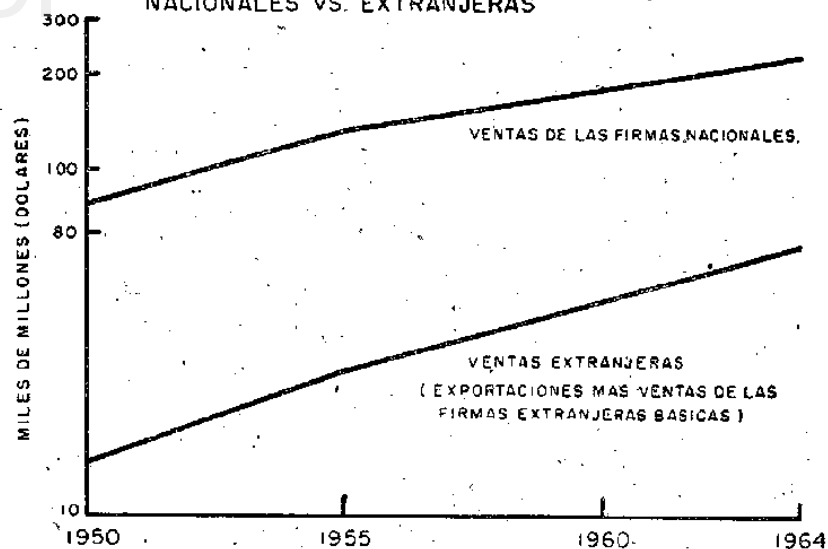


TABLA 1
MANUFACTURAS

VENTAS NACIONALES Y EN EL EXTRANJERO

(En miles de millones)

(1) Año	(2) Exportaciones	(3) Ventas de firmas norteamer- ricanas con bases en el extranjero	(4) Venta total en el extranjero (2) + (3)	(5) Venta de manufac- turas nacionales
			Totál 1950=100	Totál 1950=100
1950	\$ 7.4	\$ 8.4	\$15.8 100	89.8 100
1955	12.6	13.9	26.5 168	135.0 150
1960	16.1	23.6	39.7 251	164.0 183
1964	20.6	37.3	57.9 367	203.0 226

Fuente: Exportaciones—Buró del Censo de Estados Unidos, *Statistical Abstract of the United States*: 1965, pp. 877, 773. Ventas de firmas nacionales, 1964—Buró del Censo de Estados Unidos, *Annual Survey of Manufacturers*, 1964. Ventas de firmas norteamericanas con bases en el extranjero—los datos para 1950 y 1955 son estimados basados en la relación promedio entre ventas e inversiones en el extranjero. (Este es el procedimiento que utiliza el Consejo de la Conferencia Industrial Nacional.) Los datos para 1960 y 1964—*Survey of Current Business*, septiembre, 1962, p. 23, noviembre, 1965, p.18.

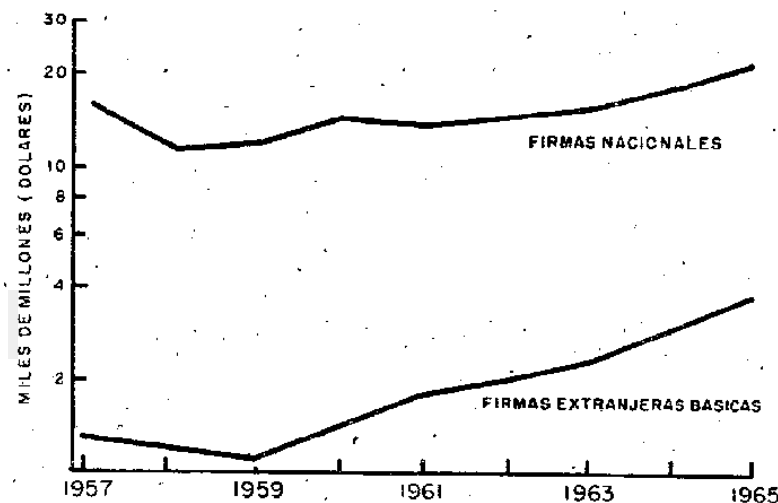
Nota: Los datos en las columnas (4) y (5) no pueden ser comparados vigorosamente (véase nota al pie No. 12). Sin embargo, ello no elimina la validez de comparar las diferencias en el grado de crecimiento de las dos series.

Igualmente significativa es la comparación de gastos por planta y equipo entre las firmas nacionales y las que cuentan con bases en el extranjero (diagrama 1 y tabla 1). Al igual que en el diagrama anterior, la disminución en la distancia entre las dos líneas es una clara descripción gráfica de la creciente importancia relativa de las actividades comerciales en el extranjero. Los gastos por planta y equipo de las subsidiarias norteamer-

canas en el extranjero fueron un poco más del 8% de los mismos gastos de las firmas nacionales en 1957. El año pasado éste había subido a 17%.

GRAFICA II

PLANTA Y GASTOS DE EQUIPO DE
FIRMAS MANUFACTURADORAS



No es sorprendente encontrar, como se demuestra en el diagrama 3 y tabla 3 (que aparecen más adelante), que las utilidades de las operaciones en el extranjero también se están convirtiendo en una parte cada vez más importante de las utilidades comerciales. En 1950, las ganancias obtenidas de inversiones en el extranjero representaron alrededor del 10% de las utilidades de corporaciones domésticas no financieras después de pagados los impuestos. Ya en 1964, las fuentes de ganancias en el extranjero fueron las responsables de alrededor de un 22% de las utilidades colectivas nacionales no financieras. Al evaluar la significación de esta situación, también debiéramos tomar en cuenta (a) el subestimado de las ganancias en el extranjero, porque éstas no incluyen todos los pagos por servicios que se transfieren

TABLA 2

GASTOS DE PLANTA Y EQUIPO DE FIRMAS
MANUFACTURERAS Y CON BASES EN EL EXTRANJERO

Año	Firmas nacionales		Firmas con bases en el extranjero		Porcentaje de inversión en el extranjero con respecto a la inversión nacional
	\$ miles de millones	1957=100	\$ miles de millones	1957=100	
1957	\$16.0	100	\$1.3	100	8.1
1958	11.4	71	1.2	92	10.5
1959	12.1	76	1.1	85	9.1
1960	14.5	91	1.4	108	9.7
1961	13.7	86	1.8	139	13.1
1962	14.7	92	2.0	154	13.6
1963	15.7	98	2.3	177	14.7
1964	18.6	116	3.0	231	16.1
1965	22.5	141	3.9	300	17.3

Fuente: Firmas con bases en el extranjero—*Survey of Current Business*, septiembre, 1965, p. 28; septiembre, 1966, p. 30. Firmas nacionales—*Economic Report of the President*, Washington, D. C., p. 251.

de las subsidiarias en el extranjero a las corporaciones nacionales; y (b) las ventajas financieras logradas en la distribución de costos entre las firmas locales y las subsidiarias en el extranjero, para reducir al mínimo los impuestos. Además de esto, nosotros estamos comparando las ganancias en el extranjero con las ganancias de todas las corporaciones no financieras —las que son puramente nacionales y las que operan tanto en el extranjero como en los Estados Unidos. Si nosotros comparásemos las ganancias en el extranjero con las ganancias totales de las industrias que operan solamente en el extranjero, la parte de las ganancias en el extranjero sería, desde luego, mucho mayor de la cuarta parte.

TABLA 3

GANANCIAS OBTENIDAS DE INVERSIONES EN EL
EXTRANJERO Y UTILIDADES COLECTIVAS NACIONALES

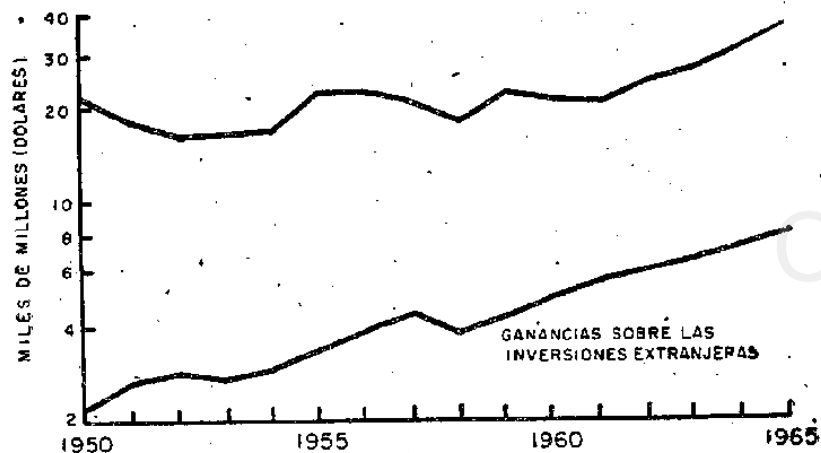
Año	Ganancias de inversiones en el Extranjero (En miles de millones de dólares)	Utilidades (una vez descontado lo correspondiente a los impuestos de corporaciones nacionales no financieras)
1950	2.1	21.7
1951	2.6	18.1
1952	2.7	16.0
1953	2.6	16.4
1954	2.8	16.3
1955	3.3	22.2
1956	3.8	22.1
1957	4.2	20.9
1958	3.7	17.5
1959	4.1	22.5
1960	4.7	20.6
1961	5.4	20.5
1962	5.9	23.9
1963	6.3	26.2
1964	7.1	31.3
1965	7.8	36.1

Fuente: Ganancias obtenidas de las inversiones en el extranjero —Departamento de Comercio de los Estados Unidos, *Balance of Payments Statistical Supplement Revised Edition*, Washington, 1963; *Survey of Current Business*, agosto 1962, agosto 1963, agosto 1964, septiembre 1965, junio 1966, septiembre 1966. Utilidades de corporaciones nacionales no financieras—*Survey of Current Business*, septiembre 1965, julio 1966.

Nota: Las ganancias incluyen: (a) ganancias de inversiones directas en el extranjero; (b) derechos y regalías sobre inversiones directas transferidas a las compañías matrices en los Estados Unidos y (c) entradas procedentes de «otras» inversiones (aparte de las directas) transferidas a los propietarios de estos activos en los Estados Unidos.

La significación de las tres últimas tablas representa el rápido crecimiento del sector extranjero. Durante el período en que la economía en conjunto estaba experimentando un atraso en el ritmo de crecimiento, los mercados extranjeros fueron una fuente importante de expansión. Por ejemplo, en las industrias manufactureras, durante los últimos diez años las ventas domésticas aumentaron en un 50%, mientras que las ventas en el extranjero de fábricas de propiedad norteamericana aumentaron en más de un 110%.

GRAFICA III
GANANCIAS: NACIONALES VS. EXTRANJERAS



Por lo tanto, en lo que concierne a las industrias productoras de artículos de consumo, los mercados extranjeros se han convertido en una esfera principal de interés económico, y han demostrado ser cada vez más importantes para el comercio norteamericano, como un compensador de las tendencias de los mercados internos a estacionarse.

Para los hombres de negocios norteamericanos, esto queda demostrado plenamente. El tesorero de la General Electric Company se expresó de esta forma al discutir «la necesidad que tiene el comercio norteamericano de seguir expansionando sus operaciones en el extranjero»:

A este respecto, yo creo que los negocios han llegado a un punto en su camino donde no pueden volverse atrás. Los abundantes recursos de capital

de la industria norteamericana y su maravillosa tecnología han propiciado que nosotros hayamos propiciado el período de prosperidad más extraordinario en la historia de la nación. Para sostener esta situación, durante algunos años hemos estado buscando otras puertas de salida para estas fuentes en los mercados extranjeros. Para muchas compañías, incluyendo la General Electric, estos mercados lejos de nuestras playas ofrecen las oportunidades de expansión más prometedoras que podamos ver.¹³

Es asimismo completamente evidente que si los mercados extranjeros son tan importantes para las industrias productoras de artículos de consumo, también lo son de primera importancia para los demás grupos de intereses, aquéllos cuyas utilidades y prosperidad dependen del bienestar de los productores de artículos de consumo así como también aquéllos que se benefician atendiendo al comercio y a las inversiones en los mercados extranjeros: banqueros comerciales e inversionistas, especuladores de bolsa, transportes, seguros, etc.

Gastos Militares y Exportaciones

Para una medida exacta de lo que implica la actividad económica en los mercados extranjeros, hay que tener en cuenta el impacto de los gastos militares—el programa de «defensa». Desde que se estableció la república, el crecimiento de nuestros mercados, tanto internos como externos, ha estado asociado con el empleo en una forma real o amenazadora del poderío militar tanto en la paz como en la guerra. El Profesor William T. R. Fox expone el caso muy suavemente: «Durante la mayor parte del siglo diecinueve, en tiempos de paz el ejército de los Estados Unidos, se utilizó extensamente para conquistar el oeste, y especialmente para suprimir la oposición de los indios a la apertura de nuevos territorios reservados a ellos. Nuestra armada y el cuerpo de «Marines», empezando con sus hazañas contra los piratas bereberes, también se ocuparon de asegurar la vida y de garantizar las inversiones de los norteamericanos en lugares remotos».¹⁴

Aunque la actividad militar de hoy presumiblemente está subordinada a las necesidades de la seguridad nacional, la «unidad» de la seguridad nacional

¹³ «Caminando por la cuerda floja internacional», discurso de John D. Lockton en el Consejo de la Conferencia Industrial Nacional, mayo 21, 1965, publicado por la General Electric Company, Schenectady, N. Y., 1965, pp. 4-5.

¹⁴ «Representación militar en el extranjero», de William T. R. Fox, en *The Representation of the United States Abroad*, un informe de The American Assembly, Graduate School of Business, Columbia University, New York, 1956, pp. 124-125.

y de los intereses económicos persiste: la dimensión del mundo libre y el grado de su «seguridad» definen las fronteras geográficas donde el capital tiene relativa libertad para ser invertido y para comerciar. Las bases militares ampliamente diseminadas, las actividades militares de largo alcance, y los gastos complejos correspondientes, en la nación y en el extranjero, sirven a muchos propósitos de especial interés para la comunidad comercial: 1) proteger las cuentas actuales y potenciales de materias primas; 2) cuidar los mercados extranjeros y las inversiones en el extranjero; 3) conservar las rutas comerciales marítimas y aéreas; 4) preservar las esferas de influencia donde el comercio norteamericano obtiene una marcada ventaja para invertir y comerciar; 5) crear nuevos consumidores en el extranjero y nuevas oportunidades para invertir mediante la ayuda militar y económica al extranjero; y, más generalmente 6) mantener la estructura de los mercados capitalistas del mundo, no sólo directamente para los Estados Unidos sino también para sus socios menores entre las naciones industrializadas, países en los cuales el comercio norteamericano se encuentra más enraizado. Pero a pesar de todo, esto no elimina la «unidad» de los intereses del comercio y la actividad militar, ya que debemos tomar en cuenta la participación que tiene el comercio en la cuantía y la naturaleza de los gastos militares como un pozo-fuente de nuevas órdenes y utilidades.

Al igual que pasa con las exportaciones, la importancia de los gastos militares para el comercio y la economía en conjunto, por regla general es muy subestimada. Con frecuencia se oye decir que los gastos de la defensa importan no menos del 10% de la renta bruta nacional, y que, en un ambiente político adecuado, unos gastos similares por parte del gobierno para usos pacíficos, podrían lograr el mismo resultado para la economía. Una debilidad concluyente para este planteamiento es el que se acepte, sin discusión alguna, que la renta bruta nacional constituye algo de importancia por sí misma. Porque la RBN es una herramienta estadística provechosa y que se ha introducido en nuestra manera de pensar, nos inclinamos a ignorar las relaciones estratégicas fundamentales que determinan el curso y el grado del movimiento de los componentes de la economía. En vez de analizar las necesidades de la estructura industrial y los elementos dinámicos del desenvolvimiento económico, nos inclinamos a ver la economía como bloques de millones de dólares que pueden cambiarse a voluntad, de una columna a otra de los varios capítulos que emplean los estadísticos para construir las dimensiones de la RBN.

Para apreciar a plenitud la decisiva influencia que tienen los mercados extranjeros y los gastos militares sobre la economía doméstica, se les debe reconocer el enorme impacto que tienen en las industrias de bienes básicos. Pero, primero, hagamos un comentario sobre las industrias de bienes básicos y el ciclo económico. Hay diversas explicaciones para los ciclos económicos, pero es indiscutible el hecho de que la mecánica del ciclo económico —la mecánica de la transmisión, si se quiere— se encuentra en las altas y bajas de las industrias de bienes de inversión. Hay ciclos que están principalmente relacionados con el movimiento de los inventarios, pero éstos son generalmente de corta duración mientras que no deje de existir la demanda de bienes de inversión.

Durante una baja cíclica, la demanda de artículos de consumo se puede sostener durante algún tiempo mediante formas varias, como la de ayuda a desempleados, otros aportes benéficos y la del agotamiento de ahorros. Sin embargo, exceptuando las necesidades más esenciales de repuestos, los gastos de los bienes de inversión teóricamente pueden anotarse como cero. Los hombres de negocios, naturalmente, no invierten si no esperan obtener utilidades. El resultado de los diversos comportamientos de los artículos de producción y los artículos de consumo se demostró clásicamente en la depresión de los años '30. Durante esta depresión, probablemente la peor en nuestra historia, la compra de artículos de consumo bajó solamente un 19% (entre 1929 y 1933). Compárese esto con el comportamiento de los dos tipos principales de bienes de inversión durante el mismo período: los gastos para construcciones de viviendas bajaron un 80% y la inversión fija no residencial bajó un 71%.

Con esto como antecedente, dirijamos ahora nuestras miradas hacia las relaciones —con posterioridad a la segunda guerra mundial— entre (a) exportaciones y demanda militar, y (b) una categoría mayor de inversiones, bienes de inversión fija no residencial. En la Tabla 4 aparece una lista de industrias que producen bienes de inversión fija no residencial. Debiera tomarse nota de que algunas de estas industrias también contribuyen a los bienes de consumo (v. g. acero y maquinaria para automóviles) y a la construcción de viviendas. Esta tabla presenta los porcentajes de la demanda total (directa e indirecta) creada por las exportaciones y las compras del gobierno federal que casi en su totalidad son para necesidades militares. Estos datos pertenecen al año 1958, el último año para el cual existe un análisis completo del consumorendimiento de la economía norteamericana.

TABLA 4
PORCENTAJE DEL RENDIMIENTO TOTAL ATRIBUIBLE
A EXPORTACIONES Y COMPRAS FEDERALES, 1958

Industria	Exportaciones	Compras federales	Total de exportaciones y compras federales
Extracción de minerales de hierro y ferroaleaciones	13.5%	12.8%	26.3%
Extracción de minerales de metales no ferrosos	9.1	35.6	44.7
Extracción de carbón	19.1	6.3	25.4
Armamento y accesorios	1.7	86.7	88.4
Fabricación de hierro y acero primarios	10.1	12.5	22.6
Fabricación de metales no ferrosos primarios	10.1	22.3	32.4
Productos troquelados de máquinas de hacer tornillos	7.1	18.2	25.3
Otros productos fabricados de metal	8.6	11.9	20.5
Motores y turbinas	14.8	19.7	34.5
Maquinaria agrícola y equipos	10.0	2.9	12.9
Maquinaria para la construcción, minería y campos petrolíferos	26.9	6.1	33.0
Materiales para la manipulación de maquinaria y equipos	9.4	17.2	26.6
Maquinaria para la elaboración de metales y equipos	14.0	20.6	34.6
Maquinaria para industrias especializadas y equipos	17.5	4.3	21.8
Maquinaria para la industria en general y equipos	13.4	15.3	28.7
Productos de talleres	7.0	39.0	46.0
Equipos industriales y aparatos eléctricos	9.8	17.0	26.8
Equipos para la iluminación eléctrica y alambrados	5.5	14.5	20.0
Equipos de radio, televisión y comunicaciones	4.8	40.7	45.5
Componentes electrónicos y accesorios	7.6	38.9	46.5
Maquinaria eléctrica diversa, equipos y repuestos	8.9	15.1	24.0
Aeronaves y piezas	6.1	86.7	92.8
Otros equipos de transporte (automóviles no)	10.1	20.9	31.0
Instrumentos científicos y de control	7.3	30.2	37.5

Fuente: «La estructura interindustrial de los Estados Unidos», *Survey of Current Business*, noviembre 1964, p. 14.

Como se verá por la Tabla 4, sólo en una industria —maquinaria y equipos agrícolas— la combinación de exportaciones y demanda militar constituye menos del 20% de la demanda total. En el extremo opuesto están las industrias militares por excelencia —armamentos y aviación. Para las demás industrias el alcance de la ayuda prestada en 1958 por las exportaciones y la demanda militar oscila entre el 20% y el 50%.

Mientras que los datos estadísticos disponibles se refieren a un solo año, las tendencias seguidas por las exportaciones y gastos militares de la post-guerra sugieren que esta tabulación es una representación imparcial de la situación después de la guerra de Corea, y con toda seguridad un subestimado craso de la que existe durante la guerra de Viet Nam. Se necesitan más informes y estudios para poder hacer un análisis más profundo. Mientras tanto, los datos disponibles justifican, en mi opinión, estas observaciones:

1) las exportaciones y los gastos militares ejercen una marcada influencia sobre la economía porque fortalecen a un centro estratégico de la actual estructura industrial. Esto es especialmente digno de atención porque la inversión económica no es, como con mucha frecuencia se concibe, una fuente que fluye libremente. Hay una determinada interdependencia entre (a) el plan actual de escala salarial, los precios, y las utilidades, (b) la evolución sufrida en la estructura de la industria (los tipos de industrias interrelacionadas, cada cual hecha para que produzca a escala de los mercados accesibles, domésticos y extranjeros) y (c) la tendencia de las nuevas inversiones productivas. En términos más simples, existen razones comerciales de peso por las cuales las inversiones fluyen hacia donde van y no de manera tal que cubran las necesidades potenciales de este país —por ejemplo, eliminando la pobreza, proporcionando la industria que les crearía oportunidades iguales a los negros para desarrollar las regiones subdesarrolladas de los Estados Unidos, o creando viviendas adecuadas. Lo que es más importante aún, el comercio no puede invertir para lograr estos fines, y al mismo tiempo mantener sus normas necesarias de utilidades, desarrollo, y garantía para el capital invertido. Por otra parte, las exportaciones de bienes básicos y la demanda militar que afluyen hacia los productores de bienes básicos, tienen una ventaja única en cuanto a que fortalecen y hacen más provechosa la estructura establecida de inversiones; también contribuyen a la expansión de las industrias que están más acordes y son más provechosas para la estructura actual del capital.

2) La ayuda prestada por la participación de la economía en el extranjero —tanto artículos militares como civiles— significa una contribución singular en cuanto a que actúa como baluarte contra la conversión de retiradas menores en depresiones mayores. Esto lo ha conseguido afianzando uno de los niveladores estratégicos de la economía, la producción de equipos de bienes de inversión —facilitando, como ya hemos visto, entre el 20% y el 50% del mercado para estos artículos.

3) También debemos tener en cuenta que la industria *monopolista* es la que domina el volumen y el flujo de las inversiones y que es distintivo que el comercio monopolista enfoque su política inversionista hacia «lo seguro», donde hay una seguridad garantizada para las inversiones así como también de buenas utilidades. Es aquí donde el vínculo de la acción del gobierno y la política exterior son de primerísimo interés. Por regla general el mercado de artículos militares tiene la ventaja definitiva de otorgar contratos a largo plazo, acompañados frecuentemente de garantías suficientes para reducir y hasta eliminar cualquier riesgo en la fabricación adicional de equipos para la planta, que pueden también usarse para fines civiles. Además, los contratos militares cubren los gastos de investigación y desarrollo relacionados con los mismos, eliminando así, de nuevo, los aspectos peligrosos de los programas normales de inversiones. En cuanto a los países extranjeros, la presencia militarista norteamericana, su política exterior y sus compromisos de seguridad nacional, proporcionan un instrumento de protección valioso para las inversiones en mercados extranjeros. Estas inversiones en el extranjero, junto con la demanda creada por la ayuda exterior gubernamental, contribuyen de forma muy importante a la demanda de las exportaciones de bienes básicos y otras industrias manufactureras. La confianza en la fortaleza de la política exterior gubernamental y de su política militar complementaria puede, y con seguridad debe, actuar como un marco valioso de referencia para las prácticas de las inversiones del comercio monopolista tanto domésticas como en el extranjero.

4) El 20% al 50% de negocios extra proporcionados por las exportaciones y la demanda militar en conjunto (véase tabla 4, Industrias principales), proporciona un porcentaje mucho mayor del total de las utilidades de estas firmas. La economía típica de un negocio manufacturero requiere que una firma alcance cierto nivel de actividad productiva antes de que llegue a tener alguna utilidad. Los costos en bruto de los gastos fijos —de-

preciación de maquinaria, uso de la planta, gastos de administración— se mantienen con bastante regularidad a un nivel dado de capacidad. Hasta que la producción llegué a un punto donde el precio del producto terminado produzca suficientes entradas para cubrir los gastos fijos y costos directos, el negocio opera con pérdida. Una vez que se llegue al punto de «cubrir gastos», la rentabilidad del negocio se proyecta hacia adelante hasta que tropieza con los límites de la capacidad productiva. Desde luego que la curva de la rentabilidad varía de industria en industria y de firma en firma. Pero es una característica corriente de las industrias manufactureras que exista un punto que se tome como base para cubrir gastos y que aumenten las utilidades después de pasado ese punto. Lo que esto significa es que para muchas de las firmas dedicadas a la producción industrial de bienes básicos, el aporte excesivo del 20% al 50% de la demanda de compras militares y de las exportaciones probablemente representará la mayor parte de las utilidades, y para no pocas firmas, quizás tanto como desde el 80% hasta al 100% de sus utilidades.

Monopolio e Inversiones en el Extranjero

Una de las razones que frecuentemente se han ofrecido para la creencia de que el imperialismo económico es una influencia sin importancia sobre la política exterior y la militar, es la de que solamente un pequeño segmento del comercio norteamericano está vitalmente interesado en las actividades económicas o militares en el extranjero. Esta sería una observación de importancia si los recursos económicos estuviesen distribuidos ampliamente y la mayoría de las firmas comerciales con ideas domésticas se pudieran movilizar considerablemente en contra de la política que apoya la pequeña minoría de comerciantes con ideas fijas en el extranjero. Pero las realidades de la concentración económica indican exactamente lo contrario. En las industrias manufactureras, cinco corporaciones son dueñas de más del 15% del total neto del capital en activo (en 1962). Las 100 corporaciones más grandes son dueñas del 55% del total neto del capital en activo.¹⁵ Esto quiere decir que un número pequeño de firmas —con su propia influencia y la de sus aliadas en finanzas y medios conjuntos

¹⁵ *Hearings, Subcommittee on Antitrust and Monopoly of the Committee on the Judiciary*, Senado de los Estados Unidos, Congreso 88º, 2ª Sesión, Parte I, Washington, D. C., 1964, p. 115.

de comunicaciones— pueden ejercer una cantidad abrumadora de influencia política y económica, especialmente si es que existe una comunidad de intereses dentro de ese grupo relativamente pequeño.

Y es precisamente entre las corporaciones gigantes donde encontramos a los principales centros de operaciones económicas militares y en el extranjero. Un análisis sumario de las 50 firmas industriales más poderosas, revela los tipos de firmas que relacionaremos a continuación, las que están muy estrechamente relacionadas con las operaciones internacionales económicas y con el suministro de pertrechos militares: 12 en la industria petrolera, 5 en la aviación, 3 en productos químicos, 3 en acero, 3 en automóviles, 8 en equipos eléctricos y electrónicos y 3 en la industria de la goma. Estas 37 compañías representan más del 90% de los activos de las primeras 50 firmas industriales.

La comunidad de intereses entre los gigantes industriales en operaciones militares y en el extranjero, surge de relaciones que no siempre son evidentes en términos de las categorías estadísticas habituales. En primer lugar, existe la interrelación de las firmas mediante los centros financieros del poder. En segundo lugar, existen los lazos económicos directos del comercio. Mientras sólo 5 firmas obtienen la cuarta parte del volumen de los contratos militares, y 25 firmas abarcan más de la mitad de dichos contratos, una gran parte de este negocio se distribuye a otros negocios que suministran a estos contratistas principales.¹⁶ Por lo tanto, como vimos en la tabla 4, los fabricantes de metales no ferrosos primarios, que reciben directamente muy pocos contratos militares, a pesar de todo, obtienen más del 22% de sus negocios de la demanda militar. Y, en tercer lugar, debido al rico desarrollo potencial y otras ventajas de los negocios militares y de los dirigidos hacia el extranjero, el movimiento de fusión de la postguerra entre los gigantes industriales ha mezclado las organizaciones típicamente domésticas con las típicamente de mercados extranjeros. Las organizaciones comerciales que menos lo parece, están hoy establecidas con pie firme en los negocios militares y extranjeros. Nosotros vemos, por ejemplo, a productores tradicionales de derivados de cereales y de equipos

¹⁶ *Background Material on Economic Aspects of Military Procurement and Supply: 1964*, Joint Economic Committee of Congress, Washington, D. C., 1964, p. 11.

de plomería y calefacción, adquiriendo plantas que fabrican instrumentos científicos; a firmas empacadoras de carne, comprando compañías en el campo de maquinaria industrial en general, y muchas otras fusiones de industrias opuestas.

La concentración del poder económico, que es parte del panorama doméstico, resurge aún de manera más fuerte en el campo de las inversiones en el extranjero. Los datos básicos que tenemos a mano sobre este tema provienen del censo de 1957, sobre las inversiones en el extranjero (véase tabla 5).

TABLA 5

INVERSIONES DIRECTAS NORTEAMERICANAS EN EL
EXTRANJERO POR CUANTÍA DE INVERSION (1957).

Valor de inversiones directas por clases cuantía	Número de firmas	Inversiones norteamericanas por ciento total
\$100 millones y más	45	57
\$ 50-100 millones	51	14
\$ 25- 50 millones	67	9
\$ 10- 25 millones	126	8
\$ 5- 10-millones	166	5
Total	455	93

Fuente: *United States Business Investments in Foreign Countries*, Departamento de Comercio de Estados Unidos, 1960, p. 144.

Estos datos se refieren solamente a inversiones directas y no incluyen las inversiones «de portafolio», esto es, lazos económicos de la naturaleza que se crean mediante el permiso para patentes, procesos y marcas de fábrica.

En esta tabla notamos que sólo 45 firmas representan casi las tres quintas partes de todas las inversiones directas en el extranjero. El 80% de todas ellas lo tienen 163 firmas. La evidencia es aún más sorprendente cuando examinamos la concentración de las inversiones por industria:

Industria	Número de firmas	% total activos
Minería	20	95
Petróleo	24	93
Fabricación	143	81
Servicios Públicos	12	89
Comercio	18	83
Finanzas y Seguros	23	76
Agricultura	6	83

Estos datos se presentan desde el punto de vista de las inversiones totales norteamericanas en el extranjero. Si examináramos la situación desde el ángulo de los países que las reciben, encontraríamos un grado aún más alto de concentración de actividades comerciales norteamericanas. Pero desde cualquiera de las dos perspectivas, la concentración de inversiones en el extranjero no es más que la extensión de las tendencias monopolistas domésticas. Estas proporcionan la oportunidad de acumular la riqueza necesaria para inversiones intensas en el extranjero, así como también el impulso para las mismas.

La cuestión del control es el eje para un entendimiento de los factores estratégicos que determinan la norma a seguir por las inversiones en el extranjero. En su forma más cruda, este control se hace más evidente en las relaciones económicas con los países subdesarrollados —en la parte representativa de estos países como proveedores de materias primas para las industrias de producción en masa, y como fuente de lo que propiamente puede llamarse contribución a las finanzas.

Consideremos primero la distribución de las inversiones en el extranjero, tal como aparecen en la tabla 6.

TABLA 6

PORCENTAJE DE DISTRIBUCION DE INVERSIONES DIRECTAS
EN EL EXTRANJERO POR REGION E INDUSTRIA, 1964

Industria	Todas las regiones	Canadá	Europa	América Latina	Asia	África	Oceanía
Minería	8.0%	12.1%	0.4%	12.6%	21.9%	1.1%	6.3%
Petróleo	32.4	23.4	25.6	35.9	51.0	65.8	28.1
Fabricación	38.0	44.8	54.3	24.3	13.8	17.5	54.1
Servicios Públicos	4.6	3.3	0.4	5.8	0.1	1.8	0.1
Comercio	8.4	5.8	12.2	10.7	5.7	7.8	5.5
Otros	8.6	10.6	7.1	10.7	7.5	6.0	5.9
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Calculado de datos en *Survey of Current Business*, sept., 1965, p. 24.

Aquí vemos dos patrones distintos. En América Latina, Asia y África, la mayoría de las inversiones son en las industrias extractivas. A pesar de que Canadá es una fuente importante de minerales y petróleo, sólo un 35% de las inversiones norteamericanas se encuentran en estas industrias extractivas, con un 45% dedicadas a la fabricación. Las inversiones en las industrias extractivas en Europa son mínimas: los datos sobre el petróleo representan sólo a refinerías y a la distribución, no incluyen pozos de petróleo. El control económico y, por lo tanto, el control político, cuando se trata de fuentes extranjeras de suministros de materia prima, es de importancia capital para las industrias de producción en masa organizadas por los monopolios en el país de origen. En las industrias como las del acero, aluminio y petróleo, la habilidad de controlar la fuente de la materia prima es

esencial para el control sobre los mercados y los precios de los productos terminados, y sirve como un factor de seguridad efectivo para proteger las grandes inversiones en la manufactura y distribución del producto terminado. La frustración que resulta de la competencia se manifiesta de dos formas. En primer lugar, cuando el precio y la distribución de la materia prima están controlados, la libertad de acción del competidor está restringida; no puede vivir mucho tiempo sin una fuente responsable de materias primas a un costo práctico. En segundo lugar, acaparando la mayor cantidad posible de los recursos mundiales de este material, un grupo poderoso puede impedir que un competidor menos fuerte se vuelva más independiente, así como también puede evitar que surjan nuevos posibles competidores. ¡Cuán conveniente es que un número limitado de compañías petroleras norteamericanas controlan las dos terceras partes del petróleo del «mundo libre»!¹⁷

A este nivel de monopolio, la regla de los intereses comerciales con la política exterior norteamericana es cada vez más marcada. La garantía de control sobre materias primas en la mayoría de las regiones no implica sólo un negocio más, sino que ocupa un alto puesto en la agenda para mantener el poder industrial y financiero. Y los que esgrimen este poder, si desean permanecer en el puesto de mando, deben hacer todo lo posible para estar seguros de que estas fuentes de suministros estén siempre accesibles en los términos más favorables: estos suministros extranjeros no sólo son una avenida hacia grandes utilidades, sino también son la póliza de seguros sobre la posición monopolista en su propio país.

La presión para obtener fuentes externas de materias primas ha tomado una nueva dimensión durante las últimas dos décadas y promete volverse cada vez más rigurosa. Aunque el comercio norteamericano siempre ha tenido que contar con fuentes extranjeras para algunos metales importantes (v. g., bauxita, cromo, níquel, tungsteno, estaño), ha sabido autoabastecerse, no obstante, y ha sido un exportador de materias primas de gran diversidad hasta hace poco. Esta generalización ha sido utilizada como argumento por aquéllos que discutían que el capitalismo norteamericano no tenía necesidad de ser imperialista. Pero hasta este argumento, con todo lo débil que pudiera haber sido en el pasado, ya no tiene valor. La

¹⁷ «Inversiones petroleras norteamericanas de la postguerra en el extranjero», en *U. S. Private and Government Investment Abroad*, Raymond F. Mikesell, Editor, University of Oregon Books, Eugene, Oregón, 1962, p. 417.

creciente presión sobre recursos naturales, especialmente evidente desde los años de 1940, incitó al presidente Truman a establecer una Comisión de Política de Materiales para definir la magnitud del problema. El informe de la comisión *Resources for Freedom* (Washington, D. C., 1952), resumió gráficamente el cambio dramático en la siguiente comparación con respecto a todas las materias primas, aparte de comestibles y oro: a la vuelta del siglo, los Estados Unidos produjeron en total un 15% más de estas materias primas que las que se consumieron localmente; esta sobreproducción, en 1950, se convirtió en pérdida con la industria norteamericana consumiendo un 10% más que la producción doméstica; ampliando estas tendencias hasta 1975 nos demuestra que para entonces el déficit en las materias primas para la industria será alrededor del 20%.

Quizás el conocimiento de este nuevo acontecimiento contribuyó a que el presidente Eisenhower en su discurso inaugural (enero 20, 1953), alertara a la nación para la unidad de los intereses políticos y económicos: «Nosotros sabemos... que estamos unidos a todos los pueblos libres no sólo por una idea noble sino también por una simple necesidad. Ningún pueblo libre puede mantener por mucho tiempo un privilegio o disfrutar de alguna seguridad en aislamiento económico. Con toda nuestra propia fuerza material, hasta nosotros mismos necesitamos mercados en el mundo para los sobrantes de nuestros campos y fábricas. De igual forma, para estos mismos campos y fábricas nosotros necesitamos productos y materiales vitales de tierras lejanas. Esta ley básica de interdependencia tan manifiesta en el comercio de tiempos de paz, es aplicable con intensidad mil veces mayor en caso de guerra».

Como ocurre con frecuencia, los intereses económicos armonizan cómodamente con los fines políticos y de seguridad debido a que una gran cantidad de materias primas se consideran esenciales en la preparación efectiva para la guerra. Con bastante comprensión, el gobierno contribuye a la seguridad de la nación y del comercio mediante maniobras diplomáticas, el mantenimiento de bases militares convenientes en diversas partes del mundo, la ayuda militar para contribuir a mantener gobiernos estables y, por último, pero no por eso de menor importancia, con un programa de ayuda exterior que es una magnífica mezcla de fines humanitarios declarados sobre la industrialización y la apreciación realista de que ese progreso no interfiera con la habilidad de los países abastecedores para mantener un flujo adecuado de materias primas. Para hacer algo realmente bueno

con miras a garantizar un abastecimiento adecuado de materias primas en vista del posible agotamiento de los ya explotados depósitos; y en vista, además, de las posibles necesidades de crear programas coheteriles y espaciales, el gobierno puede hacer su mayor contribución manteniendo «libre» y segura para la explotación de minerales, a la mayor parte del mundo que le sea posible. Clarence B. Randall, presidente de la Inland Steel Co., y consejero para la ayuda externa en Washington, comenta sobre la afortunada disponibilidad de yacimientos de uranio en el Congo Belga mientras se desarrollaba la bomba atómica: «¡Qué suerte fue para nosotros el que la metrópoli estuviera de nuestra parte!» Y, ¿quién puede hoy, posiblemente prever cuáles de las vastas regiones inexploradas del mundo puedan asimismo contener algún yacimiento único en su género de alguna materia prima rara, la que en el transcurso del tiempo puede que sea la que más necesite nuestra industria o nuestro programa de defensa?»¹⁸

La integración de capitales menos desarrollados en el mercado mundial como abastecedores seguros y continuos de sus recursos naturales resulta, con raras excepciones, en una dependencia continua de los centros de control monopolista, que es aprobada y asegurada por la estructura del mercado que surge de esta misma dependencia. La integración en los mercados capitalistas mundiales produce efectos casi uniformes en los países abastecedores: 1) se apartan o nunca entran en los senderos del desarrollo que requieren independencia y confianza en sí mismos; 2) pierden su autosuficiencia económica y se convierten en países sujetos a las exportaciones para su viabilidad económica; 3) su estructura industrial se adapta a las necesidades de suministrar exportaciones especializadas a precios aceptables a los compradores, reduciendo así la flexibilidad de los recursos productivos que se necesitan para una productividad económica diversificada y en vías de expansión. El síntoma familiar de este proceso se ve todavía en la América Latina, donde a pesar de los esfuerzos para la industrialización y el estímulo de dos guerras mundiales, más del 90% de las exportaciones totales de la mayoría de los países consiste en la exportación de productos agrícolas y minerales.¹⁹ La dependencia extrema de las exportaciones y para eso, en número rigurosamente restringido de productos de

¹⁸ *The Communist Challenge to American Business*, de Clarence B. Randall, Little Brown & Co., Boston, 1959, p. 36.

¹⁹ «Aspecto de los recursos del desarrollo de América Latina», de Joseph Grunwald, en *National Resources and International Development*, Marion Clawson, editor, Johns Hopkins Press, Baltimore, 1964.

exportación, mantiene a esas fuentes económicas fuera de balance en sus relaciones económicas internacionales, y crea frecuentes necesidades de concertar préstamos. Las deudas engendran deudas mayores, porque las atenciones que requieren aumentan las dificultades en la balanza de pagos. Y en todas esas relaciones de prestar y tomar préstamos, los canales de los financiamientos internacionales están en manos de inversionistas extranjeros, sus asociados en negocios y sus agencias gubernamentales.

Las cadenas de la dependencia pueden ser manipuladas por las armas políticas, financieras y militares de los centros del imperio, con la ayuda de los «marines», bases militares, sobornos, operaciones de la CIA, maniobras financieras y cosas por el estilo. Pero la base material de esta dependencia es una estructura financiera e industrial, la cual, mediante lo que llaman operaciones normales del mercado, reproduce las condiciones de subordinación económica.

Un elemento crítico de las normas del mercado que ayuda a perpetuar a los países subdesarrollados como abastecedores seguros de materias primas, es el tributo financiero a los propietarios extranjeros, que extraen no sólo los recursos naturales sino magníficas utilidades también. La siguiente comparación para los años 1950-1965, es una ilustración clara del proceso y se refiere a sólo una clase de drenaje financiero: las entradas por inversiones directas, que se transfieren a los Estados Unidos:²⁰

	(Miles de millones de dólares)			
	Europa	Canadá	América Latina	Otras regiones
Flujo de inversiones directas de Estados Unidos	\$ 8.1	\$ 6.8	\$ 3.8	\$ 5.2
Entradas por este capital transferidas a Estados Unidos	5.5	5.9	11.3	14.3
Neto	+\$ 2.6	+\$ 0.9	-\$ 7.5	-\$ 9.1

²⁰ Estos son resúmenes de datos presentados para los años de 1950 a 1960, en el Departamento de Comercio de Estados Unidos, *Balance of Payments Statistical Supplement Revised Edition*, Washington, D. C., 1963. Los datos para los años de 1961 a 1965 aparecen en los artículos que reseñan las inversiones en el extranjero en diversas ediciones del *Survey of Current Business* desde 1962 hasta 1966. La primera línea en la tabla del texto representa las salidas de capital neto desde Norteamérica para las inversiones directas. La segunda línea es la suma de dividendos, interés y utilidades de las sucursales, después de los impuestos extranjeros, producidas por las inversiones directas en el extranjero. Esto no incluye las ganancias de subsidiarias incorporadas (a diferencia de las sucursales) que se mantienen en el extranjero.

En las regiones subdesarrolladas se extrajo casi tres veces más dinero del que se invirtió. Y tómese buena nota de que aparte de extraer casi tres veces más de lo que invirtieron, los inversionistas tuvieron la oportunidad de aumentar el valor de sus activos en estas regiones a varias veces su valor original: en América Latina las inversiones directas del comercio norteamericano durante este período de tiempo, aumentaron desde \$4.5 hasta \$10.3 miles de millones de dólares; en Asia y Africa, desde \$1.3 hasta \$4.7 miles de millones de dólares.

La norma contrastante del flujo de fondos hacia Europa y desde ésta indica la tendencia de la postguerra. El rápido crecimiento de las inversiones en Europa se produjo en los campos de la fabricación y de la refinación de petróleo. El incremento de las inversiones manufactureras en el extranjero están relacionados muy estrechamente con la campaña normal del comercio para: a) controlar mercados, y b) reducir al mínimo los costos de producción. Los métodos utilizados variarán de acuerdo con la industria y las condiciones en cada país. Los factores principales implicados al confiar en la inversión del capital en vez de confiar en el comercio de exportación, son:

- 1) Si el promedio de utilidades obtenible fabricando en el extranjero es mayor que si se aumentara la producción doméstica.
- 2) Si facilita el conseguir una parte mayor y más segura de un mercado extranjero específico.
- 3) Si facilita el aprovecharse de las vías para el comercio de exportación del país con el cual se hace la inversión. De este modo, las firmas comerciales norteamericanas en Inglaterra responden del 10% de las exportaciones británicas.²¹
- 4) Si es posible obtener el derecho de prioridad sobre un campo de industrias, basados en nuevas mejoras tecnológicas generalmente protegidas por el ejercicio del derecho de patentes. Pero el acontecimiento más dramático de nuestros tiempos es la expansión de la industria norteamericana dentro de las actividades de la computación, la energía atómica y la tecnología espacial de los países industrializados. La rápida expansión de estas actividades es motivada, con toda seguridad, por las oportunidades inmediatas de obtener utilidades. Pero es muy probable que también sea con el fin

²¹ John H. Dunning, *American Investment in British Manufacturing Industry*, London, 1958.

de ayudar a mantener y a obtener todos los beneficios de la ventaja técnica que el comercio norteamericano tiene ahora como resultado de las vastas inversiones hechas por el gobierno norteamericano en investigaciones y desarrollo. La posición dominante en esta tecnología puede ser decisiva para lograr un control más amplio en la llave para las fuerzas productivas de una sociedad.

Sea cual fuere la inversión que hace el capital norteamericano en el campo de la fabricación en países subdesarrollados, ésta se hace principalmente en América Latina, donde el porcentaje total de las inversiones norteamericanas en el campo de la fabricación es el 24%. Estas inversiones se aplican mayormente a las industrias de fabricación ligera, incluyendo la elaboración de productos alimenticios locales. Las operaciones de fabricación en el campo de mercancías no perecederas, como lo son los automóviles, toman la forma de plantas de ensamblaje. Este estado de cosas garantiza el mercado de exportación de sus componentes y piezas de repuesto. También contribuye a estabilizar el mercado para estos productos norteamericanos. Es mucho más fácil para un país que confronta severas dificultades en su balanza de pagos, prohibir la importación de un producto de lujo, que abolir la importación de materias primas y piezas para ensamblajes, lo que crearía el desempleo y cierre de las industrias locales.

La expansión exterior económica de las firmas manufactureras norteamericanas en la postguerra ha dado por resultado la transformación de muchos de los gigantes del comercio norteamericano en una nueva forma de organizaciones multinacionales. La típica firma comercial internacional ya no está limitada a la compañía petrolera gigante. Puede muy bien que sea ahora una General Motors o una General Electric —que tienen invertido en el extranjero de un 15 a un 20 por ciento de sus operaciones en el comercio exterior y que ejercen todos sus esfuerzos para aumentar esta participación. La meta declarada de estas firmas internacionales es la de obtener los costos más bajos de producción por unidad a nivel mundial. Su finalidad es también, aunque no sea necesario decirlo abiertamente, la de terminar en lugar predominante en el movimiento de fusiones en el Mercado Común Europeo y la de controlar la misma gran proporción del mercado mundial que la que controlan en el mercado norteamericano. Para los dirigentes de esas organizaciones, la «unidad» de los intereses nacionales y económicos es perfectamente clara. El presidente de la General Electric lo dijo sucintamente: «Sugiero que nosotros

comprendamos lo siguiente: que por encima de los propósitos gubernamentales y mercantiles a favor y en contra, existe una norma más amplia, un «consenso» si se quiere, mediante el cual el interés público y el privado se unen, cooperan, actúan conjuntamente y se convierten en el punto principal de interés nacional.²²

No es necesario subrayar que el término de «interés privado» se refiere a empresa privada. Otro funcionario de esta corporación lucha con la identidad del interés nacional y el privado: «De este modo, nuestra búsqueda de utilidades nos coloca exactamente en línea con la política nacional de aumentar el comercio internacional como medio de fortalecer al mundo libre en la confrontación de la guerra fría con el comunismo.»²³ De igual forma que la lucha contra el comunismo ayuda a la búsqueda de utilidades, la búsqueda de utilidades ayuda a la lucha contra el comunismo. ¿Qué armonía de intereses más perfecta se podría imaginar?

Revista «Monthly Review», noviembre de 1966.

²² Discurso de Fred J. Borch, presidente de la General Electric Company, «Nuestra causa común en la competencia mundial», ante The Economic Club of New York, noviembre 9, 1964, impreso por la General Electric Co., Schenectady, N. Y.

²³ Discurso de John D. Lockton, tesorero de la General Electric Company, «El poder creador de las utilidades», en la Universidad de Macalester, St. Paul, Minn., abril 22, 1964, impreso por la General Electric Company, Schenectady, N. Y.



DOW CHEMICAL MAKES NAPALM. IT ALSO MAKES SARAN-WRAP. NAPALM IS A JELLY-GASOLINE THAT INCINERATES BODIES AND CREMATES THE FLESH. IT'S THE STUFF WE ARE USING IN VIETNAM TO LIBERATE THE PEOPLE. WHEN YOU WRAP THE LEFT-OVERS TONIGHT, THINK ABOUT DOW CHEMICAL, AND SARAN-WRAP AND ALL THE PEOPLE YOU ARE HELPING TO DESTROY. THEN WRAP YOUR COLESLAW.

Una estrategia para revolucionarios norteamericanos

DONALD BARNETT

I. *Teoría, estrategia y táctica.* La izquierda norteamericana de hoy, pese a su desarrollo y rejuvenecimiento indudables en comparación con la década de 1950, sigue estando plagada y dividida por la ausencia de una comprensión teórica, claramente formulada y ampliamente aceptada, de los Estados Unidos dentro del contexto de los acontecimientos del mundo contemporáneo y los sistemas multinacionales, y consiguientemente, por la ausencia de una estrategia de largo alcance para el logro de la transformación sociocultural que desean todos los socialistas. Desgraciadamente, también es cierto el hecho de que la mayoría de los grupos e individuos no comprenden, o comprenden muy poco, la importancia vital de los vínculos que existen entre la teoría, la estrategia y la táctica. Esta falta de comprensión, y la concomitante deficiencia teórica y estratégica, es lo que fundamenta, y en gran medida condiciona, la frustración y las tendencias divisionistas de la izquierda, da lugar a argumentos vacíos y espurios en lo concerniente a la táctica, y fomenta la confusión general y el desorden que producen demasiado fácilmente el derrotismo y el fatalismo, y también el optimismo peligrosamente superficial.

Parafraseando a Marx, diremos que, del mismo modo que la teoría sin práctica es inexperta, la práctica sin teoría es ciega. Observadas desde este punto de vista, las tácticas que no están relacionadas con la estrategia y la correcta comprensión teórica —aunque sean eficaces de inmediato o tranquilicen la conciencia— no están relacionadas sino por casualidad con las grandes metas que ambicionan sus activistas. En este caso el mensaje es claro. Si la izquierda norteamericana quiere seguir desarrollándose, unificar sus esfuerzos y, a la larga, lograr sus metas socialistas, tiene que dejar de ser un «movimiento» amorfo cuyas múltiples tácticas se esfuerzan inútilmente por encontrar una ideología que abarque la teoría y la estrategia. Tiene que ser algo más que una táctica de protesta, sin rumbo fijo, orientada por los problemas, motivada por la crisis, vinculada débilmente, casi místicamente, con una serie de objetivos de gran valía, tales como la propiedad pública, la producción para el uso, los derechos civiles, la igualdad de oportunidades, el humanismo, la fraternidad y la paz.

Una estrategia, por supuesto, es algo más que una serie de objetivos convenidos, más que un sueño o una esperanza de que algún acontecimiento catastrófico mal definido ha de dar por resultado el estado de cosas deseado. Es una predicción profética o un plan que especifica las clases de acontecimientos, su interdependencia y secuencia, que producirá o culminará en los objetivos y metas anhelados. Definida de este modo, toda estrategia depende de una serie de hipótesis, implícitas o explícitas, referentes a la naturaleza, eficacia causal y relación recíproca de las variables significativas. De este modo, una estrategia exitosa, salvo accidente o buena suerte fortuita, tiene que derivarse conscientemente de una teoría formulada con claridad, que a su vez depende de hipótesis correctas en lo que atañe a la naturaleza de los aspectos pertinentes del mundo real. Por consiguiente, una estrategia para la transformación o revolución social, si va a tener éxito, ha de derivarse de la acertada comprensión teórica del sistema sociocultural, las tendencias de desarrollo que éste encierra, y los aspectos determinantes de su movimiento o cambio.

Si la *teoría* sirve para aislar e identificar los aspectos significativos del fenómeno de que se trata, e indicar sus formas de interacción y cambio, y la *estrategia* sirve como un plan para lograr ciertas metas a la luz de esta comprensión teórica, entonces las tácticas funcionan como una serie de acciones destinadas a aplicar una estrategia o plan específico. Asimismo tal como la estrategia se crea mejor a la luz de la comprensión teórica, las tácticas

deben ser creadas (y discutidas) de acuerdo con la estrategia para cuya aplicación están calculadas. Cuando las hipótesis teóricas quedan implícitas y la estrategia no es formulada sino vagamente, las tácticas quedan necesariamente ciegas, y es tan probable que impidan como que faciliten el logro de las metas deseadas. Esta es, lamentablemente, la situación en que se encuentra la mayor parte de la izquierda norteamericana, carentes por desgracia de una teoría y una estrategia unificadoras, las tácticas se elevan frecuentemente al nivel de estrategia, se hacen rígidas y cosificadas por sus defensores, y a menudo son confundidas con los objetivos para cuyo logro se supone que están concebidas y tienden a fomentar la argumentación hueca y la hostilidad en el seno de la izquierda, tan prolifera en cismas y divisiones.

Asimismo, cuando se promueven y utilizan teorías e hipótesis teóricas incorrectas para crear la estrategia, los resultados de las acciones tácticas dejan de ser con harta frecuencia los que se persiguen. Puesto que están basadas en predicciones estratégicas defectuosas, dejan a sus promotores tan alejados de sus metas principales como lo estaban antes de que se iniciaran las tácticas «exitosas». Entre los sectores más explícitamente teóricos de la izquierda norteamericana, esto ha conducido a la desmoralización, las proclamaciones de fe en el logro de las grandes metas, las disputas y escisiones en cuestiones tácticas, y la falta de reconocimiento o plena apreciación de los hechos y tendencias específicos que se oponen a las probabilidades de la teoría. En casi todos los casos, en vez de discutir las hipótesis teóricas duraderas, especialmente las que están relacionadas con las unidades básicas de análisis, los grupos contendientes de la izquierda se ponen implícitamente de acuerdo sobre estas últimas mientras se enfrascan en frecuentes batallas polémicas sobre las estrategias «correctas». En la actualidad, por ejemplo, una de las principales escisiones que existen en la izquierda norteamericana se refleja en dos criterios, ampliamente divergentes aunque pocas veces bien articulados, con respecto a la probabilidad, naturalza y oportunidad de una «revolución socialista norteamericana». Por una parte, están los que sostienen o arguyen que hay poca probabilidad de una «revolución norteamericana», que a lo sumo está muy lejos, y que la transformación socialista que se desea será el producto final de un proceso prolongado, relativamente pacífico, que habrá de entrañar el acrecentamiento constante de las reformas estructurales. Por otra parte, están los que sostienen o argumentan que la «revolución

norteamericana» es inevitable, que está relativamente próxima, y entrañará cambios rápidos, radicales y arrolladores, y el probable empleo de la violencia organizada. Lo que importa en este caso es que, a pesar de sus divergencias obvias y aparentemente fundamentales, estos criterios opuestos están de acuerdo en una hipótesis implícita de vital importancia: que la «correcta» unidad de análisis está en los Estados Unidos de América. En otras palabras, están de acuerdo en que la unidad social en la cual vendrá el socialismo mediante la revolución o la reforma, con relativa rapidez o con lentitud, y por medios violentos o pacíficos, son los Estados Unidos de América. Y más que, por deducción, las variables causales más importantes que entraña el proceso de transformación al socialismo en Estados Unidos radican dentro de un sistema social cuyas fronteras son limítrofes con las de este país.

2. *La unidad de análisis correcta.* Si la hipótesis de unidad de análisis mencionada anteriormente es incorrecta, como yo creo que lo es, entonces las teorías más amplias que la abarcan o se basan en ella, y sus consecuentes estrategias, tienen que ser también defectuosas e ineficaces. Por ejemplo, si diéramos por sentado que el sistema social y las principales variables pertinentes para crear el socialismo en Nueva York radican dentro de las fronteras de ese estado, que podría, para decirlo con pocas palabras, ser analizado como una unidad aislable que avanza hacia el socialismo, entonces la exposición teórica de ese avance sería incorrecta, y las estrategias afines serían ineficaces. Las razones para esto son, por supuesto, evidentes: todo el mundo sabe que Nueva York no es un sistema social autónomo; que no es más que una parte de un sistema social mayor; que hay factores y fuerzas importantes que funcionan para perpetuar su carácter capitalista y que radican fuera de su perímetro; y finalmente, la destrucción del capitalismo y la construcción del socialismo se producirán en Nueva York solamente en la medida en que se produzcan la destrucción y construcción respectivas de dichos regímenes en todo el sistema del cual Nueva York no es más que una parte. Los grupos revolucionarios de Nueva York reconocen, indudablemente, que no sucederá fenómeno tal como una revolución neoyorkina triunfante, y que el triunfo, en definitiva, dependerá en una medida apreciable de la capacidad que tengan para extenderse fuera de los límites de Nueva York y coordinar sus estrategias y tácticas con los grupos no neoyorkinos.

Desgraciadamente, por estar igualmente equivocados, estos mismos grupos, como los de California, Tejas, etc., aceptarán como hecho positivo que

Estados Unidos es el sistema social «total» en cuyo interior se ha de producir la revolución, y al mismo tiempo rechazarán esa posibilidad para Nueva York o California. Donde no se afirma esto explícitamente como un componente teórico, como sucede en muchos grupos socialistas norteamericanos, funciona no obstante, de un modo alterado, como introducido en un vocabulario de «nacionalismo» que define y traza el sistema social en términos de «nuestro» y «de ellos», «nosotros» y «ellos», «aquí» y «allá», «norteamericano» y «mejicano» etc. Pocos son en realidad los que dejan de ambicionar con orgullo que la «revolución norteamericana» sea «norteamericana», que «nosotros» tenemos que lograrla en «nuestro» país del mismo modo que los cubanos lograron «la suya» en Cuba.

Bastante es lo que se ha dicho, tal vez, para indicar la importancia general que tienen las unidades de análisis correctas para la teoría, estrategia y táctica revolucionarias. Consideremos y distingamos ahora las principales unidades de análisis que son necesarias para una teoría correcta de la revolución contemporánea y una estrategia eficaz de sus adeptos norteamericanos.

(A continuación bosquejamos algunas notas generales)

a. *Unidades nacionales y multinacionales*. . . dentro del sistema capitalista internacional.—Necesidad de distinguir entre (1) *naciones*, como unidades geopolíticas «legalmente» autónomas o colonias «legalmente» dependientes, por ejemplo, Estados Unidos, Brasil, Angola, etc., y (2) unidades o sistemas socioeconómicos multinacionales, que comprenden múltiples *naciones*, dentro de las cuales la clase económica o grupo dominante de una *nación* trata de mantener y desarrollar una situación de relación privilegiada frente a las poblaciones más numerosas de las *naciones subordinadas* mediante diversas combinaciones de medios económicos, políticos y militares.

—Los imperios colonialistas contemporáneos no se llaman imperios (por ejemplo «imperio norteamericano», tienen una metrópoli dominante (por ejemplo, Estados Unidos de América), y naciones o neo-colonias subordinadas, «legalmente» independientes (por ejemplo, Perú, Venezuela, Filipinas, etc.).

—En el imperio clásico, el control político directo era utilizado por la clase gobernante de la nación dominante para adquirir, consolidar y desarrollar sus privilegios económicos con respecto a los recursos estratégicos

de la nación subordinada; la clase gobernante de la nación dominante empleaba medios militares para lograr, consolidar y mantener su control político dentro de la nación subordinada.

—En los sistemas imperialistas contemporáneos, la clase gobernante de la nación dominante ejerce el control político indirecto, basado en el poderío económico para mantener y desarrollar sus privilegios económicos dentro de las naciones subordinadas; al igual que el control político, se emplea indirectamente el poder militar (mediante nativos de las neocolonias subordinadas), y la intervención militar directa se emplea solamente como último recurso—cuando las acciones revolucionarias de algunos sectores subordinados de la población neocolonial amenazan con acabar con la situación privilegiada de la clase gobernante metropolitana.

Es necesario percatarse que en el sistema imperialista moderno:

—Aunque las *naciones* son unidades geopolíticas legalmente discretas, con fronteras y nombres relativamente precisos y permanentes, las *unidades multinacionales* están extendiéndose (en el sentido de que algunas *naciones* mantienen posiciones subordinadas dentro de dos o más unidades multinacionales—por ejemplo, el Congo respecto de Estados Unidos y Bélgica) con más fluidez, y sujetas a una mayor variación en su composición (debido a la competencia económica y los azares de la guerra entre las naciones dominantes de los diversos imperios contemporáneos—por ejemplo, el británico, el alemán, el japonés, el francés, el norteamericano, etc. en la II Guerra Mundial), carentes de discreción y nombres legales, y sostenidos y desarrollados mediante una variedad de medios frecuentemente encubiertos.

—Las relaciones entre las clases subordinadas y la clase dominante dentro del *sistema multinacional*, son más complejas, menos evidentes o visibles, y más diversas que las relaciones políticamente encubiertas y legalmente reguladas dentro de cualquier nación, por separado, entre las clases subordinadas y la clase gobernante, tal como están reguladas por el aparato estatal del país.

—Es necesario distinguir:

—las naciones dominantes y subordinadas dentro del sistema multinacional imperialista;

—la divergencia histórica en el desarrollo capitalista entre las naciones dominantes industrializadas y las naciones «agrarias», subordinadas e in-

dustrialmente subdesarrolladas, con sus respectivas poblaciones de mayoría urbana y rural;

—las clases trabajadoras urbanas subordinadas dentro de las naciones dominadas, que están sujetas al poder de su propio aparato estatal *solamente*, las clases campesinas subordinadas dentro de las naciones neocoloniales, que están sujetas al poder de su propio estado y *también* al de la nación metropolitana dominante.

—Hay que tener en cuenta que:

—el aparato estatal dentro de la nación neocolonial tiene una situación que le obliga a ponerse al servicio de la clase gobernante local (es decir, la burguesía nacional) y *además*, al de la nación dominante dentro del sistema multinacional;

—el estado neocolonial se enfrenta a una población nacional explotada, que está compuesta en gran parte de obreros agrícolas, en tanto que la metrópoli dominante se enfrenta a un proletariado principalmente urbano;

—los campesinados neocoloniales, a causa de la ambivalencia estructural del estado neocolonial (es decir, la necesidad de servir a la clase gobernante nacional y también a la de la metrópoli), y la situación relativamente débil y dependiente de la burguesía nacional, son capaces de crear y organizar resistencia a la privilegiada clase gobernante imperialista (metropolitana) y también a su régimen de capataces nativos y burguesía subordinada; en torno a los sentimientos y el componente ideológico del «nacionalismo», lo que no es posible para el proletariado urbano de la nación dominante, puesto que éste se enfrenta solamente a su propia clase dominante nacional y al aparato estatal no ambivalente;

—dentro del sistema imperialista multinacional, el cisma fundamental o antagonismo de clases —tal como se refleja en el componente ideológico nacionalista de los movimientos de liberación obrerocampesinos dentro de las naciones subordinadas— radica entre la clase gobernante de la nación dominante y las clases obrero-campesinas de las neocolonias;

—al considerar la unidad imperialista o multinacional en su totalidad, es erróneo suponer que son factores básicos: (a) la contradicción o el antagonismo que existe entre la clase gobernante de la nación dominante y el proletariado urbano de su país, o (b) la contradicción que hay en las neocolonias subordinadas entre la burguesía nacional y la clase obrero-campesina.

b. *Las guerras de «liberación nacional»*... dentro del sistema imperialista.

—Los movimientos de liberación nacional tienen que (a) derribar a su clase gobernante nacional y su aparato estatal, enfrentándolos directa o indirectamente a la palanca militar del estado metropolitano, y (b) romper o reestructurar cualitativamente sus relaciones con la clase gobernante de la nación dominante a fin de eliminar sus privilegios.

—en este proceso es evidente que (a) la toma del poder estatal por la clase obrero-campesina dentro de la neocolonia debe anteceder, (b) al establecimiento de una nueva relación (de privilegiadas a nulas o recíprocas) entre las naciones metropolitanas y neocoloniales, y por ende entre sus respectivos estados y clases; —en este proceso, que sitúa a la clase inferior del campesinado contra el estado armado de la burguesía nacional y la clase gobernante imperialista, la naturaleza dispersa y casi autosuficiente de los conglomerados obrerocampesinos, la ambivalencia estructural decadente del estado y la burguesía nacional, y el atraso tecnológico e industrial de la neocolonia, especialmente en las esferas del transporte y las comunicaciones, hacen que el control y la supresión de los movimientos de liberación de base **campesina sea mucho más difícil** que en los movimientos similares entre el proletariado urbano de la nación dominante industrializada.

—Dentro de la nación dominante, el «equivalente» de los movimientos de liberación nacional en las neocolonias, pondría a la gran clase obrera urbana contra el estado armado de la clase gobernante nacional (y multinacional); pero esta situación que parece equivalente, resulta distinta en muchos aspectos importantes:

—el proletariado urbano de la nación dominante se enfrenta a un aparato estatal mucho más fuerte, que posee medios tecnológicos de coerción y represión muy superiores, e inequívocos en el sostén de su propia clase gobernante nacional;

—la clase gobernante nacional, puesto que es la clase gobernante del sistema multinacional, y por tanto no está subordinada a la clase gobernante de ninguna neocolonia, priva al proletariado urbano de un gran enemigo no nacional (como el que tiene el «proletariado rural» de las neocolonias) y por consiguiente, de una base estructural para el «nacionalismo» como componente ideológico unificador;

—el proletariado urbano de la nación dominante, que es potencialmente la mayor amenaza *directa* para la continuación de la clase dominante

nacional en el poder, tiene respecto de ésta una posición privilegiada, a diferencia de los campesinados superexplotados y por tanto más empobrecidos de las neocolonias subordinadas; los últimos son *más homogéneos* en su pobreza.

—esta situación material relativamente privilegiada de la clase obrera metropolitana dentro de la clase obrera multinacional en conjunto, acompañada del amplio control que ejercen sobre el pensamiento la clase gobernante y su estado, trae como consecuencia un proletariado urbano de la nación dominante que, en las condiciones tanto materiales como subjetivas, posee menos *potencial revolucionario* que los proletariados rurales de las neocolonias.

—Dentro del contexto del sistema multinacional, se invierte la secuencia de las fases revolucionarias en la nación dominante y en las subordinadas, respectivamente:

—en cada nación subordinada, la clase gobernante doméstica y su estado deben ser derribados *antes* de que puedan romper o modificar cualitativamente sus nexos —y destruir la naturaleza menesterosa de sus relaciones— con la nación dominante y establecer su independencia económica

—en la nación dominante, la revolución del proletariado urbano debe seguir a las triunfantes luchas de liberación nacional en las neocolonias del sistema multinacional, puesto que la existencia de neocolonias nutre el poder de la clase dominante y de su estado, e impide el desarrollo de condiciones revolucionarias —materiales y subjetivas— dentro de la clase obrera urbana.

—Considerado como *una sola revolución* dentro del sistema multinacional, este proceso o lucha puede verse como una propagación desde los trabajadores rurales de las neocolonias, más oprimidos y empobrecidos, hasta a los trabajadores urbanos de la nación dominante industrializada, menos depauperados que aquéllos, pero en proceso ascendente de depauperación.

—Marx: «Después de ocuparme de la cuestión irlandesa por muchos años, he llegado a la conclusión de que el golpe decisivo a las clases dirigentes inglesas (y será decisivo para el movimiento obrero en todo el mundo) *no puede ser dado en Inglaterra, sino únicamente en Irlanda* (...) el derrocamiento de la aristocracia inglesa en Irlanda implica como consecuencia necesaria su derrocamiento en Inglaterra. Esto cumpliría el requisito previo para la revolución proletaria en Inglaterra. La destrucción de la aristocracia terrateniente inglesa en Irlanda es una operación

infinitamente más fácil que en Inglaterra misma, porque en Irlanda el problema de la tierra ha sido hasta ahora la forma exclusiva de la cuestión social, porque es un problema de existencia, de *vida o muerte*, para la inmensa mayoría del pueblo irlandés, y porque es al mismo tiempo inseparable de la cuestión nacional (...) acelerar la revolución social en Inglaterra es el objetivo más importante de la Asociación Internacional Obrera. El único modo de acelerarla es haciendo independiente a Irlanda (!!!) (...) La tarea especial del Consejo Central de Londres es despertar en los obreros ingleses la conciencia de que, *para ellos la emancipación nacional de Irlanda* no es un asunto de justicia abstracta o de sentimientos humanitarios, sino el *primer requisito de su propia emancipación social.*» (Subrayados del original.) (C. Marx y F. Engels, «Sobre el colonialismo», 333; 335).

—De Marx a Kugelmann (Nov. 29, 1896): «Me he convencido más y más —y la única cuestión es llevar esta convicción a la clase obrera inglesa— de que ésta no puede hacer nada decisivo aquí en Inglaterra hasta que separe su política hacia Irlanda, definitivamente, de la política de las clases gobernantes; hasta que no sólo haga causa común con los irlandeses, sino que tome realmente la iniciativa de disolver la Unión establecida en 1801 y de reemplazarla por una relación federal libre. Y esto se debe hacer, no por simpatía a Irlanda, sino como demanda en interés del proletariado inglés. Sino, el pueblo inglés permanecerá atado a los andadores de las clases gobernantes, porque tendrá que unirse a ellas en un frente común contra Irlanda. Pero, ¡vaya!, una vez que las cosas estén en las manos del pueblo irlandés mismo, una vez que éste se convierta en su propio legislador y gobernante, una vez que se haga autónomo, la abolición de la aristocracia hacendada (en gran parte las mismas personas que los terratenientes ingleses) será infinitamente más fácil que aquí, porque en Irlanda no se trata meramente de una simple cuestión económica, sino, al mismo tiempo, de una cuestión *nacional*, ya que los terratenientes de allí no son, como los de Inglaterra, los dignatarios y representantes tradicionales de la nación, sino sus opresores mortalmente odiados.» (SOBRE EL COLONIALISMO, 327-8).

—De Engels a Marx (mayo 23, 1856): «Se puede tener a Irlanda por la primera colonia inglesa, una colonia que, a causa de su proximidad, se gobierna todavía exactamente al modo antiguo, y uno puede ya observar

aquí que la pretendida libertad de los ciudadanos ingleses se basa en la opresión de las colonias.» (SOBRE EL COLONIALISMO, 314).

—De Marx a Engels (Dic. 10, 1869): «...aparte de todas las frases acerca de dar a Irlanda *justicia* «internacional» y «humana» —que en el Consejo Internacional se dan por sentadas—, es un *interés directo y absoluto* de la clase obrera inglesa el desembarazarse de su presente vinculación con Irlanda (...). Por largo tiempo creí que sería posible echar abajo el régimen irlandés mediante el ascenso de la clase obrera inglesa (...). Un estudio más profundo me ha convencido ahora de lo contrario. La clase obrera inglesa *no conseguirá nunca nada* hasta que se haya desligado de Irlanda. La palanca debe ser aplicada en Irlanda.» (SOBRE EL COLONIALISMO, 329).

—Lenin: «La percepción de grandes ganancias por los capitalistas, a través del monopolio ejercido en una de las numerosas ramas de la industria, en uno de los numerosos países, etc., les hace económicamente posible poder corromper a ciertos sectores de la clase obrera, y, por un tiempo, a una minoría bastante considerable, y atraerlos al lado de la burguesía de una industria o nación determinadas contra todas las demás. La intensificación de los antagonismos entre las naciones imperialistas por la división del mundo acrecienta este esfuerzo. Así se crea ese nexo entre imperialismo y oportunismo, que por primera vez se reveló, más claramente, en Inglaterra, debido al hecho de que ciertos rasgos del desarrollo imperialista fueron observados allí mucho antes que en otros países.

«Algunos escritores (...) tratan de evadir el hecho de la existencia de una relación entre imperialismo y oportunismo en el movimiento obrero —que es particularmente notable en el momento presente—, recurriendo a argumentos «optimistas oficiales» (a la Kautsky y Huymans) como el siguiente: la causa de los que se oponen al capitalismo sería desesperada si fueran precisamente los obreros mejor pagados los que se inclinaron al oportunismo, etc. No debemos hacernos ilusiones con un «optimismo» de esta clase. Porque es optimismo en relación al oportunismo; es un optimismo que sirve para encubrir el oportunismo.» (Imperialismo, 126, 1916).

—De Engels a Kautsky (Sep. 12, 1882): «... Usted me pregunta qué piensan los obreros acerca de la política colonial. Bien, exactamente lo mismo que piensan acerca de la política en general: lo mismo que piensan los burgueses. No existe partido obrero aquí, ve usted; sólo hay conserva-

dores y liberales-radicales, y los obreros comparten el festín del monopolio inglés del mercado mundial y las colonias.» (El subrayado es mío. D. B.) (SOBRE EL COLONIALISMO, 340).

—Los sistemas imperialistas multinacionales, como los que encabezan Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Portugal, etc., están también relacionados dentro del sistema del *capitalismo internacional*. Los sistemas imperialistas no sólo se superponen, en el sentido de que ciertas naciones subordinadas ocupan posiciones neocoloniales dentro de dos o más imperios, sino que las naciones dominantes o metropolitanas de los diversos imperios se relacionan unas con otras como dominantes o subordinadas dentro del sistema jerárquico del capitalismo internacional. Los conflictos y transformaciones contemporáneos, particularmente desde la segunda guerra mundial, han visto a los EE.UU. ocupar una posición al parecer inexpugnable como principal nación dominante del sistema capitalista internacional; han expandido su dominio imperial y su influencia a expensas de naciones dominantes más débiles del sistema capitalista internacional; el paso de muchas naciones subordinadas de África, Asia y América Latina a la condición de «políticamente independientes» ha constituido, en realidad, un movimiento de la colonización directa al viejo estilo de los ingleses, franceses, belgas, etc., a la neocolonización dentro del expansivo imperio norteamericano.

c. Unidades análogas de análisis

—Como existen diferencias fundamentales entre las naciones subordinadas y dominantes de los sistemas imperialistas, es incorrecto y muy engañoso considerar a estas últimas como unidades análogas para el análisis social. Como antes se indicó, esta analogía errónea ha conducido a dos teorías y estrategias opuestas, pero igualmente incorrectas, acerca de la revolución social «dentro» de los E.U.A.

—(1) los que consideran que la «próxima» revolución en EE.UU. será análoga a las revoluciones de Rusia, China, Cuba, Angola, Guatemala y otras naciones subordinadas subdesarrolladas, han sido confundidos por similitudes más o menos superficiales o secundarias (v. g., en su posición «legal» de naciones, en la estructura y lucha de las clases, etc.) y por la muy arraigada pero errónea suposición de que la contradicción básica o fundamental dentro del «capitalismo norteamericano» ocurre entre la

clase gobernante y la clase obrera, y no entre la clase gobernante de EE.UU. y las clases obrero-campesinas de las neocolonias del sistema imperialista; considerando a los EE.UU. y sus neocolonias como unidades de análisis social análogas —cuyas diferencias son cuantitativas y/o secundarias y cuyas similitudes son cualitativas y primarias— ha dado pábulo a un género de estrategias ineficaces que apuntan a movilizar la clase obrera urbana de la metrópoli para derribar la clase y estado gobernantes de modo similar al que emplean los dirigentes revolucionarios de las naciones subordinadas para unir a su causa a las masas obrero-campesinas. Esta línea estratégica errónea ha conducido a la desmoralización y la defeción o a la rigidez defensiva y la fe milenaria.

—(2) los que por varias razones, incluida la desmoralización resultante de las estrategias del tipo 1, estiman virtualmente imposible que la revolución «norteamericana» surja de una clase obrera oprimida y políticamente consciente; y no han abandonado en absoluto la lucha por el socialismo, se han adherido, no obstante, a una errónea teoría de la transformación «nacional»; ven y buscan la transformación socialista como función de la «reforma estructural»; en sus análisis de clase, es la «clase media», crecientemente enajenada, de los trabajadores de cuello y corbata, profesionales e intelectuales, la que traerá el socialismo a EE.UU. mediante una estrategia de captura del poder estatal por medios constitucionales y pacíficos.

—Aunque la estrategia de la reforma estructural parece más eficaz, dado que puede mencionar algunos «logros concretos» en campos como el de los derechos civiles, la pobreza y la paz (v. g., el fallo del Tribunal Supremo contra la segregación, el programa contra la pobreza, el tratado Test-Ban, etc.), deja de tomar en cuenta que estas reformas son invariablemente configuradas y estructuradas por el sistema capitalista existente, el cual las transforma conforme a su propia imagen y no vice-versa; luego, el género de estrategias pro «reforma estructural» ha conducido también a la desmoralización y el abandono, acompañados de su resultado lógico: el acomodamiento y la automixtificación.

—Las estrategias de «revolución proletaria», que rinden poco o son derrotadas, a causa de su carácter nacionalparroquial, perciben correctamente la necesidad de luchar fuera de la estructura de gobierno establecida, mediante grupos francamente revolucionarios y por un completo cambio estructural que incluya la eliminación de la actual clase gobernante y de

su estado. Sus errores estratégicos derivan de una incompreensión del proceso a través del cual se ha de llegar a esta transformación revolucionaria.

—*Unidades multinacionales y neocoloniales análogas.* Si la teoría y la práctica revolucionarias han de aprovechar las regularidades históricas y las analogías fructíferas observadas, sería mejor enfocar la atención sobre las similitudes cualitativas y los equivalentes funcionales entre el todo imperialista y la parte neocolonial, y no entre las partes dominantes y subordinadas del todo multinacional. El imperialismo norteamericano, como sistema multinacional, sería visto así como la contraparte analítica de uno de sus propios componentes neocoloniales, digamos las Filipinas o el Perú:

—las masas o clases inferiores de ambas unidades sociales son predominantemente campesinas y rurales, ocupadas en tareas agrícolas con el principal y excluyente objeto de satisfacer las necesidades básicas de su subsistencia;

—el proletariado organizado de base urbana es, dentro de cada unidad social, una minoría relativamente pequeña y, en contraste con el campesinado, privilegiada;

—dentro de ambas unidades sociales existe un grande y creciente vacío entre las élites urbanas gobernantes y las masas campesinas rurales, tanto en cuanto a condiciones materiales como subjetivas;

—dentro de ambas unidades sociales, los principales recursos en materias primas y mano de obra de las áreas rurales se dedican principalmente, si no exclusivamente, a promover los intereses políticoeconómicos y el poder de las clases gobernantes concentradas en la ciudad;

—en ambas unidades sociales, el atraso rural —definido en términos de producción, consumo y criterios tecnológicos— es una función o consecuencia necesaria de la explotación por la clase gobernante de base urbana;

—*EE.UU.-Habana como unidades equivalentes.* Prosiguiendo esta analogía, los Estados Unidos de América (o sea, la unidad nacional jurídicamente definida) sería el equivalente teórico de La Habana o de Manila, más que de Cuba o las Filipinas. A los fines teóricos, los EE.UU., entonces, podrían ser vistos como el *centro urbano* en relación con sus dependientes y oprimidas masas rurales en las neocolonias de su sistema imperialista,

del mismo modo que La Habana o Manila se ven como centros urbanos en relación con sus respectivas poblaciones campesinas de las neocolonias de Cuba (antes de 1959) y las Filipinas.

—*Los movimientos revolucionarios dentro de la unidad imperialista norteamericana y sus unidades neocoloniales.* Si consideramos los movimientos revolucionarios contemporáneos dentro de las dos unidades sociales —o sea, el imperio norteamericano y sus diversos componentes neocoloniales—, puede verse que:

—existe entre ellos una relación lógica, en el sentido de que un movimiento revolucionario dentro de una neocolonia particular implica y representa un movimiento revolucionario en el imperio norteamericano;

—como hoy se desarrollan luchas revolucionarias dentro de varias neocolonias —por ejemplo, en Viet Nam, Guatemala, Venezuela, las Filipinas, etc.—, están ocurriendo, de hecho, dentro del imperio norteamericano también. Por tanto, se está haciendo ya la revolución dentro del sistema imperialista multinacional dominado por la clase gobernante norteamericana;

—el segmento más revolucionario de la población de ambas unidades sociales es un «proletariado» rural, crecientemente empobrecido y extendido, carente de tierra y hambriento de ella, y es en estas masas de trabajadores-campesinos crecientemente depauperados donde debe basarse y mantenerse la lucha revolucionaria;

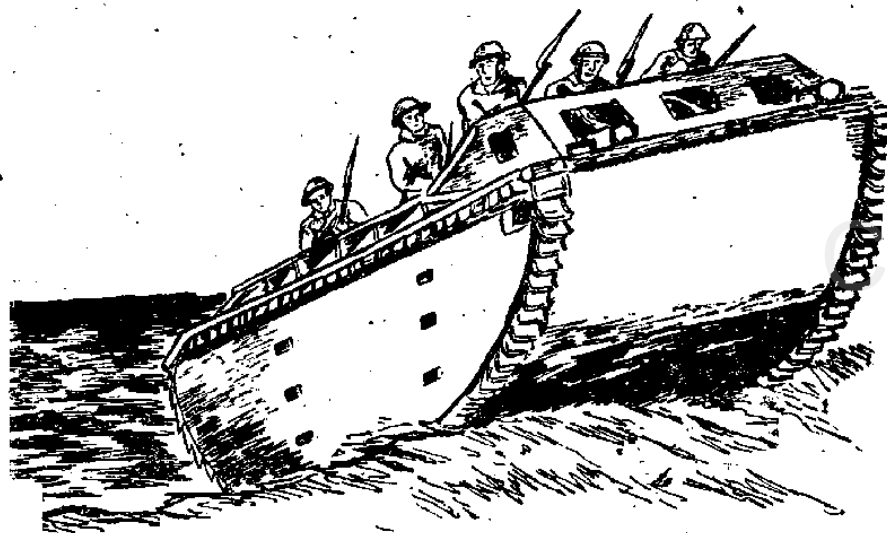
—el proletariado urbano organizado de las neocolonias y del imperio en general es menos revolucionario, a causa de su posición relativamente privilegiada, y entra en la lucha revolucionaria tardíamente, a medida que sus privilegios se corrompen y sus condiciones materiales de vida se reducen al nivel de las del campesinado;

—las luchas revolucionarias dentro de los *centros urbanos* de ambas unidades sociales, libradas principalmente por miembros «disidentes» de las clases ilustradas y por sectores de la clase obrera inferior o lumpen, deben integrarse y ser un apoyo de la base rural de lucha armada.

3. *Una doble estrategia para los revolucionarios norteamericanos.* Si es correcta la tesis de que no se puede luchar eficazmente por el socialismo y alcanzarlo dentro de la *nación* norteamericana sino cuando sea desmembrado y destruido el sistema imperialista multinacional que mantiene su

carácter de capitalismo corporativo y su clase gobernante, los revolucionarios norteamericanos necesitan, en este caso, una doble estrategia «rural-urbana». La dimensión «rural» o internacional de esta estrategia es primaria y determinante, puesto que sin ella no se puede realizar con éxito la dimensión «urbana» o nacional. Se necesita una acción revolucionaria *norteamericana* a lo largo de las principales líneas de ruptura dentro del sistema imperialista multinacional —esto es, entre la clase gobernante de EE.UU. y las masas obrero-campesinas subordinadas de las neocolonias— para que los *norteamericanos* participen significativamente y apresuren el desarrollo de condiciones revolucionarias, materiales y subjetivas, entre los obreros de EE.UU. Emprendiendo la lucha «rural», los revolucionarios norteamericanos (1) promueven el proceso de descomposición que debilita al sistema imperial y erosiona las condiciones materiales, relativamente privilegiadas, en que viven los obreros norteamericanos; (2) ofrecen una vía de actividad de apoyo revolucionario a los militantes en E.U.A., y (3) dotan de una base material al componente internacionalista central de la ideología revolucionaria norteamericana.

1967.



JOHNSON-NIXON

THOMAS G. BUCHANAN

La colaboración entre Lyndon Johnson y los dirigentes soviéticos en la crisis del Medio Oriente, culminada en la conferencia cumbre de Glassboro, ha traído la más grande conversión en masa de la oposición que un presidente de Estados Unidos ha logrado en años recientes. Las últimas encuestas revelan que un quinto de los ex adversarios de Johnson lo respaldan ahora, aunque la posición del gobierno en cuanto a Viet Nam es impopular aún entre la mayor parte del electorado.

El Presidente no sólo se reunió con el Jefe de Estado de la URSS, sino que tomó infinitas precauciones para asegurarse de que las cámaras de la prensa de todo el mundo lo estaban enfocando a él y a su huésped: el uno hablando y el otro asintiendo con toda aprobación, al parecer. Se puede medir lo que han evolucionado las relaciones entre los dos países en los últimos veinte años, imaginando la angustia en la Casa Blanca si a José Stalin se le hubiera ocurrido —durante la guerra civil griega, por ejemplo— asistir a los debates en las Naciones Unidas y, antes de regresar a su país, posar con Harry Truman, dándose las manos y sonrientes. Truman era un político tan astuto como Lyndon Johnson. Lejos de consentir en

verse en tal situación, que probablemente habría garantizado la victoria de Dewey en las elecciones de 1948, habría preferido cerrar las puertas de la Casa Blanca, bajar las persianas y ocultarse debajo de la cama.

La ironía de la reunión de Glassboro es que no sólo ha dado a Lyndon Johnson la atrayente aureola de campeón de la coexistencia pacífica, sino que ha hecho probable que su contrario sea un republicano que, más que ninguno otro, es producto de la era de Truman y McCarthy, cuando los candidatos a los cargos públicos contendían entre sí por demostrar quién era el más antisoviético.

El continuo predominio de las cuestiones extranjeras sobre las nacionales es una ventaja para candidatos como Ronald Reagan y George Romney, que no tienen experiencia en los asuntos internacionales, y una ventaja para ese talentoso joven de los años 20 que, con el decursar del tiempo, ha llegado a ser un «decano de estadistas»: Richard Nixon.

Como Johnson, Nixon es un caso insólito en la política electoral moderna en Estados Unidos: un candidato presidencial que ha pasado toda su vida haciendo política. Nació de padres cuáqueros en el «Far West», la víspera de la primera guerra mundial, y dice que durante su niñez estuvo expuesto a «fuertes sentimientos acerca del pacifismo» —principal dogma de los cuáqueros—, lo que, según él, «probablemente me ha afectado» más tarde en la vida. Es paradójico, sin embargo, que la primera campaña política de Nixon, a pesar de su preparación cuáquera, fuera financiada en parte por sus ganancias en los juegos de azar y que haya estado ligado siempre a una política exterior basada en la fe en el poderío militar.

En la escuela, Nixon fue diligente, pero no brillante, y pasaba la mayor parte de sus ocios como dependiente en la tienda rural de su padre. Tuvo pocos compañeros de juegos y no sobresalió en los deportes; su instructor de balompié recuerda que «cuando Dick entraba», su equipo era penalizado siempre, pues «Dick era tan ansioso. Yo sabía que estaría 'offside' en casi toda jugada». La única actividad en la que sobresalía era en los debates. Su maestro de debates recuerda que «poseía el don de dar vueltas en torno a una tesis, en vez de encararla de frente, y podía hacerse cargo de cualquier lado de un debate».

Se diplomó en una universidad del Sur en 1936, habiéndolo preparado su enseñanza para la carrera de abogado. Su primera intención fue la de convertirse en agente del FBI y se buscó una carta de recomendación para

J. Edgar Hoover. El director del FBI parece haber quedado favorablemente impresionado, pero Nixon cambió de criterio y regresó a la costa occidental, donde proyectaba practicar su carrera. Sólo tenía 28 años cuando Estados Unidos entró en la segunda guerra mundial. De inmediato solicitó trabajo en Washington, en la Oficina de Administración de Precios, agencia del «Nuevo Trato» de la que más tarde diría que era «demasiado liberal» en sus esfuerzos por proteger a los consumidores contra la inflación en el período bélico. En 1942 solicitó un nombramiento de oficial de Marina y, excepto un breve período en que su buque estuvo en una zona de combate, pasó la mayor parte de su tiempo, como millones de sus camaradas en ese servicio, cumpliendo deberes rutinarios y desagradables, pero nada riesgosos. En una de las islas en que estuvo estacionado encontró tiempo para abrir el «Nixon's Snack Shack», descrito como el único puesto de perros calientes en el Pacífico del Sur. Sus compañeros de armas lo recuerdan más como un incansable y consecuentemente ganancioso jugador de póker que enviaba a su casa grandes sumas de dinero para que fueran depositadas en un banco por su ahorrativa esposa, Thelma, más tarde conocida en Estados Unidos por «Pat», con la que se casó en 1940. Cuatro años después terminaron los servicios de Nixon en el mar y, hasta el final de la guerra, pasó su tiempo con el uniforme de la Armada, negociando en nombre de ésta con diversos fabricantes de aviones.

La carrera política de Nixon, aunque quizás inevitable, no empezó por iniciativa de él mismo. Aspiró a un cargo público, por primera vez, a invitación del director del Bank of America. Nixon fue escogido —no obstante lo increíble que pueda parecer—, por un comité que se vio forzado a poner anuncios de «se solicita» en los periódicos locales, en un esfuerzo por encontrar un candidato de derecha al Congreso. En 1946, los ricachones de California estaban descontentos del representante demócrata a la Cámara que había ganado las cinco últimas elecciones en el distrito de ellos, porque frecuentemente se oponía a sus intereses económicos. Este hombre, sin embargo, era inmensamente popular entre sus electores. El congresista de referencia, Jerry Voorhis, había estado estrechamente ligado a las leyes más importantes de la Administración Roosevelt; los correspondientes en Washington de los periódicos de la nación lo habían escogido como «el mejor congresista al oeste del Mississippi»; había conseguido multitud de ventajas regionales para California y parecía invencible. Por esta razón no podía encontrarse ningún candidato republicano de prestigio

que estuviera dispuesto a aspirar contra él, y el comité opuesto a Voorhis se vio reducida a la desesperada medida de insertar anuncios en los periódicos pidiendo a los jóvenes con aspiraciones al Congreso que se presentaran en la oficina del comité para ser entrevistados. Por este tiempo, Richard Nixon estaba a punto de ser licenciado del servicio naval. Uno de los dirigentes del comité opuesto a Voorhis, director del Bank of America, había oído hablar del joven Nixon, sabía que era ambicioso y pensó que el empleo podía interesarle. Telefonó, pues a Nixon, que estaba aún en Washington, y le propuso enviarle 300 dólares para que viniera a California por vía aérea y fuera entrevistado. La esposa de Nixon estaba encinta; él necesitaba un empleo y aceptó la propuesta de representar al ala derecha del Partido Republicano de California en su propósito de derrotar a Voorhis.

En Estados Unidos, un candidato a la Cámara de Representantes debe ganar las elecciones primarias de su propio partido —aunque no tenga contrario— antes de la decisiva contienda electoral contra el candidato que haya vencido en el partido opuesto. La campaña primaria dio a Nixon una oportunidad de probar diferentes técnicas. Sus fondos para ella eran modestos en comparación con los que más tarde habría de recibir, puesto que sus partidarios no tenían verdadera fe en que ganara. Se vio compelido, por tanto, a arriesgar en su carrera política parte de sus ahorros, experiencia que ha evitado cuidadosamente desde entonces. Tenía 10,000 dólares en el banco, que en gran parte procedían de sus ganancias jugando al póker en la Marina. Decidió tomar exactamente la mitad de esa suma y la invirtió en una campaña de publicidad; la otra mitad la guardó para pagar «la entrada» en la compra de una casa. Esto debe de haberle enseñado lo lejos que un hijo de tendero puede llegar en la política electoral de Estados Unidos, careciendo de respaldo financiero importante, excepto sus propios recursos.

La primera técnica empleada por Nixon en las primarias fue ruda, pero efectiva: aunque ya no estaba en servicio activo, usaba su uniforme de teniente-comandante y atacó al representante Voorhis por no haber renunciado a su escaño en el Congreso y entrado en las fuerzas armadas al estallar la guerra. La abstinencia cuáquera de la violencia armada y la aversión cuáquera a los juegos de azar habían sido víctimas ya de la ambición de Richard Nixon; la pasión cuáquera por la verdad sería la próxima en caer. Su literatura de la campaña lo describía como «un honrado y franco

joven americano que había combatido en defensa de su país en el maloliente lodo y las selvas de las Salomón», mientras Voorhis «quedaba a salvo detrás del frente, en Washington».

Esta imagen de un «héroe naval» le sirvió en las elecciones primarias. Cuando la verdadera campaña contra Voorhis empezó, sin embargo, Nixon adoptó repentinamente una nueva técnica: la que lo ha hecho famoso, el anticomunismo.

Dos observaciones son oportunas. La primera es que la elección de esta técnica no parece haberse debido al propio Nixon. Le fue sugerida por su asesor electoral, Murray Chotiner, figura prominente en la política del ala derecha republicana en California, y era el producto de una encuesta confidencial en toda la nación, financiada por los republicanos, para encontrar una cuestión al respecto de la cual pudiera volverse a la opinión pública contra el Partido Demócrata, que venía ganando todas las elecciones nacionales desde la crisis económica de 1929. Esta encuesta indicó que los republicanos podían ganar si se persuadía al público de que la gran amenaza para Estados Unidos, después de la derrota de Hitler, era el comunismo y de que no podía esperarse que los demócratas se opusieran a su propagación. La campaña de Nixon en California parece haber sido escogida por altas fuerzas de la dirección nacional republicana para ensayarla en una región donde la derrota republicana parecía segura de todos modos, pero en la cual podía medirse la eficacia de una exhortación suprema al anticomunismo. Debe recordarse que esto ocurría mucho antes de la era de McCarthy, que no fue otra cosa que la explotación de una técnica desarrollada en la campaña de Nixon.

El segundo punto digno de anotar es el hecho de que la víctima de la nueva técnica, Jerry Voorhis, era —pese a ser liberal en cuanto a legislación obrera— un notorio enemigo del comunismo, miembro del Comité sobre Actividades Subversivas y autor de una de las principales leyes anti-comunistas de aquel tiempo, la Ley Voorhis, la que requería que las organizaciones «controladas por un gobierno extranjero» se inscribieran en el Departamento de Estado. Que Voorhis fuera atacado acerca de la cuestión comunista no fue una ironía accidental. Los republicanos habían presumido correctamente que Voorhis, una vez acusado de «blando» con el comunismo, competiría indignado con Nixon al respecto de la cuestión escogida por éste, y que, en tal pugna, todas las ventajas serían para el acusador y no para el acusado. En consecuencia, se dio comienzo a una campaña de

murmuraciones, incluyendo telefonazos anónimos a los votantes, en los que una voz desconocida le decía: «Le habla un amigo suyo. Sólo quiero hacerle saber que Jerry Voorhis es comunista», y en seguida colgaba. Voorhis reaccionó a tales acusaciones con perplejidad, más tarde con denegaciones razonadas y, por último, con protestas histéricas de su pureza política. Se las compuso para perder unas elecciones que ningún perito esperaba que perdiera, con lo que Richard Nixon fue a Washington con todo el prestigio de una nueva «arma secreta» del Partido Republicano. Sus dos períodos en la Cámara de Representantes le permitieron obtener prominencia nacional, sobre la ola del anticomunismo, a una edad bien temprana. Fue el principal inquisidor del ex funcionario del Departamento de Estado durante el «Nuevo Trato», Alger Hiss, a quien acusó de traición. Fue coautor de la principal legislación anticomunista de ese período, la ley Mundt-Nixon, que fue finalmente adoptada en otra forma, pues a sus provisiones originales se añadieron algunas sugerencias contribuidas por liberales anticomunistas. La pieza de Nixon obligaba a todas las organizaciones «subversivas» a registrar los nombres de todos sus miembros en el Departamento de Justicia. No sólo estaba dirigida contra el Partido Comunista, sino también contra los sindicatos obreros izquierdistas y las organizaciones pro paz, así como también los grupos que abogaban por derechos para los negros. Si se inscribían, aceptarían el calificativo de «subversivas» y se expondrían a ser perseguidas por violación de las leyes contra la subversión; si no se inscribían, se les encarcelaba por no hacerlo, definiéndose cada día que pasara sin incribirse como otra ofensa criminal, castigables con penas acumulativas. Los liberales, que estaban, como Jerry Voorhis, ansiosos de no ser menos, añadieron otra sección a la ley, otorgando al Presidente la facultad, incluso en tiempos de paz, de crear campos de concentración para tales «subversivos».

En 1950, en el apogeo del período de McCarthy, Nixon escogió la oportunidad de ampliar su prestigio aspirando a una curul en el Senado contra Helen Gahagan Douglas. Las circunstancias eran casi idénticas a las que rodearon la campaña contra Voorhis. La señora Douglas, ex estrella de cine, era una liberal distinguida y popular que aspiraba a ser reelegida. Había chocado con los intereses de los grandes negocios de California por su conducta progresista en cuanto a los asuntos nacionales. En política exterior había votado fielmente por todas las medidas de guerra fría propuestas por la Administración Truman. Esta vez Nixon gozó de cuantiosos

fondos para su campaña. Un típico gasto político en su favor prometía a los electores que todo el que contestara cada llamada por teléfono diciendo «Vote por Nixon» antes de empezar la conversación, recibiría relojes eléctricos, tostadoras automáticas y otros premios, si el que llamaba resultaba ser el comité republicano para la campaña.

Un rasgo feo de esta campaña fue el uso encubierto del antisemitismo por parte de la gente de Nixon. La señora Douglas descende de irlandeses, pero su esposo es Melvin Douglas, distinguido autor de cine, el cual, según la campaña de susurros, es «medio judío». De esta técnica proselitista y otras artimañas similares que sus partidarios utilizaron en 1950, Nixon, pocos años después, dijo al publicista inglés David Astor: «Me apena ese episodio. Yo era muy joven».

La señora Douglas, como casi todos los liberales norteamericanos en la era de McCarthy, respondió a las acusaciones de Nixon intentando probar que ella era más anticomunista que él. El director de la campaña de Nixon observó más tarde: «La señora Douglas, desesperada, empezó a refutar las cuestiones que Dick Nixon planteaba, cometiendo el fatal error de atacar nuestra fuerza, en vez de nuestras debilidades». Como Voorhis, la señora Douglas fue derrotada.

En una campaña basada en la acusación de que los demócratas eran demasiado rusófilos y habían traído al país «20 años de traición», los republicanos, en 1942, eligieron presidente a Eisenhower. El nuevo vicepresidente era el joven que había estado haciendo con éxito esa misma acusación desde 1946. Los demócratas —como los liberales norteamericanos durante toda la guerra fría— trataron de mostrarse más anticomunistas que sus contrarios, lo que les costó la Casa Blanca por primera vez en dos décadas. Aunque la posición de vicepresidente ha sido tradicionalmente en Estados Unidos poco más que nada, el maduro presidente delegó en Nixon poderes sin precedentes, en particular en el campo de los asuntos exteriores, por lo que el vice viajó extensamente en respaldo de los principios antisoviéticos que proponía John Foster Dulles, el secretario de Estado de Eisenhower. Las facultades de Nixon se ampliaron a raíz del ataque cardíaco de Eisenhower en 1955, y era natural que los republicanos escogieran a Nixon como candidato presidencial en 1960. Esa campaña se desarrolló pocos meses después del episodio del U-2, que puso fin al breve esfuerzo por un detente USA-URSS iniciado por Eisenhower y Nikita Jruschov. Nixon, por consiguiente, regresó a la política de «dureza» que siempre había recomendado

en cuanto a los rusos. Kennedy, por el contrario, afirmó que, de haber sido él Presidente, le habría dado excusas a la URSS después de la revelación de los vuelos de espionaje a través de la frontera rusa. Acerca de las cuestiones del Lejano Oriente, Nixon dijo que los Estados Unidos debían estar preparados para ir a la guerra e impedir que el gobierno chino ocupara las islas de Quemoy y Matsu. Kennedy contestó que él lucharía por Taiwan, pero no comprometería tropas en la defensa de islas costeras sin valor militar alguno. Nixon arguyó que no importaba que las islas fueran completamente inútiles; lo importante, dijo, era establecer el principio de que Estados Unidos no cedería jamás a la «agresión comunista». En cuanto a Cuba, por el contrario, el candidato demócrata fue aún más beligerante que Nixon. Kennedy propuso tomar medidas —quería decir la intervención armada directa— para «eliminar la amenaza comunista en la isla». Nixon, en su lugar, recomendó una operación similar a la que finalmente se emprendió. Específicamente citó, como modelo, el derrocamiento, auspiciado por la CIA, del gobierno electo de Guatemala. Finalmente, los electores prefirieron a Kennedy por un margen muy estrecho.

El prestigio de Nixon, sacudido por su pérdida en 1960, pareció haber sido comprometido sin recuperación por la nueva pérdida que sufrió al aspirar a un cargo local, más tarde, en su estado natal de California. A continuación convocó a una conferencia de prensa para anunciar su retirada permanente de la política y procedió a mudarse de California a New York, donde dijo que ejercería la carrera de abogado. Pero al aproximarse la asamblea nacional republicana de 1964, su resolución pareció debilitarse. Los titulares de las noticias dicen la historia:

Enero 24, 1964: «Nixon aceptaría un requerimiento de la Convención».

Marzo 6, 1964: «Nixon reitera que está en disponibilidad».

Marzo 12, 1964: «Nixon (...) dice que está mejor calificado para oponerse a Johnson, pero niega estar en la carrera».

Junio 15, 1964: «Nixon listo, dice él, pero no aspira».

La selección de la asamblea republicana de 1964 fue, por supuesto, Barry Goldwater; pero Nixon consiguió emerger de la campaña con mayor prestigio. El ala derecha del partido nunca olvidará a los «liberales» como Rockefeller por su apatía y —como se le acusa— su «sabotaje» de Goldwater. Nixon fue leal al candidato del partido, cuyo programa era una versión algo menos sofisticada del suyo propio, y fue recompensado con la

consolidación de su respaldo entre los dirigentes del partido, quienes de inmediato vieron en él su candidato para 1968. Los titulares, una vez más, revelan su progreso:

Febrero, 1965: «Nixon comenzando un bien proyectado regreso».

Enero 27, 1967: «Nixon comienza a reunir personal para el 68».

Marzo 19, 1967: «Nixon se convierte en un candidato que no aspira».

Hacia el 10 de julio de 1967, después de la reunión cívica en Glassboro, el «Harris Poll» reveló que Nixon era tan popular como Romney en las encuestas previas a las elecciones. Eso bastará, probablemente, para asegurarle la nominación el año próximo, pues cuenta con muchísimo más respaldo entre los dirigentes del partido que entre las masas votantes.

Si las elecciones de 1968 se decidieran sobre la base de las preferencias indicadas por los electores el mes pasado, Johnson derrotaría a Nixon, por 56 contra 44 por ciento, aproximadamente la mitad del margen que registró contra Goldwater en 1964. Esa mayoría es considerable, pero no aplastante, y los soviéticos —como el Presidente mismo— deben de estar conscientes de que, habiendo ganado 11 puntos en unas semanas mediante posturas de paz, Johnson podría perder terreno no menos rápidamente, si sobrevinieran hostilidades —por ejemplo, en Corea— que requirieran el comprometimiento de otro medio millón de soldados.

Que Johnson pueda conservar su actitud pacífica ante los ojos del electorado norteamericano por doce meses más, sin aceptar una derrota en Viet Nam, o algún otro país, que los ciudadanos consideren humillante, no depende, sin duda alguna, de los soviéticos únicamente. Los chinos pueden también influir sobre la situación. Pero en ciertas regiones —por ejemplo, el Medio Oriente— los soviéticos pueden influir sobre las elecciones de 1968, y en ciertas circunstancias que afecten vitalmente la carrera de Lyndon Johnson, lo pueden fortalecer o destruir.

La aceptación por Kosiguin de la invitación a una conferencia de altos jefes en Glassboro parecería indicar que la URSS tiene a Johnson por una amenaza menor que su probable contrario republicano. El sensacional ascenso de su popularidad —variación que envolvió a un quinto de sus oponentes— fue un regalo de Kosiguin que, para hacerlo, corrió el riesgo de granjearse el desfavor de sus propios aliados.

¿Se justifica esta decisión soviética?

Por lo que toca a Nixon, difícilmente puede ser un secreto que uno y otro se detestan. A este respecto puede decirse que Nixon no despierta antipatía en la Europa oriental solamente. El republicano más respetado de la década del 40, senador Robert Taft, lo calificó una vez de «un hombrecito con prisa» y dijo que Nixon tenía una «vena maligna y vengativa». El presidente demócrata de la Cámara de Representantes, Sam Rayburn, un hombre que se distingue por su tolerancia hacia sus adversarios políticos, dijo que Nixon tenía «el rostro más cruel» de todos los miles de congresistas con quienes había tratado. Y Walter Lippman, el decano de los analistas de la política norteamericana, escribió que Nixon «no tiene en la conciencia esos escrúpulos que el país tiene derecho a esperar del Presidente de los Estados Unidos».

Johnson, sin embargo, muestra los mismos defectos. Ambos candidatos tienen mucho de común, cuando no sólo se analizan sus palabras, sino también sus acciones. Los dos son esencialmente pragmáticos. Johnson vino a Washington en 1931, como miembro del personal de un congresista tejano de extrema derecha; se pasó a los liberales mientras Roosevelt estuvo en el poder; volvió a ser conservador cuando Roosevelt murió; reasumió su postura liberal como vicepresidente de Kennedy, y desde entonces ha venido estudiando las encuestas de la opinión pública para quedar dentro del «consensus». Sus maniobras parecen derivar de la filosofía expresada por Nixon: «La mente debe continuar trabajando, aunque uno dé apretones de manos y pase por todas las maniobras. Yo adquirí habilidad hace tiempo para hacer una cosa a la vez que pensaba en otra... Las posiciones políticas han venido siempre a mí, porque yo estaba allí en el momento y el lugar correctos. Todo depende de lo que requieran los tiempos».

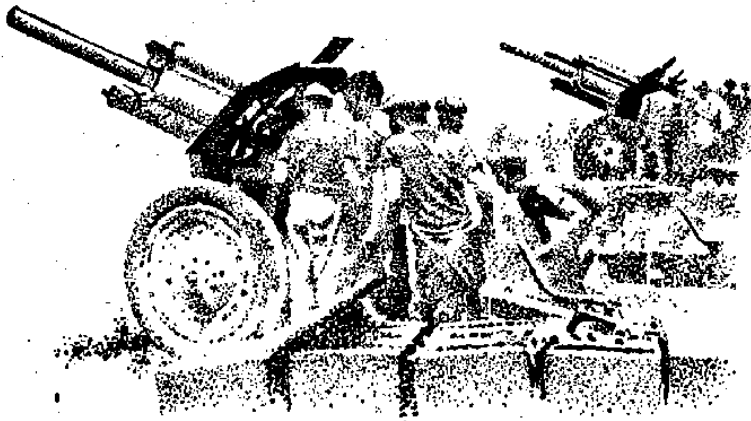
Los tiempos requieren hoy un cambio de la imagen pública de Nixon. Sus asesores electorales se dan cuenta de ello y lo presentarán el año próximo como un «moderado» y un «experto en asuntos internacionales». Su desventaja en 1968 será que parece estar irrevocablemente atado al anticomunismo, tanto en lo interior como en lo exterior, mientras que las opiniones de Johnson han cambiado con tanta frecuencia que dispone de más libertad para moverse en la dirección que parezca más ventajosa en la fecha de las elecciones.

Los electores partidarios de un detente con Rusia se verán obligados a votar por Johnson el año venidero, o abstenerse de concurrir a las urnas.

Por tanto, será, sin duda, elegido. Parece, sin embargo, algo impropio que los soviéticos participen en la campaña, siquiera indirectamente, como en Glassboro. Pero si el candidato de Texas ha convencido a Kossigin de que los soviéticos, en los próximos doce meses, deben hacer concesiones a EUA para mantener a Nixon fuera de la Casa Blanca, la URSS podría preguntar con provecho a los norcoreanos si ellos creen que la victoria de Truman sobre Dewey favoreció a Corea del Norte.

La URSS, en verdad, puede encontrar que el «slogan» de Richard Nixon es recíprocamente válido. «Una política débil —declaró él una vez— es una política de guerra; una política firme es una política de paz».

Julio de 1967.



El bombardeo de Viet Nam

ROBERT S. MCNAMARA

En un número dedicado a los Estados Unidos no podía faltar la guerra de Viet Nam; es también, como el movimiento negro, un problema de los Estados Unidos, y ambos son problemas del movimiento revolucionario de nuestro tiempo.

Los dos contribuyen a estreñecer la estructura del imperio; ya las guerrillas no constituyen sólo un dolor de cabeza en el sudeste asiático o en América Latina, sino que tocan a las puertas de los suburbios de las ciudades norteamericanas. Hemos traído en esta oportunidad el informe de uno de los responsables del crimen, no por un pretendido afán de objetividad —nuestra revista no es imparcial ante la agresión al pueblo vietnamita— sino porque es la mejor muestra de la barbarie y el cinismo yanquis. Nuestros lectores sabrán discernir, de entre las frases de «defensa de la libertad» y las supuestas infiltraciones, la realidad de la agresión y el heroísmo del pueblo vietnamita frente a ella.

Pero hay algo más que trasciende del informe: la inutilidad de la escalada. El propio Mc Namara reconoce que no pueden detener la «agresión del Norte al Sur» con el nivel actual de bombardeos, ni ampliándolo tampoco. La frialdad con que se informa sobre el crimen, número de blancos, número de misiones, la planificación de ellas, el admitir tácitamente que la escalada se decidió a partir del inminente derrumbamiento del gobierno titero, mueve a indignación. Pero esa indignación sólo es válida si se convierte en solidaridad de hecho con el pueblo vietnamita.

La Redacción

Me alegra tener esta oportunidad para discutir con ustedes la forma en que estamos conduciendo la guerra aérea en Viet Nam del Norte. Es un asunto de la mayor importancia que el Congreso y el pueblo de los Estados Unidos tengan una descripción precisa de lo que la campaña aérea puede y de lo que no puede lograr. Para tratar este problema quisiera discutir los siguientes tópicos:

- 1) los objetivos y realizaciones de la guerra aérea.
- 2) Las recomendaciones de los jefes del Estado mayor conjunto sobre los blancos, en relación con los objetivos, y hasta qué punto sus recomendaciones están siendo observadas.
- 3) Las proposiciones de aquellos que argumentan que los bombardeos deben ser ampliados, bien bajo la teoría de que los bombardeos pueden romper la voluntad del pueblo de Viet Nam del Norte, obligándolos así a que acudan a la mesa de conferencias, o que los bombardeos pueden impedir la corriente de suministros militares hacia o a través de Viet Nam del Norte, destruyendo así su capacidad para una agresión continua en el Sur.

1 — *Los objetivos de la campaña aérea*

A la luz de muchas declaraciones públicas hechas recientemente y las especulaciones referentes a los propósitos y efectos de nuestros ataques aéreos, parece apropiado que incluyamos un preámbulo de esta revisión mencionando los objetivos que tienen los bombardeos de los blancos de Viet Nam del Norte. Según declaración que he formulado en varias ocasiones:

nuestro objetivo principal fue reducir la corriente y/o aumentar el costo de la infiltración continuada de hombres y suministros desde Viet Nam del Norte a Viet Nam del Sur.

También se anticipó que estas operaciones aéreas servirían para levantar la moral del pueblo de Viet Nam del Sur que, cuando se iniciaron los bombardeos, se encontraba bajo una severa presión militar.

Finalmente, esperábamos aclarar debidamente a la dirigencia de Viet Nam del Norte, que mientras continuaran su agresión contra el Sur, tendrían que pagar un precio en el Norte.

Los bombardeos de Viet Nam del Norte siempre han sido considerados como un suplemento, y no como un sustituto para una campaña efectiva

de contrainsurgencia en Viet Nam del Sur. Estos eran nuestros objetivos cuando nuestro programa de bombardeos se inició en el mes de febrero de 1965. Continúan siendo nuestros objetivos de hoy. Eran y son totalmente compatibles con nuestros propósitos limitados en Asia del Sur. No estamos luchando por conquistas territoriales ni para destruir gobiernos existentes. Estamos luchando allí únicamente para asegurar al pueblo de Viet Nam del Sur la libertad para que pueda escoger sus propias instituciones políticas y económicas. Nuestra campaña de bombardeos está encaminada hacia blancos escogidos de importancia militar, principalmente las rutas de infiltración. Ha sido cuidadosamente ajustada para cumplir su objetivo básico y, por lo tanto, lograr los propósitos limitados hacia los cuales todas nuestras actividades en Viet Nam están dirigidas.

Si lo contrapesamos con los objetivos que hemos expresado, la campaña de bombardeos ha sido un éxito. Fue iniciada en un momento en que los vietnamitas del Sur estaban temerosos de una derrota militar. No puede haber duda alguna de que los bombardeos levantaron y mantuvieron la moral de los vietnamitas del Sur. Debe ser igualmente claro para los vietnamitas del Norte, que ellos han pagado y continuarán pagando un precio elevado por su continuada agresión. También hemos hecho que la infiltración de hombres y suministros de Viet Nam del Norte a Viet Nam del Sur, sea cada vez más difícil y costosa. Una interrupción completa de estos suministros nunca se ha considerado posible por nuestros dirigentes militares. Yo creo que este extremo les ha sido explicado a ustedes por el general Wheeler, el general McConnell, el almirante Sharp y el general Mamyer. Nuestra experiencia en Corea nos demostró la improbabilidad de que los ataques aéreos u otros medios, pudieran obstruir las cantidades mínimas requeridas para apoyar las fuerzas enemigas. La naturaleza de los combates en Viet Nam, sin líneas fijas de batalla y con acciones esporádicas y en escala relativamente pequeña, aminora las necesidades para una corriente continua de apoyo logístico y reduce el volumen necesario de este apoyo. Es más, debe señalarse que la geografía de las rutas de infiltración es menos favorable para una interferencia que lo que era en el caso de Corea. Aquí el largo total de la península estaba sujeto a bombardeos navales de cualquiera de las dos partes, al mismo tiempo que a ataques aéreos en todo su ancho.

Las rutas hacia Viet Nam del Sur son mucho más complicadas, protegidas y comprenden el uso de territorios de países adyacentes. Bajo estas cir-

circunstancias altamente desfavorables, creo que nuestras fuerzas militares han realizado una magnífica labor en lograr que la infiltración continuada sea más difícil y más costosa.

Cualquier discusión alrededor de bombardeos en Viet Nam del Norte debe tener, antes que todo, la naturaleza del blanco. Viet Nam del Norte es una nación de 18 millones de habitantes. Por ningún motivo se le puede considerar como país industrializado. Es predominantemente agrícola. Con anterioridad al inicio de los bombardeos, sus facilidades industriales señaladas como importantes, podían contarse con los dedos. No cuenta con medios para la elaboración de acero y durante todo el año de 1965, su producción industrial mensual de hierro para lingotes, ascendió solamente a 5,000 toneladas métricas. Esto representa menos de la vigésima parte del 1% de la producción de los Estados Unidos. No cuenta con medios industriales para la producción de materiales de guerra, y por lo tanto, no existe ninguna instalación que pueda ser destruida mediante bombardeos. La capacidad de Viet Nam del Norte de poder continuar su agresión contra el Sur depende de las importaciones de materiales para sostener la guerra y su reembarque al Sur. Lamentablemente, en cuanto a las oportunidades de una interrupción efectiva de estos embarques, esta sencilla economía agrícola cuenta con un sistema de transporte altamente diversificado, el cual consiste en ferrocarriles, carreteras y vías fluviales. Los vietnamitas del Norte utilizan lanchones y sampanes, al igual que camiones, transporte a pie y hasta bicicletas capaces de transportar cargas de hasta 500 libras, para el transporte de sus mercancías. La capacidad de este sistema es muy amplia y el volumen de tráfico que se ve obligado a transportar, en relación con su capacidad, es muy pequeño.

Las cifras exactas respecto a la cantidad de materiales infiltrados que es necesaria para mantener al Vietcong y a las fuerzas de Viet Nam del Norte que se encuentran en el Sur, son desconocidas. Los estimados de Inteligencia sugieren que la cantidad de materiales que se suministra del exterior, excluyendo los alimentos, y que son necesarios tanto para el Vietcong como para las fuerzas de Viet Nam del Norte que se encuentran en Viet Nam del Sur, con el fin de mantenerlas a su nivel actual de combate, es muy, muy pequeña. La cifra reportada es significativamente inferior a 100 toneladas por día, una cantidad que puede transportarse con unos cuantos camiones. Este es el pequeño tráfico de materiales que estamos tratando de impedir que entre en Viet Nam del Sur, a través de me-

dios que tienen una capacidad muchísimo mayor que la cantidad que hemos mencionado.

Esos blancos, a lo largo de las líneas de comunicaciones, que se ve que estamos atacando, desde el mes de enero hasta fines de julio fueron bombardeados por unas 13,000 misiones mensuales sobre las rutas de infiltración. Alrededor de un 75% de estas misiones de vuelos fueron dirigidas contra las líneas de comunicaciones y las mercancías que estaban siendo transportadas. Se reporta que los ataques aéreos destruyeron 4,100 vehículos, 7,400 embarcaciones y 1,400 unidades de material ferroviario. Además, hemos atacado aproximadamente unos 1,900 blancos fijos en Viet Nam del Norte, incluyendo 57 puentes, 50 patios ferroviarios de importancia, barracas de tropas, tanques de petróleo y plantas eléctricas.

Viet Nam del Norte se ha visto obligado a transferir de sus empleos a unos 300,000 obreros regulares y por lo menos una suma igual que trabajan sólo parte del tiempo, para atender la reparación, dispersión y defensa de las líneas de comunicaciones y otros blancos que han recibido daños. Esta importante desviación de personas, dentro de una sociedad que está realizando grandes trabajos para sostener una existencia precaria, representa un severo esfuerzo.

No existe duda alguna de que la campaña de bombardeos ha dañado y está dañando la capacidad de Viet Nam del Norte para proseguir la guerra. Por consiguiente, están utilizando todos los medios posibles de propaganda para detener los bombardeos. Aun cuando existen algunos indicios de que el cansancio de la guerra está creciendo, los mismos están acompañados por expresiones de determinación. No existe ninguna base para creer que una campaña de bombardeo, a menos que se trate de una que tenga al pueblo como objetivo, pueda en sí forzar al régimen de Ho Chi Minh a una sumisión.

Deseo repetir, sin embargo, que bajo el punto de vista militar, el bombardeo de Viet Nam del Norte apoya nuestras operaciones de combate en Viet Nam del Sur. Hace que sean más difíciles y costosos los esfuerzos de la República Democrática de Viet Nam para suministrar tanto a sus fuerzas como a las del Vietcong, al otro lado de la zona desmilitarizada. Según declaró el general Wheeler, continuamente estamos estudiando la conveniencia de agregar nuevos blancos militares en el Norte y bombardear de nuevo servicios ferroviarios, carreteras, puentes, blancos militares y otros que sirven de apoyo a la guerra, que previamente fueron atacados, Man-

tenemos un estudio continuado de los medios por los cuales nuestros bombardeos aéreos y navales de Viet Nam del Norte puedan resultar más efectivos en interrumpir y evitar los intentos de Viet Nam del Norte para apoyar la agresión contra sus vecinos del Sur.

También existe un estudio continuo sobre el riesgo de los vuelos de aviones, tanto geográficamente, como bajo el punto de vista de los distintos tipos de los blancos. Se le presta consideración a toda posibilidad de una mayor eficiencia mediante cambio en los planes. Estos estudios están destinados a reducir al mínimo el costo de nuestra campaña aérea contra la infiltración de hombres y suministros desde Viet Nam del Norte, mientras que al mismo tiempo reduce también a un mínimo el precio que tenemos que pagar en vidas de pilotos norteamericanos.

Estos esfuerzos de perfeccionar y mejorar la aplicación de nuestro poderío aéreo, continuarán, tengo la seguridad, mientras exista la necesidad de bombardear. Debe reconocerse, sin embargo, que los perfeccionamientos y mejoras no puede esperarse mucho más que el hecho de fijarle un alto precio a la continuada agresión de Viet Nam del Norte.

2 — *Relación de los blancos recomendados por el Estado mayor conjunto*

Con el fin de ilustrar mejor este punto, puedo señalar que la relación de blancos que actualmente utiliza el Estado mayor conjunto como base para la planificación de ataques contra blancos fijos, contiene un total de 427 blancos. De este número, el Estado mayor conjunto no recomienda 68 para ataques aéreos inmediatos. Para los restantes 359 blancos, ya se han autorizado ataques contra 302, o sea, un 85% del total. Sólo existen 57 blancos recomendados por el Estado mayor conjunto contra los cuales no se han autorizado aún que se lleven a cabo ataques. No obstante los méritos que pueden existir en atacar a estos 57 blancos me parece que es claro que cualquier ataque contra ellos no ha de reducir materialmente la duración de la guerra. En realidad, 7 de estos 57 blancos son reconocidos por el Estado mayor conjunto como de muy poco valor para el esfuerzo de guerra de Viet Nam del Norte.

Por ejemplo, uno de estos blancos, es una fábrica de neumáticos que, según se reporta, tiene una capacidad de producción de solamente 30 neumáticos diarios. Nueve de los 57 blancos son instalaciones de petróleo, que en total ascienden a menos de un 6% del resto de la capacidad almacenadora

de Viet Nam del Norte. La importancia actual de estos blancos no demuestra que vale la pena correr el riesgo de incurrir en pérdidas de vidas norteamericanas.

Del remanente de 41 blancos, 25 están clasificados como blancos menores y dentro de zonas pobladas y fuertemente defendidas. Cuatro de ellos son más significativos dentro de estas zonas. Tres son puertos. Cuatro son pistas de aterrizajes (en total, el número de MIGS que tienen sus bases en Viet Nam del Norte, es aproximadamente veinte), y 5 están próximos a la frontera china. En el caso de algunos de estos blancos, existe el riesgo de una confrontación directa con los chinos comunistas o la Unión Soviética, y esto pesa más que la conveniencia militar de llevar a cabo ataques desde el aire. Otros blancos serán considerados para ser «autorizados» en una fecha futura.

La respuesta terminante a cualquier acusación de que no estamos llevando a cabo nuestros ataques aéreos contra blancos de significación militar descansa en los hechos que acabo de relatar. Según he señalado, se han autorizado ataques contra un 85% —302 de los 359— de los blancos recomendados por el Estado mayor conjunto. Y el número total de los blancos fijos que se han atacado en Viet Nam del Norte es ahora de unos 1,900 y a medida que otros blancos sean autorizados y se compruebe que un número adicional de blancos sean de importancia militar, entonces este número habrá de aumentar. Pero las decisiones para autorizar nuevos blancos no se puede esperar que alcancen otros objetivos que sean diferentes que aquellos hacia los cuales nuestra campaña aérea siempre ha estado dirigida.

3 — *El propósito de las críticas*

Aquellos que critican nuestra política actual lo hacen, según mi opinión, debido a que creen que los ataques aéreos contra el Norte pueden ser utilizados para lograr objetivos bien diferentes. Estos críticos parece que argumentan que nuestro poderío aéreo puede ganar la guerra en el Sur, bien mediante la destrucción de la voluntad del Norte, o cortando los suministros de guerra que se necesitan en el Sur. En resumen, esta medida lograría utilizar los ataques aéreos contra el Norte, no como un suplemento de la terrible guerra terrestre, que nosotros y nuestros aliados estamos librando en el Sur, sino como un sustituto de la misma.

Obviamente sería posible para nosotros el cambiar la actual campaña selectiva de bombardeo. Podíamos abandonar el análisis de blanco por

blanco, que nos presente la importancia militar de los blancos, contra el costo probable de vidas norteamericanas y el riesgo que representa expandir el conflicto para incluir a nuevos combatientes. Nuestras fuerzas navales y del aire podían utilizarse contra Viet Nam del Norte en un esfuerzo general para romper su voluntad y así obligarlos a cesar en su apoyo de esfuerzos militares contra nuestro gobierno y el de Viet Nam del Sur.

Una revisión algo menos drástica de nuestra campaña aérea podría realizarse, tanto en un esfuerzo por restringir la importación de materiales de guerra en una forma tan sustancial, como para impedir a los dirigentes de Viet Nam del Norte que apoyen su nivel actual de esfuerzo militar en Viet Nam del Sur. Cualquier esfuerzo de esa naturaleza obviamente requeriría implantar medidas para cerrar los tres importantes puertos de Viet Nam del Norte, de Campah, Hongai y el principal de todos, Haiphong.

Con el fin de llegar a una conclusión razonable sobre el importante problema de si abandonamos nuestros actuales objetivos limitados de bombardeo y adoptamos una política encaminada a lograr cualquiera de estos nuevos objetivos, las oportunidades de éxito tienen que ser contrapesadas con los riesgos inevitablemente mayores que representaría la referida revisión. Para presentarle este problema en perspectiva al Comité, quisiera tratar primero con la posibilidad de que cualquiera de estos objetivos puedan ser logrados mediante una reorientación de nuestros ataques aéreos contra Viet Nam del Norte.

En cuanto a romper la voluntad del Norte, hasta la fecha no he podido observar ningún detalle en los muchos reportes de Inteligencia que me dieran a entender que una campaña selectiva de bombardeo, menos efectiva en su selectividad, pudiera cambiar la resolución de los dirigentes de Viet Nam del Norte o privarlos del apoyo del pueblo de Viet Nam del Norte.

Según señalé anteriormente, la economía de Viet Nam del Norte es agraria y sencilla. El pueblo está acostumbrado a muy pocas de las comodidades modernas y convencionales que la mayor parte de nosotros, en el mundo occidental, aceptamos como cosa natural.

Ellos no dependen del funcionamiento continuado de las grandes ciudades para su bienestar. Pueden ser alimentados a un nivel que se aproxima al normal al cual están acostumbrados, sin tener que depender ni en transporte de camiones o de ferrocarril, ni en facilidades para el procesamiento

de alimentos. Nuestros ataques aéreos han inutilizado alrededor de un 85% de la capacidad generadora de corriente eléctrica de la nación, pero resulta importante señalar, que la planta eléctrica de Alexandria, Virginia, genera cinco veces la corriente de producción de todas las plantas de Viet Nam del Norte juntas, antes de los bombardeos.

Parece que una cantidad suficiente de electricidad para las actividades relacionadas con la guerra, al igual que para los servicios sociales, puede ser suministrada por la cantidad de dos millares de equipos generadores, propulsados con motores Diesel, que actualmente se encuentran funcionando.

Probablemente lo más importante de todo, es que el pueblo de Viet Nam del Norte está acostumbrado a la disciplina, y están familiarizados con lo que significa privaciones y hasta la muerte. Los informes que tenemos a nuestra disposición indican que, a pesar de algún cansancio de guerra, continúan dispuestos a hacerle frente a las privaciones y siguen respondiendo a los mandatos del régimen de Hanoi. No existe casi ninguna razón para creer que ningún nivel de acción convencional, bien aérea o naval, exceptuando un bombardeo sistemático y sostenido de los centros de población, pueda privar a los vietnamitas del Norte de su buena voluntad de continuar apoyando los esfuerzos de su gobierno para trastornar y hacerse cargo del gobierno de Viet Nam del Sur.

Tampoco existe nada en las relaciones anteriores de los dirigentes de Viet Nam del Norte que proporcione alguna confianza de que puedan ser llevados a la mesa de negociaciones mediante bombardeos.

Su consideración por las comodidades, y aun por las vidas del pueblo bajo su control, no parece ser lo suficientemente importante como para guiarlos hacia negociaciones por una solución, con el fin de detener un más elevado nivel de ataque.

El curso del conflicto en tierra, en el Sur, más bien que el nivel de los ataques aéreos en el Norte, parece ser el factor determinante en la disposición de Viet Nam del Norte de continuar.

Por consiguiente, según el general Wheeler ha señalado, la campaña aérea en el Norte, y nuestros esfuerzos militares en el Sur, no son guerras separadas y ciertamente no deben ser contempladas como alternativas.

Pudiera argumentarse que una mayor campaña de bombardeo, y que fuera virtualmente sin restricciones, pudiera sustancialmente reducir el movi-

miento de fuerzas y suministros a través de Viet Nam del Norte hacia Viet Nam del Sur, a pesar de que los propósitos de Viet Nam del Norte se mantuvieran inalterables. Recientes interrogatorios a prisioneros sugieren que un 10% del personal despachado hacia el Sur, por los gobernantes de Viet Nam del Norte, nunca llega a las zonas de combate —alrededor de un 2% son bajas causadas por ataques aéreos. Un porcentaje mucho más elevado de los suministros que se envían con dirección al Sur para apoyar las fuerzas combatientes de la República Democrática de Viet Nam son destruidos en tránsito por los ataques de nuestra aviación.

Es concebible que un bombardeo general naval y de la aviación pueda aumentar en algo el número de fuerzas y suministros destruidos. Pero la capacidad de las líneas de comunicaciones y de las fuentes exteriores de suministros hasta ahora exceden de las importaciones mínimas necesarias para mantener el nivel actual del esfuerzo militar de Viet Nam del Norte en Viet Nam del Sur. Que las operaciones del enemigo en el Sur no pueden, basadas en los reportes que he visto, ser detenidas por bombardeos aéreos, exceptuando, quiero decir, el virtual aniquilamiento de Viet Nam del Norte y su pueblo. Como indicó el General Wheeler, nadie ha propuesto semejante tipo de bombardeo indiscriminado contra las zonas pobladas.

Esto deja entonces, como un posible nuevo objetivo de nuestra campaña aérea, el cierre de las rutas de importación tanto terrestres como marítimas, en un esfuerzo por impedir la entrada en Viet Nam del Norte de los suministros necesarios para sostener el combate en el Sur. No existe la menor duda de que bombardeando los puertos y minando las bahías, especialmente la de Haiphong, la medida interferiría seriamente con las importaciones de materiales necesarios para la guerra que efectúa Viet Nam del Norte.

Pero una cantidad mucho menos que el presente volumen de importaciones suministraría las cantidades necesarias para una continuada acción militar de Viet Nam del Norte contra Viet Nam del Sur. Según ya mencioné anteriormente, se calcula que el tonelaje total que se requiere es alrededor de 100 toneladas diarias, excluyendo los productos alimenticios. Esto resulta insignificante, si se toma en consideración la cuantía de las importaciones actuales de Viet Nam del Norte, unas 5,800 toneladas diarias. Y su capacidad de importación resulta mucho mayor aún. Los puertos

todos, junto con las carreteras y los ferrocarriles que vienen desde China, tienen una capacidad estimada de unas 14,000 toneladas diarias.

La mayor parte de las importaciones de Viet Nam del Norte se efectúan a través del puerto de Haiphong, probablemente hasta unas 4,700 toneladas de las 5,800 que importa diariamente. Esta cifra incluye la mayor parte de material de guerra, como camiones, generadores y equipo de construcción. Pero esta categoría de suministros representa solamente un pequeño porcentaje del total de las importaciones marítimas. Además, una cantidad insignificante, si es que se puede considerar la que representa los suministros militares importados, (que fuentes de Inteligencia calculan en unas 500 toneladas diarias) viene por mar. Es más, el tener que depender tan intensamente en Haiphong, refleja más bien una conveniencia, que una necesidad.

Haiphong representa el medio más fácil y más económico de importaciones. Si Haiphong y los demás puertos estuvieran cerrados, y si consideramos la ilusoria suposición de que el cierre de los puertos eliminaría todas las importaciones marítimas, Viet Nam del Norte aún podría estar en condiciones de importar más de 8,400 toneladas diarias, por ferrocarril, carreteras y vías fluviales. Y aún suponiendo que, debido a los ataques aéreos, su capacidad de importación por carreteras, ferrocarril y vías fluviales se viera reducida en un 50%, Viet Nam del Norte podría mantener aproximadamente alrededor de un 70% de sus importaciones actuales, ya que la importación diaria de materiales militares, necesarios para la continuación de la guerra, asciende a una cifra mucho menor. Parece obvio que reduciendo a la nada, o sea, eliminando totalmente sus importaciones marítimas, no se impediría que Viet Nam del Norte continuara su actual nivel de operaciones militares en el Sur.

La eliminación de Haiphong y de los otros dos puertos, como fuentes de suministros, de hecho, no eliminaría las importaciones marítimas. Nuestra experiencia en cuanto a las importaciones de petróleo, aceites y lubricantes es esclarecedora. Nuestros ataques aéreos dirigidos contra las instalaciones petroleras destruyeron los medios de descarga de petróleo, aceites y lubricantes próximos a la costa, en Haiphong. Sin embargo, los vietnamitas del Norte demostraron una gran capacidad para resolver sus necesidades, y ahora descargan tambores de petróleo, aceites y lubricantes en barcasas y lanchones y traen los tambores hacia tierra en horas de la noche. No

existen indicios de escasez de estos productos, y las existencias con que cuentan son iguales al estimado de consumo de ciento veinte días.

La costa de Viet Nam del Norte tiene una extensión de 400 millas. Un gran número de lugares son verdaderamente apropiados para las operaciones de descarga. La colocación de minas en Haiphong, o la destrucción total de las facilidades portuarias no impedirían que se llevaran a cabo operaciones de descarga en lugares próximos a la costa, de los materiales importados del extranjero. Una interrupción efectiva de estas operaciones por barcazas o chalanas, aún suponiendo que aceptamos daños inevitables de las importaciones extranjeras, solamente conduciría a tener que depender totalmente de la importación por tierra a través de la China comunista. La frontera común entre los dos países tiene una extensión de unas 500 millas aéreas.

Por consiguiente, el bombardear los puertos y el minar las bahías no representaría un medio efectivo de ponerle fin a la infiltración de los suministros en Viet Nam del Sur.

Una campaña de bombardeos muy escogida y llevada a cabo cuidadosamente, como la que estamos realizando actualmente, puede ser dirigida hacia metas razonables que sean realizables. El uso discriminado del poderío aéreo, puede y efectivamente hace que la infiltración de hombres y suministros sea mucho más difícil y más costosa. Al mismo tiempo le demuestra tanto a Viet Nam del Sur como a Viet Nam del Norte nuestra determinación de que la agresión no tenga éxito.

Una campaña de bombardeos menos discriminatoria, contra Viet Nam del Norte, en mi opinión, no haría nada más. No tenemos motivo alguno para creer que afectaría la moral y la voluntad del pueblo de Viet Nam del Norte, ni que influiría en el ánimo de sus dirigentes. Y si no contribuyen a que estos cambios sean posibles, los bombardeos del Norte no cumplirían nuestros objetivos a ningún nivel de intensidad que tuvieran. Aún tendríamos que demostrar mediante operaciones en tierra, en el Sur, que la agresión de Hanoi no puede tener éxito. Ni tampoco una decisión para cerrar a Haiphong, Hongai y Campha, por cualquier medio, impediría el movimiento hacia o a través de Viet Nam del Norte, de los materiales esenciales para continuar el nivel actual de actividades militares en Viet Nam del Sur.

Por otra parte, si recurrimos a una campaña de ataques aéreos, menos selectivos, contra el Norte, correríamos riesgos que actualmente opino que

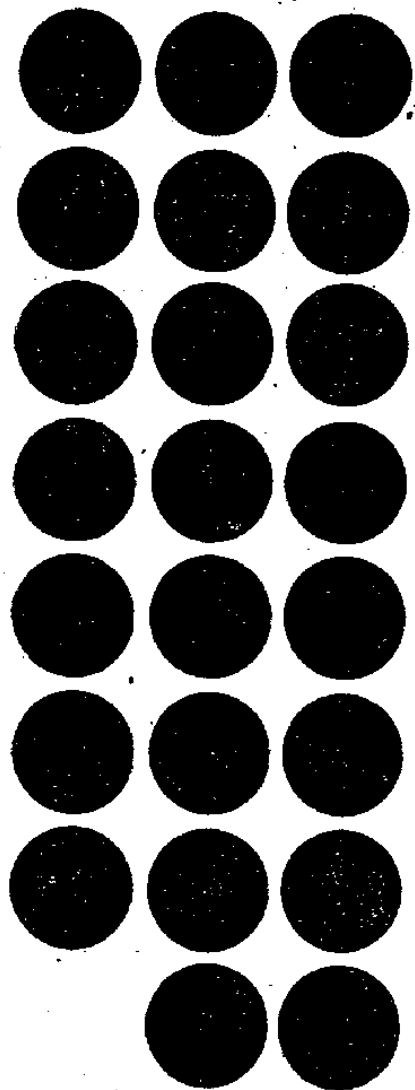
son demasiado costosos para esta dudosa perspectiva, de poder tener resultados favorables.

4. Conclusión

Para finalizar, quiero declarar una vez más mi opinión de que los actuales objetivos de nuestros bombardeos en Viet Nam del Norte fueron firmemente concebidos y están siendo llevados a cabo de manera efectiva. Son armonizables con nuestra finalidad general en Viet Nam y con nuestros esfuerzos de limitar el conflicto. Continuamente estamos explorando medios de mejorar nuestros esfuerzos para aislar a Viet Nam del Sur de ataques y apoyo del exterior. Una mayor efectividad en nuestra campaña aérea pudiera ayudar.

Estoy convencido, no obstante, que la decisión final en este conflicto no habrá de llegar hasta que nosotros y nuestros aliados le demostremos a Viet Nam del Norte que no pueden triunfar en el Sur. El carácter trágico y prolongado de este conflicto en el Sur, hace atractiva la perspectiva de que sea sustituido por algún nuevo tipo de campaña aérea contra el Norte. Pero por muy atractiva que resulte, esta alternativa me parece totalmente ilusoria. El perseguir este objetivo no solamente sería inútil, sino que representaría riesgos para nuestro personal y para la nación, que no estoy en posición de recomendar.

Prensa Latina. Declaración hecha ante el Comité de las Fuerzas Armadas del Senado el 25 de agosto de 1967.



LA ESCALADA COMO ESTRATEGIA

WILFRED BURCHETT

Desde que se escribió este libro,¹ han ocurrido cambios dramáticos en la guerra de Viet Nam. Todo el poderío de la fuerza aérea norteamericana ha sido arrojado contra la parte norte del país; algo más que la tercera parte de todas las fuerzas terrestres norteamericanas —incluyendo las mejores divisiones— se encuentran en la parte sur. La opinión liberal en todo el mundo se estremece por el destino del pueblo vietnamita bajo el peso inaudito del poder destructor empleado contra ellos. En sus días, el pueblo vietnamita tuvo que librar batallas desiguales contra los chinos; los franceses, los japoneses y de nuevo los franceses, siempre superados en número, siempre con armas inferiores. Pero jamás en sus miles de años de historia se movilizó contra ellos semejante fuerza con una desproporción tan abrumadora. Jamás en la historia una nación del tamaño de la de Viet Nam ha tenido que soportar un peso tan enorme de hombres y de armas. Pero es el milagro de los milagros, pues los vietnamitas son quienes están ganando esta guerra contra la potencia militar e industrial más poderosa del mundo.

¹ *La guerra del Viet Nam*, La Habana, ER, 1966. (N. de R.)

Viet Nam del Sur se ha convertido en un cementerio para las carreras de algunos de los principales diplomáticos y generales de Norteamérica, y confidencialmente puede predecirse que la lista aumentará. Viet Nam del Sur ha hecho pedazos la leyenda de la invencibilidad de las tropas de choque de Norteamérica: los US marines. Del mismo modo que las tropas de choque de la Legión Extranjera de Francia recibieron su golpe mortal a manos del pueblo vietnamita en la guerra de Indochina y su tiro de gracia en Argelia. También se han destruido los principales conceptos estratégicos norteamericanos, tales como «guerra especial», y la doctrina de «escalada» como estrategia política y militar. El espectro de una humillante derrota a manos de una nación atrasada de campesinos, clava su mirada en Washington. ¿Cómo es posible? El Secretario de Defensa de Estados Unidos, Robert McNamara, visitó Saigón nueve veces para tratar de averiguar. Después de las primeras ocho visitas, sus declaraciones, aunque contradictorias, eran siempre optimistas. Los resultados, en verdad, siempre defraudaron este optimismo, pues el cometido de las tropas de Estados Unidos se elevó gradualmente de 16,000 «consejeros» a 460,000 hombres de tropas de combate. Pero después de su novena visita se declaró pesimista inclusive públicamente. Y tenía sobradas razones para ello.

Para el verano de 1967, con más de 1.100,000 de soldados a su disposición, el general Westmoreland, el «hombre en Saigón» del Presidente Johnson, se vio ante una situación militar deprimente en todos los frentes. Los *marines*, quienes cayeron en una trampa a lo largo del paralelo 17, iban derechos a ella con sus ojos muy abiertos, mientras gritaban «victoria», eran puestos fuera de combate en un número mayor de lo que podían ser reemplazados. Quizá por primera vez en su historia se vieron obligados, en repetidas ocasiones, a abandonar sus muertos y heridos. Y, la mayor humillación de todas: se vieron obligados a pedirle al ejército que viniera a rescatarlos. Normalmente es todo lo contrario. Según las cifras oficiales, los *marines* perdieron 8,000 hombres —más del 10% de su fuerza total en Viet Nam— en los primeros seis meses de 1967. Todo periodista que haya comprobado los estimados de una operación específica sabe que el Alto Mando de Saigón falsea las bajas de Estados Unidos de un 30 a un 100%, y que, aparte de las bajas en combate, también el agotamiento por el calor, la malaria, las picadas de insectos y otras especialidades del clima tropical, provocan grandes bajas, sobre todo entre los jóvenes sin entrenamiento que se envían precipitadamente para que reemplacen las

bajas en las filas de los *marines*. Los *marines*, tratando de mantener sus posiciones a lo largo de las lomas selváticas cerca de la zona desmilitarizada, pueden compararse con «peces fuera del agua». La guerra de posiciones y las montañas no constituyen tareas para ellos. Están entrenados para los desembarcos por mar, para una lucha rápida con el propósito de asegurarse cabezas de playa, y entonces regresar a sus barcos y a sus bases hasta la próxima vez que vuelvan a necesitarlos. La crisis militar en la que el propio Westmoreland se encuentra, puede ser valorada por el hecho de tener que emplear los marines en la guerra posicional.

Westmoreland, que se estaba preparando para presentarse como candidato presidencial, es ahora candidato, por el contrario, para un puesto en la lista de generales en desgracia. Debiera meter la cabeza en un cubo por su actuación. Prometió grandes cosas para la temporada seca de 1966-67, victorias militares de dimensiones suficientes como para eliminar cualesquiera preocupaciones que tuviera el Presidente Johnson en lo concerniente a la reelección en 1968. Las promesas de Westmoreland fueron suficientes para cortar algunas tentativas sobre un acuerdo de negociación que llegó a su punto culminante cuando Nguyen Duy Trinh, Ministro del Exterior de Viet Nam del Norte, me dijo a fines de enero de 1967 que las conversaciones entre EUA y la RDV podrían empezar una vez cesaran los bombardeos al Norte. Johnson había dicho muchas veces que sólo necesitaba una señal, oficial, pública o privada, de Hanoi y los bombardeos cesarían. Westmoreland inmediatamente redobló sus aseveraciones a Johnson de que la victoria militar estaba a la vista; Hanoi ya estaba flaqueando, todo lo que se necesitaba era aumentar la dosis. La reacción de Washington ante el gesto de paz en Hanoi consistió en toda una serie de nuevas medidas de «escalada», incluyendo el hecho de minar los ríos de Viet Nam del Norte, de intensificar el bombardeo naval de las áreas costeras, de bombardear el Norte a través del paralelo 17, de intensificar el bombardeo dentro de la zona desmilitarizada y, finalmente, de una invasión en gran escala a la zona desmilitarizada por parte de los marines.

En el transcurso de estas flagrantes violaciones de la zona «desmilitarizada», Westmoreland suprimió las últimas restricciones legales, morales y militares para que las tropas de Viet Nam del Norte tomaran en cuenta al paralelo 17, por más tiempo, como la línea divisoria entre el Norte y el Sur. Westmoreland había completado la iniciativa tomada por los norteamericanos, cuando empezaron a bombardear a Viet Nam del Norte

en febrero de 1965, de crear un frente militar único en Viet Nam del Norte. Muy pronto los *marines* se vieron enfrascados en una lucha con veteranos de Dien Bien Phu y de otras batallas históricas. El pretexto oficial de invadir la zona desmilitarizada era el de bloquear las «vías de infiltración». El resultado fue abrirlas y justificarlas. La verdadera razón, según parece, era preparar el camino para una invasión a Viet Nam del Norte, combinada con desembarcos un poco más arriba en la costa, cerrar la estrecha faja de tierra al norte del paralelo 17 y ocupar el área a través de la cual pasaban las vías claves de suministros norte-sur. El sueño del comando estadounidense era el de escapar de la guerra de guerrillas y entrar en combate con tropas regulares del Norte en una batalla clásica y convencional en la que la superioridad material de Estados Unidos podría decidir pronto la lucha. Esta fue otra de las pifias de Westmoreland.

Los *marines* inmediatamente se vieron enfrascados en el mismo tipo de guerra popular con que se habían encontrado en todas partes del Sur, una advertencia de que aun cuando invadieran el Norte no se habrían comprometido en una guerra clásica y convencional, sino en una guerra en la que participaría todo el pueblo. Dentro y fuera de la zona desmilitarizada, como en todas partes, era la misma combinación de tropas regulares —con armas más pesadas esta vez porque estaban demasiado cerca de sus líneas de abastecimiento—, tropas regionales y guerrillas locales. Los *marines*, de hecho, habían caído en una trampa que ellos mismos se habían preparado. Habían atraído a las unidades del Norte hacia el Sur, pero estas últimas atrajeron a los *marines* hacia las lomas donde se enfrascaron en batallas que los vietnamitas interrumpían a voluntad, esfumándose en la selva o en la noche tropical, dejando a los *marines* en posesión de una serie completa de lomas, cerros en los que más tarde quedarían aislados y luego serían aplastados por los morteros, la artillería y los cohetes vietnamitas. Una vez que el Alto Mando de Saigón había anunciado con gran fanfarronería publicitaria que había capturado tal y tal colina, no era sino el prestigio, más que las consideraciones tácticas, lo que exigía conservarla. En Hanoi, en ese entonces, el Ministro de Defensa, Vo Nguyen Giap, sonreía pícaramente. Tenía a los *marines*, lo mejor de todas las tropas estadounidenses en Viet Nam, precisamente donde él quería; precisamente donde mejor podía vérselas con ellos. Nunca había tenido semejante regalo desde que los franceses lanzaron lo mejor de todas sus tropas en Indochina, en el valle de Dien Bien Phu.

Por un breve instante pareció que Westmoreland tenía grandes dudas. Dos días después del anuncio de que se iba a levantar una versión de la «Ligne Maurice» (una alambrada de púas electrificada que los franceses levantaron a lo largo de las fronteras de Argelia con Marruecos y Túnez) justamente al sur del paralelo 17 y de que ya los trabajos habían comenzado; Westmoreland de repente propuso que las tropas de ambos lados se retiraran 10 kilómetros al sur y al norte, respectivamente, de la zona desmilitarizada. Una proposición evidentemente inaceptable para Hanoi, que indicaba la necesidad de que los norteamericanos pusieran fin a sus violaciones de la zona desmilitarizada como se había establecido conforme a los Acuerdos de Ginebra.

El tratar de mantener las posiciones dentro y alrededor de la zona desmilitarizada convirtió esta área en una llaga supurante, en una verdadera hemorragia, para el Alto Mando de Saigón, y tuvo un efecto importante en los demás campos de batalla. Se enviaron elementos de la tan notoria Primera División de Caballería (Aerotransportada) al rescate de los que estaban en las zonas montañosas del centro; la 196ª Brigada de paracaidistas fue trasladada desde la región al norte de Saigón; también fueron trasladadas las unidades destinadas para la mayor implantación de tropas estadounidenses en el Delta del Mekong. Sólo una brigada de la 9ª división, en lugar de la división completa, se pudo enviar al Delta donde inmediatamente cayó en una guerra defensiva. No se alcanzó ni una sola de las metas tácticas fijadas para la estación seca de 1966-67. En vez de eso, las tropas de Westmoreland sufrieron fuertes reveses en todos los frentes y se preparó el escenario para importantes acciones del Vietcong en las zonas montañosas del centro y en el Delta del Mekong durante la temporada de las lluvias de junio-noviembre.

El dilema con que se enfrentaba McNamara en su novena visita era cómo responder a las demandas de Westmoreland por más tropas. Hasta las calculadoras famosas del Pentágono deben haberle informado a McNamara que todo era inútil. El añadir otros cien o doscientos mil hombres a una fuerza que ya pasa de un millón, no puede alterar materialmente la situación. No hay manera de cambiar la relación de fuerzas en favor de los Estados Unidos. Las fuerzas combinadas del FLN y de Viet Nam del Norte se pueden extender proporcionalmente más rápido que los refuerzos que MacNamara pudiera enviar. Las mejores divisiones norteamericanas ya han sido movilizadas, unas 9 del total de 22 divisiones de las fuerzas

terrestres de Estados Unidos. Y las mejores tropas de esas divisiones ya han completado su año de servicio. Los problemas de abastecer hasta 460,000 hombres y de darles el tipo de apoyo aéreo a que ellos están acostumbrados en la batalla, ya están agotando incluso los recursos de Estados Unidos. Durante el segundo trimestre de 1967, por ejemplo, hubo un notable descenso en la actividad aérea en áreas claves al norte y noroeste de Saigón, áreas en las que por dos años rara vez se dejaba de escuchar el sonido de los aviones o helicópteros. También decayó considerablemente el apoyo aéreo táctico en las batallas. Esto se debe a que el potencial aéreo, en especial el suministro de pilotos, no se expandió en la misma proporción que las fuerzas terrestres. La intensidad de apoyo que se les puede brindar a 200,000 hombres no puede ser la misma que para 460,000 y esto se haría más notable si las fuerzas combativas de Estados Unidos se incrementaran a 600,000 o a 700,000, como se reportó que Westmoreland había solicitado en julio de 1967. Con todas las carreteras aparentemente controladas por el FLN, las tropas de Westmoreland tienen que depender de los suministros por aviones o por helicópteros, y hubo muchas ocasiones en la primera mitad de 1967 en que, a causa de la escasez de aviones o del mal tiempo, los suministros no llegaban a su destino. Los corresponsales norteamericanos reportaron casos de *marines* a lo largo del paralelo 17, que tenían que hacer una sola comida en dos días, escaseándoles el agua y las municiones. Estos problemas más bien se acrecentarán que disminuirán.

A pesar de su poderío y de sus recursos, hasta la fuerza de Estados Unidos tiene sus debilidades y sus límites. Con un gran esfuerzo se puede superar la escasez de aviones, pero la escasez de pilotos no se puede superar tan rápidamente. Desde mediados de 1966 hasta la fecha, las pérdidas de pilotos de Estados Unidos han progresado con más rapidez que las reposiciones. Las pérdidas en combate, más las dimisiones o traslados a aerolíneas civiles, aumentan más rápidamente que la producción de nuevos pilotos, y en junio de 1967 se anunció que a 3,700 pilotos, cuyo plazo de servicio había expirado, se les retuvo obligatoriamente en la Fuerza Aérea. El que lo retengan a uno contra su voluntad, empero, no levanta la moral. El hecho es que no hay otra salida en el entrenamiento de pilotos para aviones de retropropulsión, aun cuando no haya dificultades con los reclutas. Pero el ingreso de voluntarios en la Fuerza Aérea está muy por debajo de los requisitos, y los entrenadores de pilotos, a diferencia de los

de infantería, no se pueden conseguir como se consiguen reclutas. La falta de entusiasmo para inscribirse en la Fuerza Aérea está vinculada directamente con la guerra en Viet Nam, no sólo a causa del gran porcentaje de bajas, sino también debido al hecho de que no hay entusiasmo por que lo maten a uno en una guerra que nada tiene que ver, evidentemente, con los intereses nacionales.

Durante la novena visita de McNamara a Saigón, hubo una curiosa diferencia de apreciación entre él y Westmoreland. Este pidió 70,000 tropas más para «mantener la iniciativa militar». McNamara dijo que se enviarían más tropas para que Westmoreland pudiera «recobrar» la iniciativa. Una diferencia de crucial importancia: la apreciación de McNamara era correcta. El Alto Mando de Saigón ya había perdido la iniciativa, y perder la iniciativa con más de un millón de tropas a su disposición significaba que Westmoreland, de hecho, había sufrido una punzante derrota. Resulta realista afirmar que el Alto Mando de Saigón no sólo perdió la iniciativa, sino que rebasó el punto de su máxima eficacia. Es el FLN el que decide dónde y cuándo tienen lugar las acciones decisivas. Aún antes, cuando el Alto Mando de Saigón tenía la iniciativa en el sentido de decidir dónde y cuándo emprender las operaciones, era el FLN el que, dentro de la red de esa operación, decidía cuándo y dónde entrar en combate con el adversario. En cada operación era el FLN el que invariablemente mantenía la iniciativa táctica. Desde mediados de 1967, fue el FLN el que se adueñó de la iniciativa estratégica; era el FLN el que decidía si iba a atacar en la zona montañosa del centro o en el delta del Mekong, o en las llanuras costeras del este, o en la región justamente al sur de la zona desmilitarizada. En mayo de 1967, a los periodistas acreditados en el Alto Mando de Saigón se les rogó que no usaran el término «retirada» para describir las actividades de los *marines* en el frente del norte. Cuando los corresponsales que acababan de regresar del área abordaron el tema, los portavoces admitieron que los *marines* estaban «saliendo» de ciertas áreas, pero que la intención no era ocupar territorio, la finalidad era matar al enemigo». Cuando la visita de McNamara, ya no se podía ocultar la verdad por más tiempo. Los *marines* verdaderamente se estaban retirando, de una colina y de otra, incluso estaban evacuando sus cañones de 175 milímetros de su importante base de artillería en Gio Linh. Otras bases tales como Dong Ha y Con Thien tenían que soportar un ataque constante de morteros y cohetes. McNamara no pudo desembarcar en Dong Ha, como se había

planeado, el 11 de julio, y esa noche el fuego de morteros y cohetes destruyeron 11 helicópteros e inutilizaron la pista de aterrizaje. A medida que el potencial de fuego del FLN siga su ofensiva hacia el sur, no podrán sostenerse por más tiempo otras bases de Estados Unidos, y la debilidad total de la posición norteamericana, encerrada en bases sumamente vulnerables sin una retaguardia estable, llegará a ser bien evidente. Como ilustración de lo que se avecina, se reveló durante la visita de McNamara que 667 aviones y 574 helicópteros habían sido destruidos en tierra en Viet Nam del Sur por los ataques con morteros y las incursiones de comandos del FLN. El «Vietcong» habría necesitado una poderosa fuerza aérea para alcanzar tales resultados en los combates en el aire, pero esto se llevó a cabo, de hecho, sin perder un solo hombre.

Cómo ha sido esto posible, se explicará más adelante. Es imposible que un Johnson o un Dean Rusk acepten la verdadera razón, pues ello destruiría todo argumento para permanecer en Viet Nam del Sur, destruiría todo su argumento para bombardear a Viet Nam del Norte. Johnson y Rusk han estado perpetrando una de esas enormes mentiras de dimensiones hitlerianas, al sostener que la guerra en el Sur es una agresión procedente del Norte. Ellos se niegan a ver la realidad de las cosas; que hay una guerra civil en marcha arraigada profundamente en las políticas anticomunistas globales de Estados Unidos, en la que Estados Unidos participa del lado de una dictadura fascista, en tanto que el Norte ayuda, en proporciones infinitesimales comparado con la intervención estadounidense, al pueblo del Sur, que ha tomado las armas. Si el problema hubiera sido una simple agresión por parte de las fuerzas armadas del Norte, el poderío norteamericano de armas, más todas las que Estados Unidos ha puesto en manos de sus títeres de Saigón, habría resuelto rápidamente el asunto. El hecho es que se trata de una guerra en la que está empeñado todo el pueblo de Viet Nam del Sur que se ha levantado y que ha tomado fuerza a todo lo largo y ancho del país, a partir de la dictadura fascista de Diem. Ahora se trata de una guerra en la que está empeñada todo el pueblo vietnamita contra la clara agresión norteamericana. Los ataques contra las bases de Estados Unidos más fuertemente defendidas, incluso en el corazón de Saigón, Danang, Quang Tri, Hue, y otras ciudades, nunca hubieran podido llevarse a cabo a menos que los atacantes tuvieran pleno apoyo del pueblo en el área. Los preparativos y la movilización para dichos ataques, después la retirada, casi invariablemente sin la pérdida de

un solo hombre, hubiera sido imposible sin la cooperación y la protección de la población local.

Por ser esta una guerra del pueblo, es que un grupo, formado en su mayoría por intelectuales, abogados, arquitectos, profesores, periodistas saigoneses, puede dirigir operaciones militares de un orden táctico superior a las de los más altos líderes militares estadounidenses. Cualquier militar sabe que las cuestiones de moral superior, de inteligencia superior, son factores decisivos en la guerra. También es un axioma el hecho de que no se deben llevar a cabo operaciones militares si no se tiene una retaguardia estable. El Alto Mando EUA-Saigón carece por completo de retaguardia, a excepción del Océano Pacífico y de la Séptima Flota. Geográficamente hablando, carecen de retaguardia en los corazones y en las mentes del pueblo. Debido a esto carecen de inteligencia. Ningún dispositivo electrónico, ningún reconocimiento fotográfico, ningún aparato infrarrojo puede compararse con los ojos y oídos humanos como fuentes de información de inteligencia. Aparentemente, todo hombre, mujer o niño en Viet Nam del Sur —y esto también es cierto inclusive para una gran proporción de las tropas alistadas en las filas del ejército de Saigón, y para los vietnamitas que trabajan dentro de las bases norteamericanas y en las cercanías de éstas— constituye los ojos y oídos del FLN. Los norteamericanos nunca saben dónde encontrar al «Vietcong» y, contrariamente a lo admitido durante la visita de McNamara, tampoco sus aviones pueden detectar las posiciones bien camuflageadas de la artillería alrededor de las bases de Estados Unidos. Pero el «Vietcong» siempre sabe dónde están los norteamericanos. El clima y la naturaleza son hostiles a los norteamericanos; son los protectores naturales del pueblo que lucha por defender su propia tierra y sus hogares. En cuando a la moral, no existe comparación entre la de un ejército enviado a un país extranjero por una causa que, o no entienden o desprecian, y la de un pueblo que lucha en su propia tierra por su propia tierra. Esto sería cierto aun cuando la tesis Johnson-Rusk de «agresión procedente del Norte» fuera correcta.

Los resultados, hasta la fecha, de la guerra de Viet Nam son un triunfo del hombre sobre las máquinas, del más débil sobre la riqueza y el privilegio. Los logros del pueblo vietnamita resaltan aún más a la luz de la guerra árabe-israelí, en la que los líderes de un pueblo subdesarrollado pusieron demasiado énfasis en el hecho de oponer máquinas a máquinas, y

dejaron a un lado el factor más importante que es el de preparar bases sólidas en los corazones y en las mentes del pueblo.

Debido a que el Presidente Johnson y sus consejeros se vieron incapaces de captar la naturaleza de la guerra, sus estrategias han sido inadecuadas. La «guerra especial», basada en el empleo de un ejército y de una administración locales; un ejército equipado, financiado y entrenado, y eventualmente mandado, por Estados Unidos, fue un fracaso precisamente porque el pueblo repudiaba al ejército y a la administración.

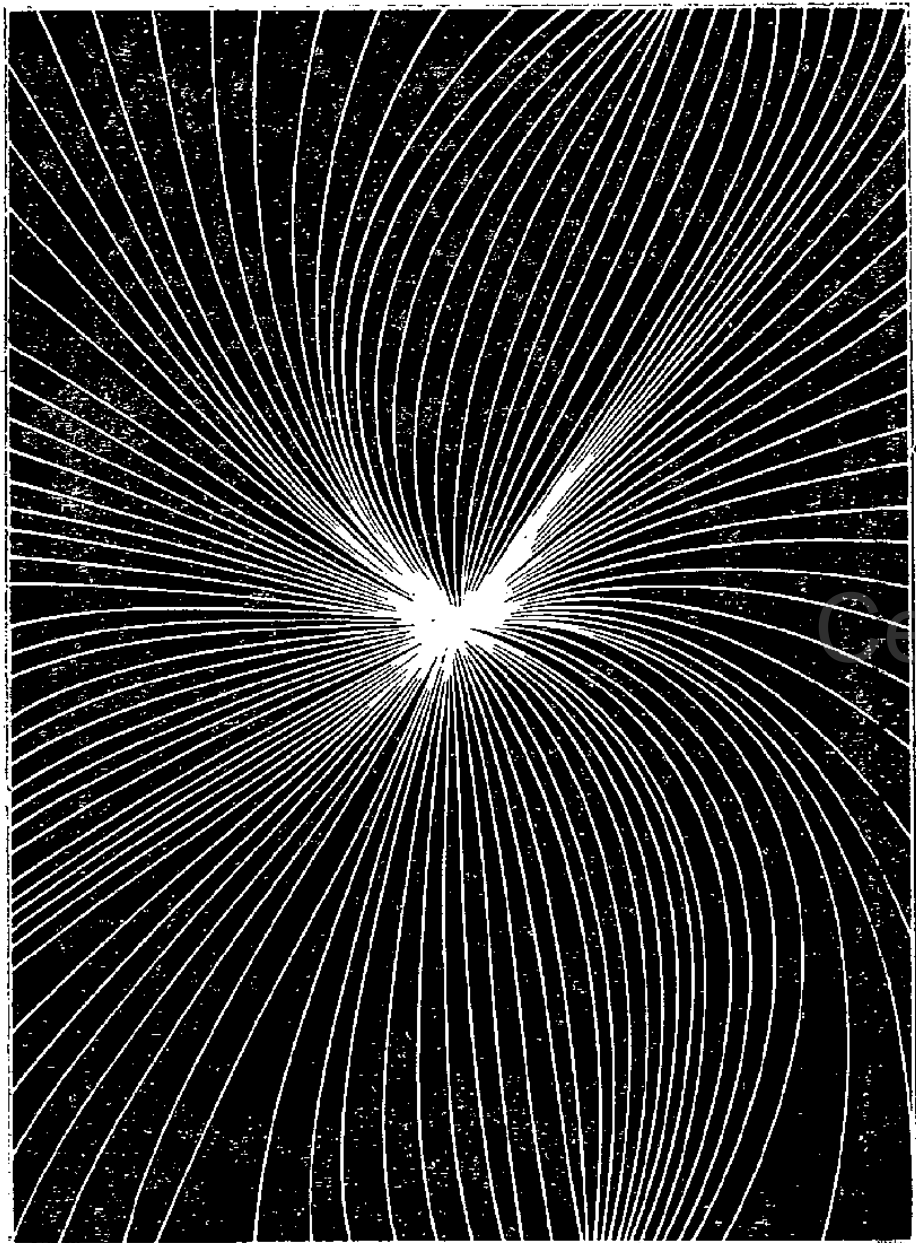
La «escalada» es también un fracaso, que se debe a la misma incapacidad de captar los hechos y las realidades están más allá de la posibilidad de asimilación de las calculadoras del Pentágono. McNamara pensó que con 100,000 tropas de Estados Unidos podía salvarse la situación; cuando esto no dio resultado, parece que también, pensó que con el bombardeo de carretera, vías férreas y puentes en Viet Nam del Norte podía influir en la situación en el sur. Si hubiera comprendido el hecho de que la guerra en el Sur procedía del Sur, se habría dado cuenta de que los bombardeos eran inútiles. El desquite de Hanoi por los bombardeos, era realmente empezar a enviar suministros en gran escala al Sur. Tampoco sirvió el incremento de la «escalada» para destruir los suministros de combustible. El desquite ante este hecho era el de enviar aún más ayuda. De hecho, la «escalada» actúa de dos maneras.

Si Estados Unidos hubiera enviado inmediatamente 460,000 hombres a Viet Nam del Sur; si la Fuerza Aérea de Estados Unidos hubiera lanzado un ataque simultáneo contra las comunicaciones, los suministros de combustible, las industrias, los diques, las ciudades y las aldeas de Viet Nam del Norte, la resistencia del pueblo vietnamita habría sido mucho más difícil. Lógicamente, esto era imposible en el Sur; políticamente, era imposible en el Norte. Pero más importante aún, porque el Pentágono juzgó mal, completamente, la naturaleza de la guerra. Nunca se creyó necesario un asalto de estas dimensiones. El hecho de que tomara dos años aumentar las tropas de Estados Unidos a la cifra de 460,000 y de que fuera sólo después de dos años de bombardear el Norte que se lanzara un ataque total contra las industrias, le dio tiempo al FLN para que expandiera sus fuerzas proporcionalmente con más rapidez que el reagrupamiento y el mantenimiento de las de EUA, y le dio tiempo al Norte para que descentralizara su industria y para que tuviera industrias regio-

nales en producción, en el momento en que fueran destruidas las industrias centrales.

A fines de abril de 1967, la industria regional en el Norte fue organizada en cada provincia, produciendo mercancías de consumo esenciales como azúcar, papel, cigarros, fósforos, jabón, utensilios de cocina. Se instalaron pequeñas turbinas en las corrientes de agua en las regiones montañosas, y cientos de aldeas tuvieron energía eléctrica y luz por vez primera. Se crearon tiendas de piezas y artículos de ingeniería en la mayoría de los distritos para reparar los medios de transporte. Ya estaban funcionando los planes anunciados dos años antes para conferir autonomía económica a cada provincia y de este modo aliviar la tensión del sistema de transportes; en todas partes estaban funcionando unidades industriales descentralizadas en grutas y túneles naturales y artificiales, fuera del alcance de los bombardeos de Estados Unidos. Por ejemplo, cuando destruyeron la gran fábrica de papel y la gran refinería de azúcar en Viet Tri, la producción total de azúcar y de papel en las plantas regionales superó la de Viet Tri. La «escalada», o el aumento de la dosis de terror en el Norte hasta que el pueblo vietnamita ceda, ha demostrado ser ineficaz y absurda. Como lo ha sido el intento de destruir el sistema de comunicaciones. Después de dos años y medio de ataques diarios, los pilotos estadounidenses siguen atacando los mismos puentes y las mismas estaciones de radar; se han construido miles de kilómetros de puentes que, de hecho, no existían en febrero de 1965. La «escalada» como estrategia política y militar es un fracaso también, porque implica que Estados Unidos tiene pleno control de la situación en Viet Nam, y sólo depende de las calculadoras el hecho de averiguar la dosis correcta de poder norteamericano para que se aplique en aquellos vietnamitas que hayan sobrevivido para establecer una paz norteamericana. Esto es un engaño tan grande como cualquier otra política con que ha experimentado Washington en Viet Nam. El pueblo vietnamita no bajará sus armas mientras siga habiendo un norteamericano u otro extranjero en su tierra con intenciones hostiles.

Prefacio inédito a la edición italiana de *La guerra de Viet Nam*, julio de 1967.



LA INTRANSIGENCIA DEL MOVIMIENTO LIBERADOR CUBANO

ARMANDO HART

Cuba se prepara para celebrar el centenario del 10 de octubre de 1868, inicio de sus guerras de liberación. Es natural que esta conmemoración sea tan importante para nosotros. La guerra patriótica iniciada en «La Demajagua» lanzó al pueblo cubano a la revolución; en ella se forjó la nación. La Protesta de Baragua enseñó a los cubanos el valor de la intransigencia revolucionaria. De la revolución de Martí, continuación y profundización de aquella guerra, nació la convicción de que la lucha tenía que ser antimperialista. Los combatientes contra la tiranía y contra el imperialismo han encontrado fuerzas y ejemplo en la tradición mambisa, que nos anima a todos al combate y recuerda que morir por la Patria es vivir. Fidel ha establecido más de una vez la continuidad revolucionaria de nuestra historia: «¡Nosotros entonces habríamos sido como ellos, ellos hoy habrían sido como nosotros!»

«Pensamiento Crítico» se une a este homenaje publicando el panegírico del General Antonio Maceo, pronunciado por el compañero Armando Hart, Secretario de Organización del Partido Comunista de Cuba, el 7 de diciembre de 1962. A través de él se analizan los valores permanentes de la lucha secular del pueblo cubano por su liberación: la defensa intransigente de la soberanía, el antimperialismo radical, la audacia revolucionaria y la capacidad de sus dirigentes para fijar los objetivos y sostener los principios. Y también nos permite constatar que para comprender la historia de Cuba es necesario comprender su proceso revolucionario actual, y situarse activamente a partir de esa comprensión.

La Redacción

Por cuarta vez conmemora la Revolución el día que dedicamos a honrar la memoria de todos los caídos en la lucha por la libertad de Cuba.

Para cualquier cubano es un honor hablar el 7 de diciembre; pero hacerlo en nombre de la Revolución constituye, además, una grave responsabilidad, porque no es hora de la exaltación patriótica si a ella no va unido un mensaje de combate y de análisis histórico.

La mayoría de los que hablaban de Maceo antes de 1959, le huían a la historia y se escondían detrás de los méritos individuales del héroe. Pero los tiempos tristes en que a la tribuna del Capitolio llegaban los mercaderes del ideario de Maceo, han pasado para siempre. Hoy a los mártires se los honra combatiendo, estudiando su posición en la historia y tratando de descubrir la enseñanza revolucionaria de sus hechos.

Nosotros, como en años precedentes hicieron Raúl Castro, Juan Almeida y Raúl Roa, honramos hoy a Antonio Maceo y a todos los mártires de nuestras luchas libertadoras, situándolos en la historia, porque de esa forma se aprecia al Maceo combatiente, al Maceo intransigente, al Maceo revolucionario. Esta es la única manera de colocar a Maceo en la verdadera his-

toria, en la historia gloriosa de nuestro pueblo.

¿Y cuál es el rasgo característico de Antonio Maceo que determina su posición en la Historia?

Si fuéramos a buscar el rasgo característico de Antonio Maceo, habrá quien hable de su valor personal; no faltará quien señale su talento militar; siempre encontraremos quien prefiera referirse a sus condiciones de hombre hecho en una sola pieza; en fin, que muy variadas y excepcionales cualidades podrán indicarse a la hora de precisar lo más destacado en Maceo; pero en este momento revolucionario, lo realmente interesante de estudiar en la personalidad histórica del Titán de Bronce es su intransigencia revolucionaria en defensa de los principios, las situaciones históricas en que se convirtió en dirigente del pueblo y el papel que desempeñó dentro de la revolución. Sólo especiales virtudes de talento y de carácter hacen posible que un hombre se convierta en impulsor y representante de un movimiento revolucionario; mas no interesa ahora tanto enfocar las condiciones de carácter y de talento que determinaron en la rica individualidad de Maceo su fuerza y sentido histórico, sino que lo más importante es recoger como lección provechosa del momento

que vivimos, la valiosa y decisiva enseñanza de su intransigencia revolucionaria en defensa del principio de la soberanía de Cuba; porque sólo la firme e intransigente defensa de nuestro derecho a la independencia que mantuvo la generación de Maceo, permitió aprovechar cabalmente las condiciones políticas y sociales que obligan a la separación de España.

Los enormes obstáculos encontrados por Cuba en su camino hacia un desarrollo libre de interferencias extrañas, exigieron en época de la colonia, exigen hoy, y exigirán mañana, una gran firmeza en defensa de la soberanía y la independencia nacionales. Para resistir las poderosas fuerzas económicas que se han enfrentado a nuestro proceso histórico ha habido necesidad de una gran intransigencia revolucionaria.

Las fuerzas económicas extrañas a nuestro país se expresaron en corrientes políticas, sociales y culturales sobre las que ha habido que actuar con una gran firmeza y sin la más mínima vacilación. Las extraordinarias fuerzas económicas de la colonia española y del imperialismo yanqui, han tenido, además, como un último resorte en defensa de sus intereses, el aparato de la violencia que representan los ejércitos profesionales de España sobre

Cuba, primero; de Estados Unidos y el propio ejército de las oligarquías cubanas, más tarde. La intransigente posición de Cuba en defensa de la soberanía tuvo necesariamente que ir acompañada por parte de nuestro pueblo de una posición insurreccional antes de la Revolución triunfante, y de la organización de un poderoso ejército popular después de la victoria de ésta. La intransigencia insurreccional de Maceo no es más que la expresión de esta situación. Nuestros grandes dirigentes han tenido que ser dirigentes de clarísima conciencia política, capaces y dispuestos a la pelea y a la guerra.

Nos hemos desarrollado bajo la agresión o la amenaza de agresión y sólo la respuesta viril e insurreccional del pueblo ha podido salvar nuestro derecho a edificar la sociedad libre que ya hoy tenemos. Estas condiciones influyen en toda nuestra historia; desde los primeros actos de protesta contra la colonia, hasta los días 26 y 27 de octubre de 1962, cuando el pueblo armado y preparado para lo que fuera necesario estuvo dispuesto a los sacrificios que suponía una guerra nuclear con tal de ver respetado en el mundo el principio irreversible de la soberanía, y de aplastar definitivamente al imperialismo yanqui.

Pero para señalar cómo surge de todo este conjunto la figura impar de Antonio Maceo, hay que hacer un análisis de nuestro proceso histórico y de su importancia en América y en el mundo.

Por muy grande que haya sido el aporte de algunos de nuestros investigadores al conocimiento de los hechos, las situaciones políticas de América Latina no han permitido ubicar a nuestro pasado revolucionario en el lugar que corresponde, con la dimensión, profundidad y grandeza que tiene.

Sólo cuando se escriba la verdadera historia de los pueblos de América en su lucha por la libertad, y, sobre todo, cuando se concluya esta historia, podrá apreciarse el alcance de nuestra epopeya mambisa.

Analizando hoy el proceso cubano, desde la rebeldía de los vegueros y las conspiraciones y protestas que empezaron a manifestarse en la tercera y cuarta década del siglo pasado, hasta la caída de Maceo, en Punta Brava, el 7 de diciembre de 1896, podemos decir que no hay en la historia de las luchas de los pueblos de América y del mundo entero, epopeya más heroica y más rica en enseñanza que el Movimiento Libertador Cubano. No es falso orgullo patriótico el que nos impulsa a esta afirmación. Exami-

nando objetivamente las dificultades y situaciones que se presentaron para el desarrollo de la revolución popular, puede fácilmente llegarse a esa conclusión.

Un pueblo pequeño en que el poderío español descargaba toda su fuerza, amenazado además por el expansionismo norteamericano, que tenía puesta su vista en él para convertirlo en colonia, y que estaba integrado por una población de campesinos, de esclavos, y de una burguesía agraria ahogada por la metrópoli, fue capaz de libertar a los esclavos, y de organizar luego la revolución popular con un Ejército Libertador y un Partido Revolucionario; y no sólo esto, sino que sus líderes fueron conscientes del carácter antimperialista que habría que darle a esa revolución, cuando todavía no estaba claramente definido el concepto del imperialismo como fase superior del capitalismo. Han pasado 67 años del inicio de esa revolución, y todavía hoy el mundo se debate en la lucha de los pueblos contra el colonialismo y el imperialismo. Han tenido lugar dos grandes guerras mundiales; el desarrollo imperialista de los Estados Unidos ha puesto al mundo al borde de graves y terribles acontecimientos. El carácter fundamental de nuestra época en 1962, es la lucha contra el colonialismo, con-

tra el imperialismo y por desencadenar la revolución popular antimperialista. Pues bien; nuestro país, influido por la firmeza y la visión revolucionaria de hombres como Antonio Maceo, ya en 1895 logró desarrollar una revolución popular con carácter antimperialista.

Por todo esto decimos que no se ha situado aún el Movimiento Libertador en el lugar que corresponde; ello sólo se hará cuando pueda justamente apreciarse hasta dónde el desarrollo de nuestra lucha independentista influyó en el hecho de trascendencia universal que es hoy la 'primera Revolución Socialista de América.

Quien tenga un criterio anticientífico puede creer que fue «gracias a un milagro» el hecho, para muchos sorprendente, de ver nacer en Cuba el socialismo en América.

Aquéllos que tienen de la historia un sentido de lo anecdótico, no podrán jamás comprender ni el presente ni el pasado. Los que saben que las situaciones históricas no nacen del azar ni son el producto simple de la dirección de un hombre extraordinario, sino que surgen de un proceso en cuyo fondo se encuentran las condiciones del desarrollo económico, pueden comprender el presente y el pasado; pueden, en consecuencia, darse cuenta de que el volcán revolucio-

nario cubano no ha sido, como lo creen nuestros enemigos, la obra caprichosa de un grupo o de un líder, sino la consecuencia de un proceso histórico que forzó la aparición del líder extraordinario, como antes había determinado en el siglo XIX la aparición de otros líderes.

No podemos subestimar la importancia que en la Revolución Socialista de Cuba ha tenido el poder de que hoy dispone el socialismo en el mundo. La correlación de fuerzas internacionales y la profundidad que ha alcanzado en estos años la crisis general del imperialismo, son factores que han influido también en gran medida en nuestra Revolución.

Tampoco debemos subestimar la importancia que han desempeñado y siguen desempeñando la vanguardia y el líder. Sin embargo, si recorremos la lucha libertadora, vemos cómo brotan en condiciones internacionales distintas y bajo niveles de desarrollo social diferentes, hombres de la magnitud histórica de José Martí, de Antonio Maceo, de Ignacio Agramonte y de Máximo Gómez; y si somos realmente consecuentes con una interpretación científica de la historia, comprobaremos que alrededor de estos hombres marcharon muchedumbres de intelectuales y burgüe-

ses revolucionarios, campesinos y esclavos liberados, artesanos y trabajadores manuales que escribieron una de las páginas más brillantes y gloriosas de la historia universal. No es obra del azar ni es cuestión exclusiva de las condiciones políticas actuales la potencialidad y profundidad revolucionaria de nuestros días.

Hay que buscar también las raíces del presente cubano, con todas sus implicaciones internacionales, en la historia de la lucha de nuestro pueblo contra la metrópoli, de una parte, y contra la amenaza de la intervención yanqui, de la otra.

La grandeza y profundidad de nuestro movimiento revolucionario de hoy, que es reconocido universalmente ya que uno de los grandes chispazos de la revolución en todo el mundo, se deriva de una serie de situaciones históricas que hay que buscar, en gran medida, en el carácter de las luchas por la independencia y en el proceso de formación nacional en nuestra Patria.

El hecho de que hayamos sido la última colonia que logró liberarse del dominio ibérico, nos obligó a desarrollar una lucha larga, en la que maduraron condiciones sociales y se asentaron situaciones históricas. La lucha por la independencia de Cuba estuvo influida por la lucha

contra la expansión de los Estados Unidos. Los restantes movimientos de liberación contra el yugo colonial en América Latina no estuvieron influidos por el antimperialismo, porque cuando tales movimientos se produjeron, a principios del siglo pasado, el proceso de expansión norteamericano no había alcanzado un nivel de desarrollo más allá de las fronteras nacionales. A lo largo de todo el proceso histórico de nuestra guerra independentista estuvo presente, como una realidad amenazadora, la posibilidad de caer en las entrañas del monstruo yanqui.

En 1795 se suscribe entre España y los Estados Unidos el Tratado de Amistad y Límites de Navegación, se inicia, de acuerdo con algunos investigadores, la ingerencia de los norteamericanos en Cuba.

Thomas Jefferson declaraba ya en 1805, que:

«...comenzaba a considerar toda la Corriente del Golfo como agua jurisdiccional norteamericana».

Y más tarde, siendo Presidente de los Estados Unidos, declaraba al gobierno inglés, que «...en caso de guerra con España, los Estados Unidos se apoderarían de Cuba».

En 1823, Monroe afirmaba, que: «agregar a Cuba era lo que necesitaban los Estados Unidos, para que la nación americana alcanzara el mayor grado de interés».

Y continuaba con esta afirmación: «Siempre la miré como la adquisición más interesante para nuestro Sistema de Estado».

El 28 de abril de 1823, John Quincy Adams, Secretario de Estado, declaraba que:

«Hay leyes de gravitación política como leyes de gravitación física; y Cuba, separada de España, tiene que gravitar hacia la Unión, mientras que la Unión, en virtud de la propia Ley, no iba a dejar de admitirla en su propio seno. No hay territorio extranjero que pueda compararse, para Estados Unidos, como Cuba. Esas islas, Cuba y Puerto Rico, por su posición local, son apéndices del Continente Americano, y una de ellas, la de Cuba, casi a la vista de nuestras costas, ha venido a ser de trascendental importancia para los intereses políticos y comerciales de nuestra Unión».

Así decía Adams.

En 1852 Francia e Inglaterra proponen suscribir un tratado tripartito en el cual esas dos potencias y Estados Unidos renunciarían a toda idea de dominación en Cuba. El Secretario de Estado de Estados Unidos contestó a esta proposición diciendo que:

«Los Estados Unidos, de esta forma, se atarían las manos para hacer una adquisición que se podría hacer

sin disturbios y en el orden natural de las cosas».

En el propio año de 1852 los Estados Unidos afirman:

«Si después de haber ofrecido a España por la Isla de Cuba un precio superior a lo que ella vale, nuestra oferta es rechazada, el momento había llegado de considerar si Cuba española pone o no en peligro nuestra paz interior y la existencia de nuestra Unión. Si la responsabilidad es afirmativa estaremos justificados para arrancarla del poder de España».

Claro que lo que preocupaba a los Estados Unidos no era que potencias extranjeras rivales pudieran tener su predominio en Cuba. A los Estados Unidos lo que le interesaba era Cuba, y prueba de que éste era su interés lo evidencia el hecho de que, cuando el gobierno yanqui declaró la guerra a España en 1898, el gobierno español, por todos los medios ofreció distintas fórmulas de solución para evitarse una derrota, como la que en efecto tuvo. Estados Unidos rechazó esas ofertas, hechas aún antes de iniciarse las operaciones militares, y las rechazó porque quería ejercer una influencia poderosa sobre Cuba a través de la ocupación militar de la Isla, y anexarse otras colonias españolas.

Es que han estado en contradicción la independencia de Cuba y el desa-

rollo expansionista e imperialista de los Estados Unidos. Es una contradicción que la historia ha mostrado como insalvable, y lo evidencia la actual posición de los Estados Unidos frente al hecho de la liberación completa de Cuba. Pero lo realmente importante es que esta contradicción no es más que reflejo de la contradicción entre los Estados Unidos, su expansión territorial y su desarrollo imperialista posterior, de un lado, y el resto de los pueblos del mundo, del otro. Cuba refleja, en toda su historia, como ninguna otra nación, esta contradicción, y si ha ganado la importancia que hoy tiene en la política internacional es porque en nuestro país han chocado con más fuerza acaso que en ninguna otra parte del mundo, el desarrollo expansionista e imperialista de los Estados Unidos y el derecho de los pueblos a la conquista de la soberanía e independencia nacionales.

Todas estas circunstancias hacen que la conciencia del peligro yanqui naciera en nuestro pueblo aún antes de que el fenómeno adquiriera categoría de realidad universal. Las primeras intenciones imperialistas de los Estados Unidos estuvieron enfocadas hacia Cuba. Y la primera manifestación bélica del imperialismo yanqui fue su intervención en la Guerra de Independencia de Cuba. Cuba era, de acuerdo con la predic-

ción tan conocida de John Quincy Adams:

«La fruta madura que caería en manos norteamericanas».

Pero lo cierto es que la fruta maduró tanto, que su semilla cayó sobre la tierra fértil de la Patria querida y de ella emergió un árbol de profundas raíces, inflexible tronco y de empinada copa que está brindando a América y al Mundo nuevas y ricas frutas, y que está regando otras semillas a lo largo de las tierras vírgenes de nuestra América en donde puja hoy por nacer un bosque de pinos nuevos. Y ese bosque crecerá junto al pantano estéril del capitalismo para decirle al mundo:

«Esta sí es la verdadera América». ¿Y cómo maduró la fruta? La amenaza del imperialismo influyó sobre el ideario político de nuestros más esclarecidos combatientes, especialmente sobre José Martí y Antonio Maceo. Logramos formar una conciencia del país libre en la lucha a muerte contra la colonia española y contra el imperialismo yanqui. Y éramos, desde luego, una sociedad y un país que tenía condiciones de desarrollo económico para alcanzar la genuina independencia.

Hay que señalar concretamente las situaciones históricas que hicieron posible que, no obstante los enormes obstáculos, nuestro país pudiera superar las grandes dificultades que en-

contró en su camino hacia la independencia, primero, y hacia la liberación definitiva, más tarde. Para ello, debemos analizar el vigor de la naciente burguesía cubana en la primera etapa de la lucha por la independencia y el carácter social de nuestra formación desempeñó cada una de las capas y clases sociales; y en este conjunto de situaciones debemos situar a Maceo como héroe que surge en la historia de Cuba, representando, en un momento dado, los intereses del pueblo.

Es justo siempre tener en cuenta que los grupos más progresistas de la burguesía cubana del siglo XIX jugaron un importantísimo papel en la formación de la conciencia separatista. Los revolucionarios de hoy debemos rendir tributo de admiración a los cubanos acomodados que en la década del 68 al 78, desencadenaron, organizaron y dirigieron nuestra primera guerra contra el régimen colonial: guerra heroica, extraordinaria y en la que los burgueses revolucionarios liberaron a los esclavos, llamaron al pueblo a pelear y demostraron una vitalidad, una pujanza y una fuerza como es difícil encontrar otra igual en la historia de América.

En Guáimaro,¹ los sectores más progresistas de nuestra burguesía peleara, vencieron las ideas conservadoras que pretendían un mando per-

sonalista dentro de la guerra. Las concepciones liberales de los grupos de avanzada, liderados por Ignacio Agramonte, representaron un paso de progreso de las masas. Sin embargo, las ideas políticas creadas a tono con las concepciones de la clase que dirigía entonces la guerra, no fueron capaces de ofrecer formas y métodos de gobierno en los que quedara garantizada la participación democrática de las masas combatientes, o de sus representantes, en la dirección política de la revolución, y al mismo tiempo, las exigencias de la dirección fuerte, respetada y capaz de decisiones rápidas.

El antagonismo entre los jefes militares mambises, producto precisamente de esas contradicciones, fue otro factor que influyó en el fracaso bélico. La falta de unidad popular condujo a la derrota. Y faltó la unidad del pueblo, en virtud de la contradicción de que los principales representantes de las masas combatientes no eran quienes tomaban las más importantes decisiones políticas, entre ellas el Pacto del Zanjón, contra el que se rebeló Maceo, para salir de esta forma convertido en el líder natural de las masas revolucionarias. Por todas estas razones, desde finales

¹ Pueblo de la provincia de Camagüey en que se celebró una Asamblea Constituyente de los insurrectos cubanos, en 1869. Ellos aprobaron la Constitución de Guáimaro, que fue la primera que tuvo la República en Armas (N. de R.).

de la contienda, se venía produciendo el desplazamiento de la dirección de la guerra, de manos de hacendados y criollos de cierta fortuna que la comenzaron en Yara y Guáimaro, hacia hombres de extracción humilde, como Antonio Maceo, Máximo Gómez, Guillermo Moncada, Flor Crombet, José Maceo y tantos otros. Maceo, mulato, campesino arriero y con excepcionales dotes de inteligencia y atractivo personal, encarna, sin lugar a dudas, la figura más representativa de la gran masa de combatientes.

Pero ello no bastaba. Hacía falta un trance decisivo para probar la calidad revolucionaria de los combatientes y la posición de las distintas capas y clases sociales. Periódicamente la historia produce estos trances; son los momentos en que la calidad del dirigente se pone a prueba. Los grandes líderes se forman y engrandecen en tales momentos, es decir, cuando las circunstancias aparecen más difíciles para la causa que defienden; cuando hacen falta mayor conciencia, inteligencia y audacia, en la defensa del ideal por el que se lucha.

Los supuestos representantes de los cubanos en armas convinieron con España las condiciones de paz sin independencia; sin consultar con muchos de los combatientes, y especialmente con Maceo, aceptaron la

liquidación de la contienda insurreccional; pero Maceo era ya el General Antonio, respetado y temido, cuando se produce el Pacto del Zanjón.

Al principio, las noticias de semejante situación le llegan del propio campo enemigo. Maceo no puede creerlo; era para él imposible concebir tales infundios. Pronto, cuando tiene conocimiento oficial de los hechos, se enfrenta a ellos con una valentía y una decisión revolucionaria que lo colocan a la altura del momento. No acepta el Pacto del Zanjón ni la derrota en la guerra; y se enfrenta incluso al criterio del General Gómez, su amigo, a quien además considera su maestro. No teme ni vacila en plantearle a Gómez, con toda energía, a quien le reconoce jerarquía política superior, sus firmes puntos de vista. No teme hacerlo; en primer lugar, porque en cuestiones de principios Maceo no tiene temores. Y no teme hacerlo, además, porque sabe que frente al enemigo común de la metrópoli, Gómez acabará por coincidir, y reconocer su propio error.

Resuena hoy con su fuerza original la frase de Maceo a Martínez Campos, que varias veces ha sido repetida en la conmemoración del 7 de Diciembre:

«¿Qué ganamos con una paz sin independencia, sin abolición total de la

esclavitud, sin garantía para el cumplimiento, por parte del Estado español?».

Entonces no se logró la paz con independencia, la paz con garantías, «la paz con dignidad», y el resultado fue que la metrópoli española, soberbia y arrogante, no cumplió siquiera sus pobres promesas. Como recordaba hace un año, el 7 de Diciembre, el compañero Raúl Roa, Maceo proclamó la necesidad de combatir «hasta la última gota de sangre del último patriota». «La disyuntiva de independencia o muerte, no era una metáfora, sino un imperativo» —sigue diciendo Roa en su panegírico del año pasado.

La fuerza de la disyuntiva: «Independencia o Muerte», se derivaba del carácter irreconciliable del antagonismo entre Cuba y la metrópoli. ¿Quiénes podían apreciar mejor lo irreconciliable de dicha disyuntiva? Por un lado los sectores más alertas de la burguesía, de la pequeña burguesía y de la intelectualidad, que habían heredado el sentimiento patriótico de las luchas anteriores; y, por otro lado, las clases y capas sociales para las que no cabía siquiera la más remota posibilidad de ver satisfechos sus intereses en la organización social y económica de nuestro país en aquella época; es decir, los esclavos liberados, los campesinos hambrientos y la población trabajadora en general.

¿Quiénes eran incapaces intelectualmente de entender la incompatibilidad entre el sistema colonial y las necesidades del pueblo de Cuba? En primer lugar, los que no tenían sensibilidad patriótica para el sacrificio, los burócratas que podían acomodarse a situaciones ventajosas en el Gobierno de la metrópoli; y en segundo término, las capas y clases a cuyos intereses convenía mantener la situación social.

Los que se conformaban con las migajas que les entregaba el Estado español, con siempre ocurre, inventaron contra Maceo y demás líderes separatistas las más absurdas leyendas. Lo que constituía para Maceo una situación incompatible con el proceso de desarrollo de Cuba, le fue señalado como tozudez, soberbia, espíritu revanchista, odio a España. De romanticismo, quijotismo y locura fue señalada su sabia y valiente posición en Baraguá. Los tímidos y vacilantes propalaron todo género de injurias; sin embargo, hoy no recordamos a los tímidos y vacilantes, hoy recordamos a Maceo. Sin la Protesta de Baraguá² y la actitud posterior de Maceo, a tono con

² Entrevista sostenida por el Gral. Maceo con Arsenio Martínez Campos, jefe del Ejército y Gobernador español de Cuba, el 15 de marzo de 1878. Campos intentó que Maceo depusiera las armas para completar así la «pacificación», iniciada en el Zanjón; Maceo se opuso resueltamente a claudicar y decidió continuar la guerra. (N. de R.)

la intransigencia de entonces, no conmemorariamos hoy, 7 de Diciembre, la muerte de todos los que han caído luchando por la libertad de Cuba. Porque la historia sólo recuerda a los que luchan defendiendo un principio; la historia no recuerda a los que por miedo, indecisión, duda o vacilación transigen ante los obstáculos que se presentan en la realidad inmediata.

La diferencia entre el revolucionario y el combatiente que vacila está precisamente en esa intransigencia. El revolucionario comprende una verdad objetiva expresada en un principio, y por esa verdad está dispuesto a todos los riesgos. Prefiere incluso el riesgo de una derrota inmediata antes que la claudicación, porque el revolucionario sabe que la razón de su fuerza está en la defensa de ese principio; y la defensa del principio, el revolucionario la convierte en uno de sus más nobles y puros sentimientos. La dignidad nacional ultrajada en el Zanjón se transforma para Maceo en un sentimiento profundo. Para poder apreciar cuán hondo caló en su corazón la vergonzosa claudicación, recordemos que, en tierna carta a José Martí, le declaraba con ocasión de la muerte de su madre Mariana Grajales:

«Tres veces en mi angustiada vida de revolucionario cubano he sufrido las más fuertes y tempestuosas emo-

ciones de dolor y tristeza... ¡Ah! ¡qué tres cosas!: mi padre, el Pacto del Zanjón y mi madre».

Es decir, en los sentimientos más profundos del hombre estaba la dignidad nacional ultrajada en el Zanjón. Sólo quien fuera capaz de identificar el dolor de la Patria mancillada, podía ser capaz de impulsar al pueblo a vengar el crimen cometido contra él. Por esto podemos medir lo que Maceo quería a la madre, al padre y a la Patria.

Los escépticos que vieron en la Protesta de Baraguá un gesto inútil no podían entender que hay posiciones de principios capaces de proporcionar fuerzas de largo alcance histórico. Maceo, siendo intransigente en la defensa de la dignidad nacional, estaba luchando por un objetivo que era en el fondo una necesidad del desarrollo económico y social. Había que ser muy miope, políticamente hablando, como los autonomistas, para no comprender esta verdad objetiva, y claro que las capas acomodadas de la población no la podían entender; pero para la gran mayoría del pueblo era una necesidad y se convirtió en un ideal, en una noble y alta aspiración. Por eso pudo decir Martí en 1893:

«Tengo ante mis ojos la protesta de Baraguá, que es lo más glorioso de nuestra historia».

La burguesía criolla había salido arruinada económicamente de la guerra y derrotada como clase. Limitada políticamente por el poder de la metrópoli, que había ganado la guerra, arruinada económicamente en el proceso sangriento de la lucha armada, y vacilante históricamente por las condiciones en que tales situaciones la colocó, pierde la dirección de la revolución independentista. Importantes capas de la burguesía continuaban firmes en su posición separatista, pero ya no como clase social, con cohesión y dirección, sino como individuos y grupos de la clase social que había salido derrotada de la guerra.

De esta forma, la pequeña burguesía, los sectores de la intelectualidad revolucionaria, los artesanos, campesinos y esclavos liberados, foman definitivamente sobre sí la responsabilidad de dirigir el movimiento independentista. La bandera de la Patria pasó así a manos de las masas. Y ya, de aquí en adelante, sólo serán las masas las que puedan defender frente a todos los obstáculos y vicisitudes, el estandarte nacional, el sentimiento patriótico, los principios de soberanía nacional y autodeterminación y los derechos de Cuba en el concierto de países libres.

Las masas populares son, desde Baraguá hasta Playa Girón, las únicas que pueden ofrecer resistencia a la

ingerencia extranjera e impulsar el desarrollo económico y social de Cuba.

La burguesía nacional no concluyó con éxito su revolución, y sólo dejó para la posteridad el ejemplo de su heroísmo y las ideas más progresistas de su época y de su clase.

En consecuencia, sólo las ideas políticas y sociales capaces de interpretar los intereses de las masas, podían organizar una sociedad nacional en Cuba, realmente libre e independiente.

Pero es ésta que señalamos, la época en que el capital industrial y el bancario comienzan a fusionarse y en la que se da inicio a la exportación del capital de Estados Unidos hacia otros países. En Cuba, después de 1880, las inversiones norteamericanas empiezan a influir sobre nuestra economía.

Dos procesos van a desarrollarse en los últimos 20 años del siglo. Ambos han de afectar sustancialmente la historia de Cuba. De un lado, el tránsito del capitalismo norteamericano hacia el imperialismo, que tiene su reflejo en el inicio de la inversión yanqui en Cuba después de 1880; y del otro lado, el fortalecimiento del carácter popular de la revolución independentista, que determina que la misma alcance una fuerza decisiva. La posición de Maceo en la historia es la resultante, primero, del ascenso

revolucionario de las masas, de las que él surge como un genuino representante; segundo, de su intranigente defensa al principio de soberanía de Cuba, que se convirtió en una necesidad del desarrollo económico y social y, tercero, de su preocupación por los peligros de la intervención yanqui, principalmente después del Pacto del Zanjón, que comienza a ser algo más que un peligro; comienza a ser una triste realidad.

José Martí se convierte en el factor aglutinante y en el elemento organizador de todos los sectores de la población cubana que iban a continuar la lucha armada por la independencia. Maceo, por su extracción social, su prestigio militar y por las demás razones antes apuntadas, deviene el representante más puro de las grandes masas que integran el Ejército Libertador.

Las condiciones van madurando, la conciencia se va desarrollando y se llega así a tener ideas muy claras acerca de la estrategia insurreccional y de las formas organizativas capaces de darle unidad a la lucha e incorporar a todo el pueblo.

¿Qué carácter ha de tener el Movimiento Revolucionario Cubano en 1895?

Descubrámoslo en su estrategia, en su organización y en la composición social del Ejército Libertador.

Antes que nada, un hecho: el fracaso de «La Fernandina».

Martí había preparado celosamente tres expediciones armadas para desencadenar una guerra rápida y efectiva. Las autoridades yanquis las descubrieron y se incautaron de armas y embarcaciones, haciendo fracasar aquel empeño. Fue el momento más triste de la vida del Apóstol, fue el primer gran zarpazo que los yanquis le daban a la causa de Cuba; entonces dijeron cumplir tratados y leyes internacionales, para evitar que aquellos hombres y aquellas armas llegaran a su destino. Años más tarde, cuando el ejército yanqui interviene en Cuba, dijeron también que lo hacían en nombre de los principios internacionales; y desde luego hoy, en 1962, cuando preparan y organizan fuerzas armadas contra Cuba y se disponen a emplear su propio ejército para atacarnos, también dicen hacerlo en nombre de principios internacionales. Y es que para el imperialismo no hay más principio internacional que sus propios y voraces intereses.

La idea de la invasión de Oriente a Occidente como un método capaz de movilizar a toda la Isla en la lucha armada, parte del propósito de que todas las capas del pueblo se incorporen en las seis provincias a la insurrección. La preocupación de que se unifique la dirección política y mi-

litar de la lucha para evitar los errores del 68, evidencia hasta dónde hay conciencia ya de esos errores. La organización del Partido Revolucionario Cubano en 1892, con células o clubes de trabajadores, garantizará los recursos y la ayuda necesaria de los cubanos en el exilio, sin que esa ayuda tenga que reducirse a los dueños de fortunas o a los de mejor posición económica. Los obreros tabaqueros exilados en Tampa y Cayo Hueso van a constituir la base social original del Partido Revolucionario Cubano.

Estos principios organizativos representan un enorme progreso ideológico con relación al 68 y constituyen en las condiciones históricas de Cuba en 1895 algo realmente extraordinario.

¿Y qué papel jugaron Martí y Maceo como dirigentes de la guerra?

El carácter y la fuerza que la dirección revolucionaria le dio a la guerra estuvo a la altura de sus máximas posibilidades históricas; pero es más, en algunas cuestiones puede decirse que la dirigencia de Maceo y Martí saltó por encima de la época. Ambos concibieron muy claramente el carácter antimperialista que había necesidad de darle a la lucha por la independencia de Cuba. Nadie puede dudar hoy que el pueblo de Cuba tuvo en los últimos años

del siglo pasado, hombres capaces de plantearse en una forma consecuente con su época el fenómeno del imperialismo yanqui; y si el desarrollo del imperialismo yanqui constituye uno de los hechos fundamentales del desarrollo de toda la humanidad en el siglo XX, hay que llegar a la conclusión de que, cuando se escriba la verdadera historia de América tendrá que recoger que el pueblo, cubano dio en 1895 hombres realmente universales.

No podrá la historia de América ignorar, pasar por alto o dejar a un lado aquel purísimo pensamiento del Apóstol con que comienza la Segunda Declaración de La Habana:

«Ya puedo escribir... ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber, para impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré es para eso...» Más adelante decía Martí en la propia carta a Manuel Mercado, refiriéndose a este propósito:

«En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, por que hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas y, de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiadas recias para alcanzar sobre ellas el fin».

En la época de Martí también la prensa norteamericana ofendía la dignidad de Cuba. El 25 de marzo de 1889, en un artículo publicado en Filadelfia, intitulado «Vindicación de Cuba», el Apóstol refuta una crítica ofensiva que se le hiciera a nuestra patria. Dijo entonces:

«Ningún cubano honrado se humillará hasta verse recibido como un apestado moral por el mero valor de su tierra, en un pueblo* que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter».

Hoy, sin embargo, cuando la capacidad, la virtud y el carácter del pueblo cubano son reconocidos por todos los pueblos de la tierra, hay cubanos que se han ido al país que les niega su capacidad, que les insulta su virtud y que les desprecia su carácter.

¿Y cómo es posible que haya hijos de esta tierra que por ignorancia, por maldad o por mezquino interés olviden estas enseñanzas y prefieran ir allá, al país...» «que les niega su capacidad, que les insulta su virtud y que les desprecia su carácter?» Es que estos cubanos que van allá no tienen capacidad, no tienen virtud, no tienen carácter; son los mismos a que se refería el Manifiesto de Montecristi³ en aquel párrafo que decía:

«Apenas podrá creerse que con semejantes mártires y tal porvenir hu-

bera cubanos que atasen a Cuba a la Monarquía podrida y aldeana de España y a su miseria inerte y viciosa. Apenas puede creerse hoy, si la realidad no lo confirmara, que haya cubanos que puedan atarse «al Norte revuelto y brutal» de la frase inmortal de Martí, cuando Cuba es hoy esperanza de un mundo, ilusión de cientos de pueblos y admiración de todos los hombres capaces de amar a la humanidad.

En Maceo la preocupación antimperialista está expresada en más de una oportunidad.

En cierta ocasión alguien le afirmó: «Que Cuba llegaría a ser, por la fuerza de las circunstancias, una estrella más de la constelación americana».

Maceo, rápido y enérgico, contestó: «Aunque me parece imposible, si ello fuera cierto, sería el único caso en que tal vez estaría yo al lado de los españoles».

Es decir, que el combatiente contra la metrópoli española, el que había dado todas las energías de su vida y los esfuerzos de su inteligencia y su capacidad a una lucha contra la colonia española, prefería llegar a con-

³ Documento firmado por Martí y Máximo Gómez, el 25 de Marzo de 1895, en el que se dan a conocer los principios que guiaban a la guerra revolucionaria recién comenzada en Cuba. Es uno de los documentos políticos más importantes de nuestra Historia. (N. de R.)

vertirse en aliado de sus enemigos irreconciliables, antes de entregar a Cuba a los Estados Unidos.

En julio 16 de 1896, en carta a José Dolores Poyo, Delegado en Cayo Hueso, Maceo escribe:

«¿A qué intervenciones ni ingerencias extrañas que no necesitamos ni convendrían? Cuba está conquistando su independencia con el brazo y el corazón de sus hijos; libre será en breve plazo sin que haya menester otra ayuda».

En 26 de julio de 1896 —interesante coincidencia— desde el Campamento de «El Roble», dirige Maceo al Dr. Alberto Díaz una carta con el siguiente párrafo:

«No me parece cosa de tanto interés el reconocimiento oficial de nuestra beligerancia, que a su logro hayamos de enderezar nuestras gestiones en el extranjero, ni tan provechosa al porvenir la intervención americana, como supone la generalidad de nuestros compatriotas.

Creo más bien que en el esfuerzo de los cubanos que trabajan por la independencia patria se encierra el secreto de nuestro definitivo triunfo, que sólo traerá aparejada la felicidad del país si se alcanza sin aquella intervención».

Cuenta el cronista de Maceo, General José Miró Argenter:

«...la idea, y sobre todo el regocijo que despertaba en algunos espíritus la decisión final del pleito por la intervención de la República de Cuba, era motivo de profunda inquietud de Maceo».

La incompatibilidad entre los intereses de la revolución y la intervención americana en la guerra, puede observarse en el pensamiento de Maceo, con toda claridad, en la carta que dirige a Federico Pérez Carbó: «De España jamás esperé nada; siempre nos ha despreciado. Tampoco espero nada de los americanos. Todo debemos fiarlo a nuestros esfuerzos; mejor es subir o caer sin su ayuda que contraer deudas de gratitud con vecino tan poderoso».

Los temores de Maceo ante la impaciencia y desviación de los Delegados cubanos en el extranjero, le hacen escribir a Tomás Estrada Palma, que más tarde fuera el primer instrumento yanqui en la República mediatizada, lo que sigue:

«Como que a todos interesa la más pronta terminación de la guerra y veo en los papeles públicos que se discute si los Estados Unidos deben o no intervenir en esta guerra y sospechando que usted, inspirado en razones y motivos de patriotismo, trabaja sin descansar por alcanzar para Cuba lo más que pueda, me atrevo, por mi parte, a significarle que no necesitamos de tal intervención para

triunfar en plazo más o menos largo; y si queremos reducir ese plazo, tráigame a Cuba 25 ó 30 mil rifles y un millón de tiros, en una o dos expediciones».

Efectivamente, el poder colonial de España en Cuba era ya impotente para sostener su dominación sobre el país. Extendida la revolución a todas las provincias, el despotismo apeló a la famosa reconcentración de Weyler. Todos sabemos, por dolorosa experiencia, que cuando un régimen tiene que apelar a esos procedimientos es síntoma inequívoco de su impotencia militar y política. Nadie duda que «en tiempo más o menos largo», —como afirmara Maceo— el triunfo de la causa separatista estaba ya a la vista; pero entonces tiene lugar el encuentro de Punta Brava y cae sobre la tierra cubana el General Antonio. Junto a él iba Panchito Gómez Toro, el hijo de Máximo Gómez, su jefe, su maestro, su amigo. Joven de sólo 20 años, Panchito Gómez Toro había desembarcado en Cuba poco antes, por occidente, y se había unido a las tropas de Maceo. Su muerte junto al Titán de Bronce es todo un símbolo de la unión entre la generación peleadora de 1868 y la nueva generación revolucionaria de 1895.

La muerte de Maceo significa la pérdida de la más recia personalidad

militar y política que hubiera podido salir de la guerra. Representa también la desaparición del General de nuestro Ejército Libertador que con mayor claridad y desarrollo revolucionario había comprendido la cuestión del imperialismo. Muertos Martí y Maceo, la revolución popular democrática pierde a sus dos mejores dirigentes antimperialistas. Y la victoria cubana sobre España se produce como no la quería Maceo: el encuentro histórico entre el naciente imperialismo yanqui y el movimiento popular de liberación tiene lugar con la intervención norteamericana en la Guerra de Independencia de Cuba. No puede calificarse de otra manera la intervención yanqui en Cuba en 1898. Intervinieron en nuestra Guerra de Independencia para desviar sus resultados. Intervinieron los mismos que durante todo el siglo habían estado entorpeciendo el proceso de independencia de Cuba.

Ya hoy los cubanos no tenemos duda, por la experiencia que hemos ganado en los últimos años, de cuáles eran las verdaderas pretensiones yanquis con relación a Cuba en 1898. Pero si se quiere recordar cuáles eran esos propósitos norteamericanos, repasemos un párrafo de las instrucciones que la Secretaría de Estado yanqui

enviara al jefe del ejército de operaciones norteamericano:

«Los cubanos son por lo general indolentes y apáticos. En ilustración, se hallan colocados desde la más refinada hasta la ignorancia más grosera y abyecta; su pueblo es indiferente en materia de religión, y por lo tanto, su mayoría es inmoral y a la vez de pasiones muy sensuales, y, como sólo posee nociones vagas de lo justo y de lo injusto, es propenso a procurarse los goces, no por medio del trabajo, sino por medio de la violencia, y como resultado eficiente de esta falta de moralidad es despreciador de la vida humana.

«Claro está que a nuestra consideración la anexión inmediata de elementos tan perturbadores y en tan gran número sería una locura, y que, antes de plantearla debemos sanear ese país. Habrá que destruir cuanto alcancen nuestros cañones con el hierro y el fuego, habrá que extremar el bloqueo para que el hambre y la peste, su constante compañera, diezmen sus poblaciones pacíficas y mermen su ejército, y el ejército aliado ha de emplearse constantemente en exploraciones y vanguardias, para que sufra indeclinablemente el peso de la guerra entre dos fuegos, y a él se encomendarán precisamente las expediciones peligrosas. Dominadas y retiradas todas las fuerzas españolas, sobrevendrá

una época durante la cual seguiremos ocupando militarmente el país, apoyando con nuestras bayonetas al gobierno que se constituya, aunque sea informalmente, mientras resulte minoría. El terror, por un lado, y la conveniencia por otra, harán que esa minoría se vaya robusteciendo. Llegado ese momento se crearán conflictos al Gobierno; es decir, debemos apoyar siempre al más débil contra el más fuerte hasta obtener el completo exterminio de ambos». Es una «preciosa» página de la historia del imperialismo. Casi pudiéramos decir que es el certificado de nacimiento del imperialismo yanqui, porque el imperialismo fue bautizado en tierra cubana en 1898; y en tierra cubana puede que se expida también su certificado de defunción. En 1898, para conseguir el reconocimiento por parte de los Estados Unidos de la independencia formal de Cuba, hubo que comprometerse a pagar varios millones de pesos en bonos de la República que se iba a crear. Este hecho se mantuvo oculto porque Estados Unidos, no obstante haberse apoderado de Filipinas y Puerto Rico, quería hacer ver ante el mundo como un propósito altruista lo que estuvo siempre determinado por sus intereses económicos.

El convenio fue suscrito entre Tomás Estrada Palma y Mr. Samuel Janney, banquero norteamericano de

Wall Street, que recibiría la suma de ciento cincuenta millones de pesos en bonos al 4 por ciento anual. Domingo Méndez Capote, en informe rendido al Consejo de Gobierno, reunido en Santa Cruz del Sur en el año 1897, incluyó cuentas de Tesorería de la Delegación Cubana en Estados Unidos, y el documento firmado en Nueva York por los señores «N.N.», en las que aparecen las negociaciones a que nos referimos y la solución final del asunto. En el acta final se revela que «N.N.» significa la firma de Tomás Estrada Palma y otros. Más tarde los Estados Unidos exigieron que los firmantes de esa acta ocuparan los cargos claves en el Gobierno cubano a los efectos de garantizar el cumplimiento de esas obligaciones. A estas razones, entre otras, son a las que hay que atribuirles que el primer Presidente de la República mediaticada fuera Tomás Estrada Palma.

Otro dato interesante en cuanto a las pretensiones yanquis sobre Cuba, revela la revista londinense «The Army», que publica, poniendo en boca del coronel Wood, lo que sigue: «Debemos limitar el concurso de los cubanos al servicio de prácticos o meros informadores del terreno. La acción de las armas debe ser exclusivamente nuestra, si es posible».

Desde luego, que tal cosa no fue posible, porque la participación del

general Calixto García y sus hombres fue lo que dio el triunfo contra España en Santiago de Cuba. En determinado momento, el general yanqui Shafter había decidido replegar sus fuerzas en el ataque a Santiago, pero el General cubano forzó la situación haciendo posible la victoria sobre las tropas españolas. Puede afirmarse con datos históricos, que la batalla decisiva que le dio la victoria a las tropas norteamericanas en Cuba, fue en realidad ganada por la participación del general Calixto García y sus tropas. Está comprobado que los norteamericanos no se habrían apoderado de Santiago de Cuba en 1898 de no contar con la cooperación que le brindaron los mambises al mando del general Calixto García.

Y una vez conquistada, gracias a esta ayuda decisiva, la plaza de Santiago, las tropas yanquis no permitieron que el Ejército Libertador entrara en la ciudad so pretexto de que no se crearan conflictos entre españoles y cubanos. Y más tarde, cuando como recuerdo a las históricas batallas de San Juan se levanta el monumento, tanto al soldado español como al soldado yanqui, se omitió al mambí, cuyo monumento sólo muchos años después es, colocado en el Parque de San Juan.

La intervención se produjo en un momento difícil para los cubanos,

cuando habíamos perdido los principales líderes, cuando estábamos gastados por una lucha de más de 30 años y cuando el pujante imperialismo norteamericano estaba en su proceso de ascenso. Y los cubanos tuvieron que enfrentarse a ese hecho, cansados de combatir y sin que estuvieran presentes sus mejores dirigentes. Y era un hecho descomunal, era un hecho de categoría histórica universal. Prueba de esto último, fue que más tarde, Lenin calificada a la guerra hispano-cubano-americana como la primera guerra imperialista de Estados Unidos.

Si hubiéramos sido entonces un pueblo sin historia, sin tradiciones revolucionarias, la colonización de Cuba y el sometimiento total de la Isla al imperio naciente hubiera sido un hecho que no habría encontrado contradicción insalvable. Pero éramos un pueblo con historia, con una larga guerra, con una interminable cadena de rebeldías. Eramos un pueblo que se había fortalecido en el combate y que había adquirido conciencia de sus derechos. Eramos un pueblo con alta conciencia nacional y que disponía de masas desposeídas que habían desarrollado una gran madurez política. Eramos un pueblo que en 1895 desencadenó la revolución popular y democrática a la que todavía hoy aspiran muchos pueblos.

Y., piénsese además, que si la guerra hispano-cubano-americana fue, como dijo Lenin, la primera guerra imperialista de los Estados Unidos, habrá que llegar también a la conclusión de que la Guerra de Independencia de Cuba fue el primer movimiento popular de liberación en el mundo con carácter antimperialista.

Las razones para los temores de Maceo y la angustia atormentada de Martí se vieron confirmadas en la realidad: el país que hizo la revolución popular en 1895 se vio desviado de su desarrollo libre, limitado en su libertad y cercenado en su soberanía. La famosísima Enmienda Platt y la entrega de las riquezas de nuestras tierras a la voracidad del impetuoso capitalismo yanqui, fue el resultado de aquel encuentro entre nuestro movimiento de liberación y el desarrollo del capitalismo norteamericano.

Siempre hubo cubanos que se entregaron y que facilitaron la intervención de Cuba por los Estados Unidos. Hubo cubanos que, traicionando los ideales de Maceo y Martí, permitieron la Enmienda Platt, facilitaron la disolución del Ejército Libertador, la venta de las tierras a capital extranjero y entregaron la economía de Cuba, no «al comercio libre de los pueblos» como quería

Martí, sino a la explotación vergonzosa del imperialismo yanqui.

Bajo esas condiciones de explotación imperialista se desarrolló la burguesía cubana del siglo XX. La burguesía cubana de la República mediatizada no era en realidad la heredera histórica de la burguesía revolucionaria del siglo XIX. No tenía raíces nacionales. La burguesía de Cuba no tenía nada que ver con nuestras tradiciones o nuestra historia.

El magnate azucarero que representaba a la burguesía cubana en los años anteriores a la Revolución, no estaba relacionado, históricamente, con Carlos Manuel de Céspedes y con Francisco Vicente Aguilera; era un burgués improvisado y postizo, nacido como consecuencia de una economía parasitaria, de una estructura económica para la explotación del país por el extranjero; es decir, era el producto de la intervención del capitalismo extranjero en nuestra economía.

Así se organizó nuestra sociedad; así se estructuró nuestra economía; así se conformó nuestro estilo de vida.

La nación que alumbró a un Maceo y a un Martí, fue presidida después por un hombre incapaz, al servicio de los intereses yanquis, como Estrada Palma; por un corrompido como José Miguel Gómez; por Zayas y por un asesino como Machado.

Ese fue el producto triste de la intervención yanqui; ese fue el fruto amargo de nuestro encuentro con el imperialismo.

En los años 20 renace la protesta del pueblo contra el imperialismo. Con la inversión del capitalismo norteamericano en Cuba, había alcanzado ya fuerzas una clase obrera, que se hacía la heredera de nuestras mejores tradiciones de lucha. La intelectualidad revolucionaria y el estudiantado, unidos a la clase obrera, se lanzaron a la protesta cívica, al combate callejero y a la huelga política.

En 1933, la huelga general revolucionaria derrota a la tiranía proimperialista de Machado; pero entonces se produce otra intervención yanqui en nuestra Historia. El imperialismo aliado de los peores intereses en Cuba, se enfrenta al pueblo y detiene la acción de las masas. La situación internacional le favorece. Fulgencio Batista, como representante de los intereses extranjeros, aliados a la burguesía cubana, que, como hemos dicho, no era heredada de las tradiciones revolucionarias, es el nuevo instrumento que utilizan los yanquis para contener el movimiento de protesta. Se apela así a la represión, a la violencia, a la fuerza militar. El ejército profesional, al servicio de la oligarquía y de los imperialistas, se

convierte en el baluarte final de esos intereses.

Una profunda descomposición moral, que se manifiesta en la corrupción de las costumbres públicas, dominaba ya a todos los círculos dirigentes de la sociedad. Esta descomposición moral, esa corrupción, que los cubanos de la generación presente podíamos palpar hace sólo unos años, era producto de que los dirigentes de nuestro país estaban desvinculados de las tradiciones revolucionarias de Maceo y de Martí porque estaban ligados a los intereses económicos del imperialismo.

Mientras más se relacionaban con el imperialismo, más se distanciaban del pueblo, más profunda era la corrupción y menos resistente era aquella sociedad para hacerle frente al movimiento revolucionario.

En esta situación, a los intereses de la oligarquía y el imperialismo sólo les queda la posibilidad de la fuerza bruta. Apelan a la fuerza del ejército profesional, porque no tienen resortes políticos y sociales para enfrentarlos a la embestida de las masas. Pero la fuerza bruta, al emplearse contra el pueblo, revive el sentimiento patriótico y de combate a la injusticia que latía en las capas más inquietas de nuestro pueblo.

Las tradiciones cubanas habían influido mucho sobre el pueblo. Los nombres de Martí y Maceo habían

prendido muy profundamente en los cubanos y, en un momento determinado, el ahogo de las condiciones económicas y sociales concurre con situaciones políticas de feroz tiranía y represión. La intelectualidad progresista, el campesinado, la clase obrera y las capas más pobres de la pequeña burguesía, que habían recibido del pasado un espíritu combatiente y de intransigencia contra lo arbitrario e injusto, encontraron un camino, una estrategia, una forma de lucha: el combate a la tiranía y a la feroz represión.

Los jóvenes, los obreros y campesinos, las mujeres que se lanzaron a la lucha armada contra la tiranía de Batista, las minorías de vanguardia que desencadenaron aquella lucha, habían bebido en la historia del pensamiento y el ejemplo de nuestros grandes mártires por la independencia. Por eso pudo Fidel Castro decir en el juicio del Moncada, cuando el fiscal lo interrogó sobre el autor intelectual del asalto al Cuartel:

«José Martí fue el autor intelectual de este Movimiento».

Efectivamente, sobre Fidel Castro y los combatientes influyó la tradición revolucionaria de un pueblo luchador, que se manifestó, incluso, en la estrategia y táctica insurreccional. La idea de la invasión como estrategia insurreccional encaminada a ahogar al enemigo, que inmortalizó

a Maceo, estuvo muy clara en los hechos de Fidel, de Camilo, de Raúl y del Ché Guevara. La propia táctica de guerrillas y de ataque sorpresivo que hubo de utilizarse por los combatientes del Ejército Libertador, fue el método, de lucha que los Rebeldes de nuestra época desarrollaron hasta sus últimas consecuencias. La idea de un ejército de campesinos y desposeídos, con severa disciplina basada en el honor patrio, que sirviera de garantía en el combate contra el enemigo y en defensa de la República soberana, estaba presente en todo el trabajo organizativo y político de 1895 y fue orientación fundamental de nuestro Ejército Rebelde.

A nadie le pueden caber dudas, sobre el hecho de que la estrategia, táctica, organización y composición social del Ejército Rebelde, comandado por Fidel Castro, eran muy similares a la del Ejército Libertador, a cuyo frente estaban Máximo Gómez y Antonio Maceo. El ejército español era el último sostén del poderío de la sociedad colonial; el ejército de la tiranía en los años recientes, lo era del dominio imperialista yanqui en Cuba. Haber entendido que «la dirección del golpe principal» debía ir encaminada a destruir la base física, es decir, la base militar del enemigo, fue el acierto determinante de los mambises, y también,

60 años más tarde, de nuestro guerrilleros rebeldes.

El pueblo de Cuba concluyó el primero de Enero de 1959 la insurrección popular y democrática que había quedado trunca cuando la intervención yanqui en 1898. Esa insurrección popular conquistó el poder revolucionario y llevó en unos meses hasta sus últimas consecuencias las medidas reivindicadoras. Los ideales de Antonio Maceo y de José Martí se han ido convirtiendo en hermosa realidad.

El pueblo se integró en monolítica unidad, y a su vanguardia estuvo el Ejército Rebelde, heredero del Ejército Libertador.

Pero si la revolución popular y democrática en las condiciones de 1898 resultó imposible, en las de 1959 y 1960 no sólo triunfó, sino que, además, alcanzó un desarrollo mucho más profundo hasta adquirir el carácter socialista que hoy tiene. Y es que, frente a cada medida reivindicadora, reaccionó violentamente el imperialismo, y frente a cada reacción del imperialismo, el Gobierno y el pueblo cubanos, adoptaron nuevas y más profundas medidas revolucionarias.

¿Contra qué reaccionó el imperialismo? Ante todo, contra la revolución popular y democrática, contra la misma revolución que había reaccionado en 1898. Pero al reaccionar

contra la revolución de las masas atacó también la soberanía de Cuba. Igual que en 1898, para desviar los resultados de la guerra hubo de cercenar la independencia, en 1959 y 1960, para actuar contra el movimiento popular y las medidas revolucionarias, hubo de atacar a nuestra soberanía.

Es lo que decíamos; el principio de soberanía de Cuba, al ser traicionado por los burgueses en los últimos 60 años, se convirtió en la bandera de la lucha del movimiento popular y democrático. Por eso el principio de soberanía de Cuba sólo ha podido ser defendido con fuerza y efectividad por la revolución que interpreta las aspiraciones y los intereses de las masas del pueblo; es decir, por la revolución popular y democrática primero, y por la revolución socialista, después.

La consigna de «Independencia o Muerte» de los libertadores, equivale a la de «Libertad o Muerte» de nuestros milicianos y combatientes revolucionarios de hoy. Es decir, que la Revolución cubana ha establecido muy claro que el carácter popular democrático, y socialista más tarde, estaba relacionado con las formas nacionales y la defensa de la Patria y de nuestra soberanía.

Hemos tenido una gran tradición en esta línea, pero nuestro sentimiento patriótico no es producto del «chau-

vinismo», porque los cubanos siempre hemos defendido a la Patria, pero siempre hemos tenido un sentido universal. Ese sentido universal se expresa en aquel párrafo del Manifiesto de Montecristi, que dice:

«La guerra de independencia de Cuba, nudo de haz de islas donde se han de cruzar en el plazo de pocos años el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano y esfuerzo oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas y al equilibrio aún vacilante del mundo».

¡Verdad que resulta extraordinario que dos cubanos, Gómez y Martí, expresaran estas ideas en 1895!

Jamás ninguno de nuestros grandes dirigentes ha puesto en contradicción la idea de la Patria con el sentimiento latinoamericano y universal; hoy, el mayor orgullo que sentimos es que defendiendo a la Patria, defendemos a los pueblos de América y del mundo entero.

En defensa de nuestro derecho a construir el régimen social que hemos escogido, por considerarlo el que se ajusta a los requerimientos del desarrollo histórico y a las necesidades de la verdadera libertad, y en defensa del derecho a la soberanía, estamos defendiendo no sólo al socialismo y a la soberanía de Cuba, sino que estamos defendiendo algo

más importante aún: estamos defendiendo la soberanía nacional y el socialismo en todo el mundo.

Hace sólo unas semanas, en los días cruciales del 26 y 27 de Octubre de 1962, el pueblo cubano entero estuvo dispuesto a luchar hasta inmolarse, si resultaba inevitable, por defender la soberanía y el socialismo. En aquellos días fue admirable la reacción del pueblo: admirable por su entereza y por su decisión; admirable por su madurez y por su conciencia política y admirable por su lealtad a América y al mundo.

Nuestra generación puede decir que ha vivido días extraordinarios, y en aquellos días del 26 y 27 de octubre estuvo presente en cada cubano la firmeza de Maceo en Baraguá, la conciencia latinoamericana y humana de Martí, la intransigencia revolucionaria de todos nuestros mártires. El pueblo entero se había convertido en Maceo; la entereza y decisión de Maceo latía en el corazón del pueblo.

¡Grandeza extraordinaria la de nuestros hombres y mujeres!

¡Privilegio extraordinario el de nuestra generación!

Los que se sorprenden de la bravura, decisión y heroicidad del pueblo cubano, será mejor que estudien la historia. Los que se extrañen de la profundidad y dimensión de nuestra Revolución, será mejor que repasen

la historia. Los que no acierten a entender cómo ha sido posible el triunfo de la revolución popular y democrática, será mejor que releen la historia de Cuba. En la historia de Cuba encontrarán las razones de este hermoso presente que estamos viviendo.

Hoy los cubanos no tenemos que honrar a los mártires afirmando que vamos a convertir en realidad sus ideales de justicia y dignidad; ya con esos deberes hemos cumplido y estamos cumpliendo. Honramos a todos los mártires diciendo que esta obra de hoy es el fruto del trabajo y de las luchas de ellos. El mejor tributo que podemos rendirles es afirmar a todos los pueblos que el movimiento revolucionario de Cuba tiene su origen en el movimiento libertador de los mambises. El más alto homenaje que podemos hacerles está en el hecho de nuestra Revolución. Cuba tiene historia y por eso Cuba tiene Revolución.

América tiene historia y por eso América tendrá Revolución.

El pueblo de Martí, Maceo, Mella, Gúiteras, Echeverría, Frank País y Camilo está colocado a la vanguardia de América, y levanta como bandera, como antorcha que ilumina a todo nuestro continente, la idea de la insurrección popular y democrática; y como esa idea nace de una necesidad objetiva del desarrollo de Amé-

rica, y está hoy en la conciencia combatiente de los mejores latinoamericanos, esa idea triunfará.

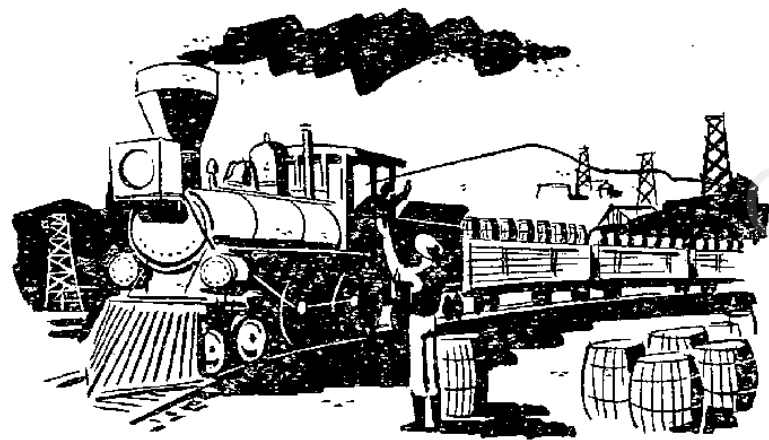
Este fue el ejemplo que nos enseñó Maceo; ésta fue la enseñanza que recibimos de Martí y ese ejemplo y esa enseñanza llegan hoy a todos los pueblos de América.

«Cuba es la gran Universidad del Continente» porque Cuba ha hecho la gran Revolución de América.

La Patria digna, trabajadora, justa, combatiente, es el homenaje que los cubanos de hoy rendimos a los patriotas de ayer.

El hecho de que seamos el ejemplo de América y vanguardia en la construcción de un mundo nuevo, es el mejor tributo a la memoria de los mártires.

Se confunden hoy en nuestro espíritu combatiente los gritos de rebeldía de todas las épocas, y como recuerdo a nuestros mártires, con gran orgullo patriótico, el pueblo de Cuba proclama ante América y el mundo: «Independencia o muerte», «Libertad o muerte», «Patria o Muerte», «Venceremos».



Introducción al estudio de la hegemonía en el estado (fin)

NICOS POULANTZAS

III. *El estado en la relación entre las clases dominantes*

Ahora bien, el concepto de hegemonía no puede limitarse al empleo que acabamos de hacer, breve, para su aplicación a la especificidad del estado moderno y a las particularidades del dominio de la clase o la fracción hegemónica sobre las clases dominadas. *En realidad, puede extenderse al examen de las relaciones de los intereses económicos y políticos entre las clases y las fracciones dominantes* en la formación social capitalista y conducirnos a la preparación de un esquema teórico que permita darnos cuenta de la problemática política de estas formaciones; utilización que no

ha sido hecha ni por el propio Gramsci ni por aquellos que después de él, han utilizado el concepto de hegemonía: hecho explicable en el caso de Gramsci debido a la medida en que, influenciado por Croce y principalmente por Labriola, cuyo pensamiento se sitúa en el contexto teórico de la Segunda Internacional, revela aún en determinadas ocasiones en sus análisis concernientes a la hegemonía, cierto tufo «subjetivista-voluntarista», lo que hace que reduzca con frecuencia la aplicación de este concepto al campo de las superestructuras y de las ideologías. Este es el esquema teórico que nosotros proponemos en las breves observaciones que aparecen a con-

tinuación, a título de hipótesis científica. Efectivamente, las clases o fracciones dominantes en esta formación se presentarán como estructuradas mediante el Estado, en un conjunto particular por la *hegemonía de un grupo social sobre una serie de grupos subordinados*. Esta función objetiva del Estado hegemónico no puede ser captada en sí misma por una referencia a una concepción acrítica y descriptiva que ve en el Estado un instrumento creado por la voluntad de la clase dominante: esta concepción, aplicada a la relación entre clases y fracciones de clases dominantes conduce a ciertas consecuencias que ya hemos indicado y las cuales debemos tratar más adelante.

En primer lugar, que no puede existir más que una clase dominante en relación con el estado, lo que, o bien reduce automáticamente a las otras clases a la categoría de clases dominadas, o bien da a entender que la relación entre dominantes y dominados se sitúa, en el nivel político *institucionalizado*, entre las dos clases. Es inútil insistir en el hecho de que Marx, Engels y Lenin, de ningún modo redujeron la lucha de clases a un conflicto dualista, de carácter finalista, entre dos clases, la dominante y la dominada, sino que la concibieron como la situación objetiva de una relación compleja entre

varias clases y fracciones de clases que se definen según el lugar que ocupan en el proceso de la producción, y sus relaciones con la propiedad privada de los medios de producción. Aunque la contradicción económica fundamental capital-trabajo se concentra, en la sociedad capitalista y al nivel de la lucha de clases, en la relación capitalistas-proletarios, la misma se constituye, a este nivel, en el interior de una relación compleja entre varias clases y *fracciones* de clases: No obstante, esta relación compleja reviste, *al nivel político de las relaciones de poder y por mediación de la institución objetiva del estado*, una forma relativamente simple de relaciones entre dominantes y dominados, entre gobernantes y gobernados. Esta forma no resulta ella misma de una *simple transposición* de la pluralidad de las clases y fracciones en juego en la lucha de clases, del nivel de las relaciones políticas del poder, y por la aparición subrepticia de dos «clases políticas», la dominante y la dominada. En otros términos, esta simplificación de las relaciones de clase, al nivel del poder político, no es una simple reproducción de la contradicción económica *simple* capital-trabajo. En realidad, la misma consiste, en cuanto a las clases o fracciones *dominantes*, en su polarización al nivel político, por los intereses

específicos de la clase o fracción *hegemónica*, y *por medio del estado*, en un *bloque en el poder: este bloque en el poder constituye en efecto, situado en un nivel propiamente político, una unidad contradictoria «dominante» de la clase o fracción hegemónica*. Expresa, al nivel político *autonomizado* de las formaciones capitalistas, el tipo de unidad marxista que caracteriza tanto al conjunto de una formación social como a todo nivel *específico* de estructuras.

El carácter de ciertas clases o fracciones de clase estructuradas en *bloque en el poder* reviste así una importancia particular en las condiciones objetivas que engendran al Estado moderno y su carácter de universalidad. Por una parte, las propias estructuras del Estado hegemónico y la constitución de una clase o fracción hegemónica, permiten un acceso o participación en el poder de varias clases o fracciones de clase. Por otra parte, asistimos en las formaciones sociales capitalistas a un fenómeno fundamental que concierne a la clase burguesa y que Marx analizó en *La lucha de Clases en Francia* y *El 18 Brumario*, esto es, el hecho de que ella se presente, *debido al fenómeno de la competencia*, como una clase sujeta, por su propia constitución, a profundos *fraccionamientos*. Por otra parte, es inútil insistir en el hecho de que la

concentración monopolista, lejos de suprimir las contradicciones de la competencia, no hace sino reproducirlas a otro nivel, fenómeno descrito por Hilferding, Luxemburgo y Lenin. Sin embargo, ya en los análisis precisos de Marx, y teniendo en cuenta su escala microcrónica, constatamos un hecho capital, *a saber que la fracción de clase que tiene acceso al poder institucionalizado solamente llega a él constituyéndose en fracción hegemónica*. Dicho de otro modo, *a pesar de las contradicciones que la separan de las demás fracciones dominantes, llega a polarizarlas «políticamente» al organizar sus intereses específicos en interés general común de estas fracciones*.

Este proceso de constitución unitaria de un *bloque en el poder* sólo parece entonces finalmente posible y necesario en el marco general de la separación del Estado moderno y de la sociedad civil, y de la lucha de clases que ella determina. En el caso de un estado económico corporativo, no estamos en presencia ni de una lucha de clases tal como corresponde a la aparición de una clase o fracción hegemónica —fenómeno de la competencia y de la aparición del nivel propiamente político— funcionando, por medio del estado, como eje de polarización «unitaria» de diversas clases o fracciones dominan-

tes, ni por otra parte, de instituciones objetivas de un estado con *unidad interna propia* —que solamente existe, propiamente hablando, en la medida en que el mismo esté separado de la sociedad civil— y cuya constitución precisamente responde, del lado de las clases o fracciones dominantes, a la unidad particular de un bloque en el poder. En realidad, en el estado del tipo económico corporativo —y cuando no se trata de dominación por la fuerza pura y simple de una clase— se constata, entre las castas-clases en el poder, un rejuego de compromisos, de *reparticiones* o de *alianzas* «tácticas» de carácter sincrético, de intereses puramente económicos sociales. En el caso preciso del estado hegemónico y de la clase o fracción hegemónica, la constitución de un bloque en el poder que presente una unidad interna propia, deviene necesaria y posible en la medida en que esta clase o fracción, al situarse en el nivel propiamente político que corresponde a las estructuras objetivas del estado, *organiza* un interés general, políticamente estructurado, de clases o fracciones en el poder: las contradicciones entre estas clases y fracciones siguen siendo profundas, pero son, por mediación del estado, *contenidas* en, y unificadas por, los intereses políticos *universalizantes* de la fracción hegemónica.

Se sospecha que estas consideraciones, siempre concretando el esquema marxista dualista que permite descifrar la lucha política en el interior de las formaciones capitalistas, tienen cierta importancia en las condiciones actuales de la lucha de clases y de la estrategia de las *alianzas* de la clase obrera, y permiten evitar algunos errores, ya que las consecuencias del esquema voluntarista *estado-voluntad de la clase dominante* no han terminado aún de hacerse sentir. Efectivamente, aunque se admite a la vez la participación de varias clases o fracciones de clases en las estructuras de dominación, puede existir la tendencia a considerar al estado un producto de la voluntad de dominación de una de dichas clases. En este caso, se transpondría en cierto modo el esquema de dominación dentro de las relaciones entre clase o fracción *creadora* del estado y las otras, y éstas serían consideradas, a pesar de su participación en el estado, como prácticamente dominadas por la primera. La unidad del conjunto en el poder se consideraría como basada únicamente en la mixtificación falsa de las clases o fracciones dominantes por la fracción superdominante; la separación entre los dominantes y dominados sería ensombrecida por la admisión, en el interior del grupo políticamente dominante, de una amplia sección de

dominados que se ignoran y que por una pulgada no hubieran podido caer del lado del proletariado.

Estas observaciones presentan de golpe, además, la problemática fundamental para la teoría marxista, de la unidad interna propia y de la autonomía relativa del estado dentro de la formación capitalista, problemática que ha sido muy poco tratada y que sólo podemos, en este artículo, exponer. Sin embargo, se sabe que la autonomía, ampliamente reconocida por el marxismo en todos los niveles de prácticas y estructuras sociales, solamente ha sido señalada a propósito del estado de una forma «accesoria y circunstancial»: ésta se admite únicamente en el marco de lo que se ha llamado bonapartismo, es decir en el caso en que las clases y las fracciones en lucha están próximas a equilibrarse; en los demás casos, el estado se identifica con la clase o fracción predominante. Ahora bien, si el bonapartismo constituye un caso donde la unidad propia y la autonomía relativa del estado con respecto a la sociedad civil tanto como a las clases o fracciones dominantes, son particularmente claras, éste se sitúa dentro del cuadro general de la autonomía relativa del estado político en las formaciones capitalistas; así como la forma bonapartista del estado no es en realidad *independiente* de la fracción hegemónica

—como lo hubo de destacar Marx en *La Guerra Civil en Francia*— el tipo de estado moderno no es reducible a esta fracción. En efecto, este tipo de estado presenta una unidad interna propia, correspondiendo a su autonomía relativa en lo que respecta al conjunto de la sociedad civil como a las clases y fracciones dominantes, debido a dos principios de unidad externa que se presentan ellos mismos como correlativos en el conjunto de las coordinadas objetivas de estas formaciones. *El estado constituye una unidad interna propia con autonomía relativa en la medida en que representa el factor de unidad de una sociedad civil no unificada, molecularizada y atomizada, y en que representa el factor de unidad de las clases o fracciones dominantes no unificadas, cuyas relaciones están regidas por su fraccionamiento característico en el modo de producción capitalista*: a este último respecto, la problemática continúa siendo la misma en el marco de la concentración monopolista y del capitalismo monopolista del estado. Y es en este contexto teórico donde se sitúan con mucha exactitud los análisis científicos del Marx de la *madurez*, sobre el papel de la *burocracia* en el estado moderno: análisis que sólo es posible hacer en lo que se refiere a la unidad y la autonomía del estado, conduciendo éste

a la temática ideológica de una *alienación* cualquiera de la sociedad-sujeto en el estado-burócrata-fenomenico, o a la *desfuncionalidad* de la autonomía burocrática del estado en relación con un *conjunto*, en el sentido gestaltista de la sociedad. Por lo tanto, podemos definir esquemáticamente en qué consiste actualmente el papel político del estado y de la fracción hegemónica del poder: lo que importa sobre todo aquí es que la clase burguesa, clase dominante por excelencia en el modo de producción capitalista, se presenta actualmente como profundamente dividida —división que se debe, bajo su forma actual acentuada, a la concentración monopolista— por contradicciones internas que provocan su escisión en varias fracciones de clase. Estos elementos-fracciones, que son, sin embargo, los sostenedores del estado actual, no constituyen ni un conjunto inconexo que dislocaría este propio estado en una pluralidad de poderes y de contrapoderes, en una pluralidad de centros de decisión, de grupos de veto, o de poderes compensadores, *repartidos* entre clases y fracciones dominantes, ni un conjunto de unidad externa debido a la fracción dominante por excelencia que impondría —por compromiso y contra-compromiso— sus intereses económicos-corporativos a los intereses eco-

nómicos-corporativos profundamente divergentes de las otras clases y fracciones dominantes. Estos elementos estructuran, con relación al estado, un bloque político en el interior del cual la fracción hegemónica, cuyos intereses específicos «corresponden» al estado de clase, como garantía de un interés general de las clases y fracciones dominantes que polariza en su expresión política. Esta polarización no es ni anterior ni ajena a un estado que la fracción hegemónica crearía a estos fines, el estado actual se presenta, en su unidad objetiva y su autonomía relativa propias, como el factor de estructuración política de esta unidad contradictoria dominante de la fracción hegemónica.

El hecho importante para una delimitación de la fracción hegemopolista del estado, a un grado todavía relativo de concentración monopolista, reside a la vez en la función relativa de los grandes propietarios de tierras y de la burguesía, y en el fraccionamiento de la clase burguesa. Sin embargo, frecuentemente se tiende a reducir los problemas que presenta la delimitación exacta de la fracción política hegemónica actual describiéndola en una forma económico-empírica y abstracta como el *gran capital* o como los *grandes monopolios*. Esta terminología no basta, sin embargo, para situar con

precisión al grupo que constituye actualmente en el estado político la fracción hegemónica: *la delimitación concreta de esta fracción es necesaria, ya que de la constitución política de sus intereses específicos dependerá la forma concreta de polarización de los intereses de las fracciones dominantes bajo su égida.*

Ahora bien, se constata actualmente un nuevo hecho en el proceso de concentración de las sociedades industrializadas: éste se manifiesta ya no solamente en el proceso de la producción y acumulación del capital, sino también en el hecho de que un número restringido de individuos concentra en sus manos los controles de mando de la economía. Esta fracción no está estructurada según el tipo clásico de su propiedad privada de los medios de producción y de capital, tipo que, en el marco del capital financiero, permite la distinción en fracciones según el criterio único de la magnitud de la propiedad que los miembros de esta fracción poseen, y que limitaría finalmente la fracción hegemónica al «gran capital» financiero identificado, en este respecto, a las agrupaciones bancarias asimiladas a los monopolios. Ya Marx, en su polémica contra Proudhon, ponía en guardia contra el hecho de aislar, con el fin de delimitar las clases o fracciones de clases, un *concepto-tipo* jurídico de propiedad privada, por ejemplo el

concepto de propiedad del Código civil, indicando con ello que este concepto evoluciona según el contexto económico-social de un modo particular de producción que expresa jurídicamente: la propiedad privada, al mismo tiempo que constituye un criterio de distinción de las clases y las fracciones de clase que ocupan un lugar determinado en el proceso de producción, constituye en sí misma una relación de producción. En el estado actual de concentración monopolista en las grandes sociedades por acciones, una fracción del capital financiero conserva una posición particular que corresponde a las evoluciones actuales del modo de producción: en este proceso de desarrollo industrial, de tendencia descendente de la tasa de utilidad del capital, de la importancia de los factores del ritmo de expansión y de la productividad industrial, de la necesidad de una organización del mercado y de los precios por los monopolios, etc., el *control* de las inversiones iniciales y de las reinversiones de las empresas reviste una importancia primordial. Esta función objetiva del control administrativo, técnico y económico de las empresas-sociedades monopolistas engendra, por una evolución de las relaciones de propiedad privada, una fracción particular de administradores financieros: esta fracción, ade-

más de la propiedad del capital financiero que detenta —capital comercial y capital industrial— por sus propias acciones, acapara, por intermedio administrativo y jurídico de las asambleas y de los consejos de empresas, el capital industrial que forma parte del capital financiero marginal, de las acciones que poseen los numerosos accionistas, pequeños y medianos: éstos son desposeídos de la parte de la propiedad de las máquinas, equipos, etc., que vuelve a sus acciones, no teniendo ya ningún poder sobre las decisiones que conciernen al funcionamiento, el rendimiento y la productividad de las empresas. Los administradores concentran en sus manos la totalidad de la propiedad industrial en la medida en que monopolizan —por el control, también ejercido sobre la propiedad ajena— los poderes y las prerrogativas económicosociales contenidas en el concepto de propiedad, estando considerada esta como un substrato de la posición *económico-social de fuerza* —«poderfuerza»— que determina el dominio político. La concentración del poder económico en las manos de esta fracción de administradorescontroladores se acrecenta, por otra parte, mediante el proceso de autofinanciamiento. Mediante este proceso, los administradorescontroladores adquieren una autonomía con relación a los grupos

bancarios —las grandes empresas creando sus propios bancos— y acaparan, por el control, el capital comercial. Los beneficios no distribuidos constituyen una parte del fondo de reserva de las empresas que corresponden al capital financiero marginal —a las acciones de los accionistas pequeños y medianos—, teniendo de este modo prerrogativas de propietarios para con el conjunto de *bienes* —capital industrial y capital comercial— que constituyen una empresa: este papel de los administradorescontroladores, muy lejos de constituir, como uno se lo imagina frecuentemente, un *desquite* del capital industrial sobre el capital financiero, se presenta por el contrario como un corolario de la concentración acentuada del capital financiero en la sociedad monopolista actual. El poder económico se concentra en las manos de esta fracción particular del capital financiero que constituye actualmente la fracción hegemónica de la sociedad basada en el capitalismo monopolista de estado.¹

Ahora bien, se conoce el éxito prodigioso que ha tenido en la ideología neocapitalista, esta noción de *control*, entendida no importa en qué sentido sociológico de *control social*, etc.,

¹ Sobre este tema consultar, entre otros, a Champaud: «Le pouvoir de concentration dans les sociétés par actions», 1962.

sirvió en el sentido que de las prerrogativas contenidas en la noción de *propiedad privada* que constituyen para la teoría marxista, el fundamento de la posición económico-social de fuerza (poderfuerza), substrato propio del poder político, se habrá concentrado en las manos de una fracción *directriz* o *tecnócrata* independiente ella misma de la «propiedad privada» en el sentido clásico del término: esta fracción no siendo siempre *propietaria* de los medios de producción, tendría en la sociedad industrial o tecnológica, concentrada en sus manos la disposición *exclusiva* de esos medios—decisiones *técnicas* sobre el rendimiento y la productividad de las empresas, etc. —y habría obtenido de ellas las ventajas materiales ligadas a esa disposición— bajo forma de *retribuciones*, etc. De golpe, ella poseería a la vez una plaza fuerte económico-social que le permitiría el ejercicio de un poder político, y, paralelamente ese poderfuerza se presentaría como independiente de la *ganancia* ligada, en el sentido marxista, a la propiedad privada. Ahora bien, y para no extendernos en consideraciones económicas, si el poder de disposición exclusivo sobre los medios de producción contenido en la noción de propiedad privada, constituye para el marxismo el fundamento de la posición económico-

social de fuerza de una clase o fracción, precisamente, en la medida en que, la propiedad privada, estando concebida como una *relación de producción* en el interior del conjunto de las relaciones de una sociedad capitalista, ese poder está ligado a la conversión de la plusvalía en utilidad. No se puede aislar un poder tecnológico de «control» y ver allí el fundamento del poder político, considerándolo como independiente de la propiedad privada-ganancia; es inútil insistir en el hecho de que los famosos análisis de Marx, a propósito de los administradores-supervisores del trabajo, concernientes en primer lugar a la división técnica del trabajo y a la doble función, la de explotación y la de dirección del capitalista, no traigan de nuevo a discusión las relaciones entre el capital y la propiedad privada. En realidad, ese control no constituye una funciónpoder particular *extraída* de la propiedad privada aislada, ella sola *ganancia*, sino una evolución de la propiedad privada en su totalidad como relación de producción, una extensión y concentración de la propiedad privada de los medios de producción. Los administradorescontroladores representan de hecho una fracción que posee una gran parte de acciones propias, y que, además, sobre la base *institucionalizada* de esta propiedad —es decir por el lu-

gar que ocupa en el proceso basado sobre la explotación para la ganancia— acaparan por el *control* las prerrogativas immanentes (disposición de los medios de producción y de ganancia) en la propiedad privada del capital financiero marginal.

La concepción errónea de la separación de la propiedad privada y del control ha traído además, toda una serie de consecuencias. Como regla general, ella encubre a la vez, el papel fundamental de la fracción hegemónica actual (a despecho de su constitución *conforme a la lógica de la ganancia privada*) como fracción *organizadora*, papel que constituye de hecho, su función *hegemónica* frente a las fracciones dominantes del capital, y el papel organizador del estado actual según corresponde a los intereses específicos de esa fracción, papel que crea por su propio carácter hegemónico de estructuración de bloque en el poder. Esa separación se presentaría en efecto, como una forma de rebasar la contradicción entre la rentabilidad de las inversiones y el desarrollo productivo, entre la ganancia y los intereses privados de las clases y las fracciones dominantes de una parte, y la gestión racional e interés general de la colectividad nacional, de la otra; entre la socialización progresiva de las fuerzas de producción y el desarrollo óptimo de la produc-

tividad del trabajo de una parte, y la obtención de una ganancia máxima por la otra. Asistimos así a tentativas de delimitación de una nueva forma, general e indiferenciada —de tipo *funcional* de *poder* que sería el de *organizaciónadministración* correspondiente al interés general del conjunto de la sociedad: el que en contra del poder político *específico* de la dominación de clase, sería establecida, sobre el poder *técnico* de diversas castas *controladoras* o *gestionadoras* que escapan a la lógica de la ganancia inmanente de la propiedad privada, dentro de una sociedad tecnológica o industrial *integrada*, liberada de la lucha de clases que se fundamenta precisamente en la contradicción entre la propiedad privada y el carácter social de los medios de producción.

Ahora bien, lo que importa para la crítica marxista del estado en el concepto de hegemonía, es tener presente que la fracción hegemónica actual de los administradores-controladores es una fracción de clase, fundada, sobre una forma particular de propiedad privada, que también presenta ciertos caracteres propios: los que hacen que el estado, que corresponde a los intereses específicos de esta fracción, como un estado de clase, adquiera, por su función objetiva y en sus relaciones con las *fracciones dominantes*, un papel par-

ticular de organización que estructura actualmente su particularidad hegemónica.

En efecto, en el cuadro ya superado de un predominio de los grupos bancarios, eran las consideraciones de supremacía financiera y comercial las que aventajaban a las de productividad y expansión: lo que importaba, por ejemplo, era la jerarquía de las sociedades por acciones, según el poder bancario y el establecimiento de las vinculaciones íntimas con los bancos más que la promoción de la regularización o la investigación de la implantación óptima para una industria. El espíritu de supresión y de estrechez de las inversiones lo aventajaba sobre el de la aventura productiva: la seguridad de las ganancias era investigada más bien en la mejoría de la posición financiera estratégica de cada uno por la obstrucción y la restricción de las iniciativas adversas, que por un desarrollo y una mejora de las iniciativas propias en la esfera de la producción. Esas características de la concentración monopolista están lejos de haber desaparecido; no obstante, que la fracción hegemónica de los administradores-controladores se presenta como ligada a las evoluciones actuales del modo de producción, concretadas en el capitalismo monopolista de estado: las que manteniéndose siempre en el cuadro

de un modo de producción fundado en la explotación de clase y la utilidad, determinan una función particularmente importante de la productividad industrial, de la aplicación de las revoluciones tecnológicas, de la racionalización de la anarquía del mercado, etc. Esas son características particulares constitutivas de los intereses propios de la fracción hegemónica que le permiten a la vez, no sólo *presentarse*, por mediación del estado, como encarnando «el interés general de la sociedad» sino también estructurar *políticamente un interés general específico de las fracciones dominantes*.

Quizás sea inútil insistir en el modo de participación actual de esa fracción hegemónica en el estado: se ha puesto el énfasis suficientemente, en la evolución de las estructuras del estado actual, que evoluciona desde un parlamentarismo en que el poder legislativo *popular* era el elemento dominante del estado, hacia uno donde domina el poder ejecutivo. Esa evolución corresponde, de hecho, a la intervención continuamente acrecentada del estado, tanto en extensión como en profundidad, en el dominio de la sociedad civil, en la economía y en las relaciones sociales. El poder político real se sitúa en numerosas comisiones especializadas ligadas al poder ejecutivo, dentro de las cuales la participación directa

de la fracción hegemónica de los administradores-controladores se hace decisiva. Esa influencia de los monopolios y los oligopolios del estado no corresponde, sin embargo, (en la medida en que ella alcanza las relaciones externas entre lo económico y lo político) más que a un aspecto de la problemática del estado hegemónico actual: en efecto, esa relación particular del estado y de las grandes concentraciones financieras, que refuerza en su oportunidad la dependencia de lo político frente a lo económico, es sólo posible en razón de una evolución de las estructuras objetivas del estado, evolución que corresponde a la forma concreta que revisten actualmente los intereses específicos de la fracción hegemónica. En realidad, los intereses de esa fracción se presentan como estructurados en el interior de un proceso de conjunto en que las preocupaciones que señalaremos por el momento como técnicas tienen una importancia decisiva como condiciones de la realización actual de la utilidad de los monopolios autofinanciados: la participación en el estado de los administradores controladores y de sus apoderados aparece así como necesaria, no a la dominación de los intereses económicos corporativos, estrictos, de la fracción hegemónica, sino a la regulación racional del conjunto del pro-

ceso de producción: esto es, fenomenicamente, al bienestar de toda la sociedad, pero de hecho, a un interés general políticamente concebido de todo el capital.

Esa función específica de regulación técnicoeconómica del estado no es en modo alguno ajeno al pensamiento marxista. En efecto, —Marx, Engels y Lenin lo han destacado bien— el estado corresponde a una etapa objetiva de desarrollo de las fuerzas productivas: en el caso, por ejemplo, del modo de producción asiático, la necesidad de realización de ciertos grandes trabajos públicos, canales, presas, etc., indispensables a una etapa del proceso de producción para el aumento de la productividad del trabajo, corresponde a la aparición, como un resultado de estas empresas, de un poder público centralizado y organizador que es el estado. La función de regulación del estado está, por otra parte, claramente expresada en la *Crítica del programa de Gotha*: Marx, en dicho escrito, insiste en indicar que, durante el estado de transición del socialismo al comunismo —es decir, antes del advenimiento de la sociedad antorregida— que corresponde a un nuevo desarrollo de las fuerzas productivas, todavía subsistirán formas de derecho de las normas «técnicojurídicas» en «su calidad de regulación (factor determinante) de la reparti-

ción de los productos y de la repartición del trabajo entre los miembros de la sociedad». Esa función reguladora-organizadora del estado se deriva, de hecho, de la naturaleza misma de las relaciones entre base y superestructuras. En efecto, la superestructura estando concebida como la cristalización en estructuras objetivas de ciertas prácticas sociales, presenta también, frente a las prácticas del dominio de la base, ese carácter particular que integrándose todo, bajo la primacía de estas últimas, y en última instancia, de lo económico, en una unidad constituida por el conjunto de una formación social en un momento históricamente determinado, reviste la función de un principio de regulación en el interior de esa unidad. Como lo señalaba Bujarin: «La relación entre la práctica de la base (Basis-Arbeit) y la práctica superestructural (Überbau-Arbeit) reside en el hecho de que esta última como medida secundaria, representa paralelamente un principio regulador...»² y es ése, precisamente, el sentido de los análisis de Gramsci en relación con la práctica intelectual. No obstante, y es lo que nos interesa aquí, cuando se trata de un estado basado en la explotación de clase, esa función reguladora, ejercida siempre en el interior del conjunto de las relaciones de una formación social que reenvía al modo

de producción corresponde precisamente a las propias estructuras de esa explotación. Ella se integra, como práctica de las estructuras que ese estado adopta en relación con la unidad de la base: todas las ilusiones de un poderestructura —estado aparato técnico en una sociedad tecnológica aparatizada—, de un poder práctico —sustitución de un poder de dominación sobre los hombres por una organizaciónadministración de las cosas y de los hombres-cosas reificados por la sociedad tecnológica; en resumen, de una función «puramente» técnicoeconómica del estado capitalista— ideologías del desarrollo, del consumo, de las sociedades industriales de la sociedad tecnológica, etc. —aislada de su estructura política de estado clasista, están precisamente agrupadas bajo una concepción tecnológica de lo económico: ésta disocia un nivel particular de la base —el nivel de las fuerzas de producción— e ignora el hecho de que un modo de producción constituye un conjunto unitario de varios niveles que uno puede agrupar en fuerzas de producción y relaciones sociales de producción. En el caso, por ejemplo, del modo de producción asiático, las necesidades técnicoeconómicas de la productividad corres-

² Bujarin: *Teoría del Materialismo Histórico*. Hamburgo 1962, p. 259 y siguientes.

ponden a determinada relación «política» de explotación, la función reguladora del estado participante en esas estructuras propias de dominación. Dicho de otra forma, el nivel de las fuerzas de producción, manifiesto diacrónicamente en el desarrollo de las fuerzas productivas, no posee, ni como productividad del trabajo, ni como historia de los instrumentos técnicos, inteligibilidad o racionalidad propias que pudiesen en cierto grado de desarrollo, constituirlo en factor único y monista de la estructura de una formación social dada —problema de la sociedad industrial o tecnológica— y nos permite así describir las instituciones superestructurales o sus funciones, por referencia inmediata a ese nivel. Aunque para Marx, el problema de la sucesión de los modos de producción, y el de la historicidad, que está ligado al nivel de las fuerzas de producción y a su desarrollo, se manifiesta siempre, a un nivel sincrónico, en el interior del conjunto de las relaciones de los diversos modos de producción sucesivos. En el modo de producción capitalista, basado en la acumulación y la explotación para la ganancia, toda función reguladora —que no puede en forma alguna ser reducida a una organización «tecnológica» concerniente exclusivamente al nivel de las fuerzas productivas, pero que comprende ne-

cesariamente la regulación económica de la producción en general— constituye una regulación óptima posible, en la evolución del conjunto de ese modo de la producción en vista de la realización máxima de la ganancia de la fracción hegemónica: esta función al participar en las estructuras políticas del estado moderno de clase, revestirá un carácter propiamente político. Las estructuras y funciones objetivas del estado hegemónico corresponden de hecho a las evoluciones actuales de carácter tecnológico o industrial consideradas no obstante en el interior del conjunto del modo de producción; ellas corresponden, en otros términos, a los intereses políticos de la fracción «hegemónica» actual.³

³ También, si uno distingue esquemáticamente las coordenadas objetivas de formación del estado —y además de la clase dominante— y los campos de ejercicios de esas funciones específicas, en resumen, las relaciones del estado y del «conjunto de la sociedad» como dice Engels, se podrá percibir lo técnicoeconómico, lo economicosocial y lo político, y sin embargo siempre en sus relaciones respectivas en el interior de una formación social determinada. Lo técnicoeconómico: corresponde a la productividad del trabajo —la «dirección general del trabajo» como dice Engels— en el interior del conjunto de las relaciones de producción. Lo economicosocial: concierne a la explotación de la clase y se relaciona, entre otros y por numerosas mediaciones, al hecho que, en el interior de la división social general del trabajo, la gestión de los intereses comunes de los miembros de una formación social, está confiada a un número escaso de individuos que monopoliza esa gestión en

Es justamente esta función reguladora del estado y que se distingue en intervencionismo puro y simple, en provecho de los intereses economicocorporativos de los grandes monopolios que crean actualmente, en el papel global del estado en el interior del capitalismo monopolista de estado, su propio carácter hegemónico. Su papel intervencionista inmediato se manifiesta; es cierto, constantemente: sin embargo, el estado tiene actualmente como función garantizar la superutilidad de los monopolios. En el cuadro de una economía regida por la superutilidad de los monopolios autofinanciados, la realización intensiva de la superutilidad de la fracción hegemónica presupone una tentativa de regulación racional del proceso económico global y adopta la forma de un interés general de las fracciones del capital consideradas en su conjunto. En el cuadro de una hegemonía del capital financiero en el sentido clásico del término, el papel del estado en el conjunto del proceso económico, se reducía sobre todo a un intervencionismo directo puesto que la realización de las utilidades por la especulación bancaria a corto plazo, no se presentaba como ligada a tal aumento de la productividad, a tal progreso técnico, a tal estabilidad macrocrónica general, etc. necesarias a la superutilidad de los mo-

polios autofinanciados. En el cuadro de la hegemonía actual de esos monopolios las condiciones específicas de realización de sus superganancias corresponden, por parte del estado, a un esfuerzo previo de fijación y cálculo de los salarios y los costos (a fin de obtener la ganancia del juego de los precios) de la programación de la industrialización de la planificación en vista de las previsiones, etc., en una palabra, de las actividades tendientes al control de la anarquía característica del siste-

servicio de los intereses de clase. Lo político: concierne a la lucha política de las clases y a la función del estado en relación con esa lucha. Sin embargo, en la medida en que lo técnicoeconómico y lo economicosocial, en resumen, la sociedad civil en su conjunto, están investidos en, y superdeterminados por el nivel político, como conjunto objetivo de relaciones, a la vez los diversos factores de formación del estado y las diversas funciones específicas del estado son superdeterminadas por el nivel político: es precisamente en ese sentido que consideraremos aquí las relaciones del estado y del «conjunto» de las coordenadas de una formación social, al encuentro de una concepción funcional, en el nivel político de las relaciones estado-clases dominantes clases dominadas. A propósito del concepto de sobredeterminación me refiero, teniendo en cuenta las reservas por mí formuladas, a la obra de Althusser). En cuanto a los problemas que plantea el estado en el modo de producción asiático, caballo de batalla de los que creen descubrir en Marx una perspectiva del estado como independiente de la lucha de clases en el sentido marxista, y que de hecho se insertan en el esquema esbozado más arriba, ver el presentado al efecto por Godelier en *Tiempos Modernos*, mayo 1965.

ma capitalista. Estas medidas corresponden así a los intereses específicos de la fracción hegemónica: que como tales, no obstante, forman un sustrato de estructuración política de un *interés general* de ciertas fracciones de la clase capitalista y son presentadas por el estado como beneficiadas en el conjunto, de fracciones de la clase dominante. La fracción hegemónica se presenta, como haciendo sus propias ganancias y tratando de remediar, por intermedio de la función reguladora del estado, las condiciones *catastróficas* que afectan el conjunto del capital. Y no hay que dudar que esta tentativa de regulación, considerada a un cierto nivel, encuentre un fundamento real a partir del cual puede ser *presentada* y *concebida* como correspondiente a un interés general del capital. Por ejemplo, el capital industrial —empresas de tipo medio todavía existentes— y el capital financiero —pequeños, pero sobre todo medianos poseedores de acciones— se benefician de esta *regulación* en la medida exacta en que las repercusiones generales del desorden y la anarquía capitalistas les afectan tanto como a los grupos monopolistas. La participación de los grupos bancarios en las superganancias de los monopolios autofinanciados, no es asegurada por medio del crédito, sino por su penetración en su gestión, por medio de bolsas de acciones: en ese caso, esos

grupos bancarios son imbricados en la racionalización particular que exige el funcionamiento de esos monopolios. Por otra parte, no se debería perder de vista el fenómeno actual de socialización de la propiedad del capital dentro de la clase capitalista en su conjunto por medio de las sociedades por acciones. Bien entendido que esa socialización no tiene nada que ver con «el mito» de un susodicho «capitalismo popular»: lo que implica, sin embargo, que la propiedad privada de los medios de producción adopte actualmente, en razón de la generalización de las sociedades por acciones (monopolios) un verdadero carácter de clase: no se trata de una propiedad privada individual de los miembros de una clase, sino de una propiedad privada de clase que crea una urdimbre de intervenciones y de solidaridad entre los intereses de las fracciones de esta clase. Esa urdimbre ofrece a la fracción hegemónica del capital, en su constitución política como representativa del interés colectivo del capital, un amplio margen de manipulaciones. Se sabe, por ejemplo, que los intereses de los pequeños y medianos poseedores de acciones, fundados en la repartición de los dividendos son contradictorios con aquellos de la fracción hegemónica que limita esta repartición en vista del autofinanciamiento; no obstante, en

razón del funcionamiento particular de esas empresas autofinanciadas, en el conjunto del modo de producción actual, el valor nominal de esas acciones en la bolsa presenta, a menudo, un alza vertiginosa que puede compensar esa contradicción. También la eliminación de las pequeñas y medianas empresas industriales al ser absorbidos por los grandes monopolios se compensa con la participación de sus propietarios —empresarios en la propiedad privada de clase por medio de acciones de los monopolios autofinanciados.

Así, la función de regulación *racionalizante* del estado (se presenta como fundada a la vez en las contradicciones profundas que fraccionan la clase capitalista y que corresponden a la concentración de los monopolios —autofinanciados— y paralelamente en una cierta comunidad de los intereses económicosociales de esas fracciones políticamente solidarias de los intereses, bajo su forma racionalizante de la fracción hegemónica. Esas consideraciones, por otra parte, no prejuzgan la cuestión de saber en qué medida esa tentativa de *racionalización* efectivamente llega a estabilizar el sistema del capitalismo monopolista de estado: lo que importa, en relación a su carácter hegemónico, es que está fundada sobre una comunidad de intereses económicosociales de las fracciones

dominantes, tal como puede presentarse políticamente como el sustrato de estructuración de un bloque en el poder en la medida en que ella está «presentada» actualmente como el medio para alcanzar esa estabilidad general: estabilidad presentada como correspondiente al interés político del conjunto del capital bajo la égida de la fracción hegemónica.

Sin embargo, esa función de *regulación* de parte del estado de las coordenadas de la base no puede; como tal, presentarse como exhaustiva de su carácter hegemónico: si ella constituye el sustrato de ese carácter, es evidente que, ejercida en el modo de producción del capitalismo monopolista de estado, no pueda, según la lógica de la evolución del conjunto de ese modo de producción, tender *brutalmente* hacia una concentración financiera extrema con todos los riesgos que eso implica en relación a las fracciones todavía subsistentes de la clase dominante. En efecto, toda *racionalización* reguladora del conjunto del sistema capitalista sólo puede ser concebida en el encuentro de la concepción *formal* de la racionalidad de Weber, que en la lógica —de la *racionalidad* específica rige al conjunto de las relaciones de ese sistema, y que corresponde más exactamente a la concentración financiera de los monopolios

autofinanciados. El estado actual tendrá así, una función, particular que, situada en los niveles *económico-social* y *específicamente político* más injertada con su función *reguladora* de naturaleza *primordialmente técnicoeconómica*, le conferirá un carácter propiamente hegemónico: el de establecer, en el ejercicio mismo de esa función reguladora entre las diversas fracciones de la clase dominante un *orden* que tenderá a contener sus contradicciones.⁴ Esa función política de *orden* del estado actual no puede, de hecho, ser distinguida de su función de regulación: en el marco de un simple *intervencionismo* ejercido de una manera relativamente limitada del estado en el universo de la sociedad civil, su función de responsable del *orden social* aparece como separada de su papel de *intervención* técnicoeconómica que, en su momento, parecía constituir así, un *trazo excepcional* y *vergonzoso* de parte de un estado que se reivindicaba exclusivamente como responsable *político* del orden en los conflictos sociales. En el cuadro de la forma actual que reviste el estado y de la necesidad de su acción determinante en todos los sectores de la sociedad civil, su función de *orden* constituye precisamente un asedio, en su estructura hegemónica, de su función de regulación: *se tratará, propiamente hablando, de establecer*

un *orden de regulación*. El estado tendrá así como función *ordenar polarizándolos políticamente*, los diversos intereses de las fracciones de la clase dominante, sobre la base de su solidaridad con los de la fracción hegemónica: *esto es, organizar su expresión política dentro de los mismos lugares y de las instituciones donde se elabora su función reguladora*. No es sino de esta forma, en realidad, como esa función podrá revestir una forma propiamente hegemónica —es decir, presentarse como correspondiente al interés colectivo *de las fracciones dominantes*, y adaptarse al papel político de un estado en el interior del capitalismo monopolista de estado. No se trata entonces, en ese caso, de reunir bajo una dirección común, pura y simplemente, a las diversas fracciones de la clase dominante, por su expresión en el ejercicio de la función reguladora del estado, al servicio del interés *económico corporativo* de los grandes monopolios —un

⁴ Esas nociones de *técnoeconómico* y de *económico-social* son aquí empleadas provisionalmente: visto del estado, todavía poco claro, en la discusión que he mencionado, concerniente a los conceptos de *sociedad civil* y de *relaciones de producción*, entiendo por *económico-social*, el nivel de la *lucha económica* de clase, englobada en la *sociedad civil*. He extraído esas nociones de Martynov, que distinguía antes entre «*Arbeits-technische Produktionsverhältnisse*» y «*sozialökonomische Produktionsverhältnisse*» («*Die Theorie des beweglichen Gleichgewichts Gesellschaft...*» in *Unter dem Banner des Marxismus*, 4 année, no. 1 p. 103 y s.

examen detenido del estado actual mostraría que, a pesar de las apariencias, no se puede identificar a un estado *económico corporativo* de tipo fascista, en el sentido científico del término— sino de *ordenar los políticamente* y presenciar esa función como correspondiente a su interés general. La evolución de las estructuras objetivas del estado actual —consolidación del ejecutivo, diversas comisiones ligadas a ese ejecutivo— no significa en sí, y en lo que concierne a las fracciones dominantes, su pretorianismo directo por el gran capital, sino un desplazamiento de la función *ordenadora* hegemónica del estado en relación a las contradicciones internas de esas fracciones en su función de regulación.

Esa función de *orden* del estado hegemónico se manifiesta por otra parte, igualmente hacia el conjunto de la sociedad: como tal, sin embargo, está integrada en el papel del estado frente a las fracciones dominantes. Reside también en las funciones de la policía, del ejército, etc., y en las normas del sistema jurídico del estado de derecho correspondiente al *orden público* que en la extensión del papel del estado como *empresario público* en sectores de *interés general* no rentables: *por ej.* salud e higiene públicas, enseñanza, transportes, etc. La función así llamada

de *orden social* de esas actividades estatales reside precisamente en el hecho de que ellas convierten en más soportable el conjunto del sistema frente a las clases dominantes. Se presenta, en ese caso también y en el interior de sus estructuras objetivas, como inmediatamente subordinadas a su función reguladora. La relación íntima entre esas funciones reguladoras y *ordenadoras del estado social* por otra parte, ha sido bien estudiada por numerosos teóricos del estado del *bienestar* sin que hayan podido establecer la subordinación de dicha función *social* del estado, a su función reguladora correspondiente a los intereses políticos de la fracción hegemónica y así, en último análisis a la subordinación de la función *ordenadora* misma y a esos intereses. Esos dos aspectos particulares del estado actual son de hecho considerados como integrados a su función global de *organización* en el conjunto de la sociedad.

Ahora bien, ese concepto de organización presenta en su resultado actual de las teorías neocapitalistas-funcionales, una confusión ejemplar. Se puede distinguir de hecho tres acepciones de ese término: la de la organización-práctica en el sentido que le atribuye Gramsci, cuando considera esta organización como aspecto particular de la práctica intelectual, tal como ella se ejerce en el

interior del conjunto de las reacciones de un modo determinante de producción concebido según el *tipo* de unidad marxista; es ése precisamente el sentido que nosotros les atribuimos en su aplicación al estado-práctico en el marco de una dominación hegemónica de clase y que nos permite, justamente, distinguir, en esa práctica, el aspecto de *regulación* y el aspecto de *ordenación* investidos en el nivel propiamente político. La de la organización en el sentido sociológico estricto del término, en la medida en que el estado constituye, por ej., una organización social; la de las teorías neocapitalistas que señalaría en el cuadro metodológico y las presuposiciones generales del pensamiento funcional, la articulación de los elementos de un conjunto social *integrado* de una sociedad donde la lucha de clases, como factor determinante de las relaciones sociales, estaría ausente. La confusión de las teorías neocapitalistas que concierne al estado organizador viene dada precisamente por el hecho de que ellas sitúan la organización-práctica del estado-organización en el lugar-organización de una sociedad integrada. En esa medida, la organización práctica del estado no es concretamente considerada en sus relaciones con las estructuras de dominación en el interior de las relaciones sociales de una formación social dividida en

clases —ordenación subordinada a la regulación correspondiente a los intereses políticos de la fracción hegemónica— sino que es captada como una función abstracta del estado organizador de una sociedad ya organizada: las relaciones de las funciones reguladora y ordenadora del estado son yuxtapuestas en el interior de esa función organizadora general. Citemos, como ejemplo, las anotaciones de Duverger:⁵ «La evolución técnica hace del poder el organizador general de la comunidad que coordina la actividad de todos los sectores particulares en el cuadro de una planificación global. Esa planificación económica no es más que un aspecto de la función de organización social, en las naciones modernas. Más exactamente: la economía no es más que una parte de la planificación global. Mediante la elección del plan correspondiente a los asedios, las prioridades del desarrollo, etc., todos los aspectos de la vida nacional están en causa. La educación, la cultura, el arte, el progreso científico, la disposición del territorio, el urbanismo, el estilo de vida...» Ahora bien, en realidad, esas funciones *sociales* de interés general del estado actual están subordinadas a su función primordial de *regulación* de la producción que correspon-

⁵ Duverger: *Introduction a la politique* (Introducción a la política).

de a los intereses de la fracción hegemónica, constituyendo su papel en todo propiamente hegemónico de orden social que reside en el hecho de representar un interés general real del conjunto de las fracciones dominantes del capital, y de presentarse como encarnando del interés general de la nacional: «la salud y la higiene públicas disminuyen la usura de la fuerza del trabajo; la enseñanza pública cubre las necesidades futuras de la mano de obra calificada; los transportes urbanos públicos, financiados por el conjunto de la población, entregan la mano de obra a las fábricas en buen estado; la nacionalización de las fuentes de energía y de materias primas pone en manos del conjunto de la población la forma de cubrir sus necesidades y las de las industrias, a bajo precio. El desarrollo de la actividad pública, en una palabra, es bien recibido puesto que se limita al prefinanciamiento público de las bases de la expansión y de la acumulación monopolistas».⁶

Así, como la función reguladora del estado de clase no puede ser reducida a una organización técnico-económica, su función de garantía del *orden* o del *bienestar* no puede ser reducida a la de una *organización* social en general. Basta añadir que las *relaciones* entre esas diversas funciones del estado dependen del *modo*

de especificidad y de *articulación* que revisten, en el interior del *tipo* de unidad marxista, los diversos *niveles* de estructuras de una formación social, *modo que crea precisamente la unidad «propia» de esa formación a una base determinada de su transformación*. Ahora bien, en la actualidad, esas funciones constituyen efectivamente prácticas de *organización* del estado hegemónico. La función reguladora del estado, investida en su función ordenadora, atribuye así a ese estado un carácter hegemónico general de *organización política* armada de coerción, a todos los niveles de la sociedad: ese carácter corresponde a los intereses políticos de la fracción hegemónica. No obstante, la función de orden del estado hacia el conjunto de la sociedad y su función reguladora constituye paralelamente, a su vez, uno de los aspectos de su papel de factor de mediación de la estructuración del bloque en el poder: esas actividades públicas *sociales* del estado corresponden al interés general de las fracciones dominantes que, en su conjunto, se benefician, a la vez, de sus resultados concretos en el proceso de producción y del hecho de que ellas convierten globalmente el sistema capitalista haciéndolo más tolerable, frente a las clases domina-

⁶ Gorz: *Stratégie ouvrière et néocapitalisme* (Estrategia obrera y neocapitalismo).

das. La práctica organizadora del estado hacia el *conjunto de la sociedad* considerada en el interior de las relaciones políticas de dominación de una sociedad dividida en

clases, puede ser globalmente así relacionada en el papel hegemónico del estado frente a las clases y las fracciones dominantes.

Los Temps Modernes No. 235.

Para suscribirse a

pensamiento crítico

(revista mensual)

diríjase,

en el territorio nacional a:

Distribuidora Nacional de Publicaciones,
Neptuno 674, teléfono 7-8966, La Habana,
precio de la suscripción anual: \$4.80;

en el extranjero a:

Departamento internacional del Instituto del Libro,
19 No. 1002, Vedado,
La Habana, Cuba,

precio de la suscripción anual;
correo marítimo: 5.00 dólares canadienses;

correo aéreo,

para Latinoamérica y Estados Unidos: 10.00 dólares
canadienses,

para Europa: 25.00 dólares canadienses.

DOCUMENTOS

DOCUMENTOS se crea para el lector interesado en conocer y valorar desde la Revolución, materiales de importancia.

POPULORUM PROGRESSIO (Sobre el desarrollo de los pueblos)

Carta encíclica de su Santidad el Papa Paulo VI a los obispos, a los sacerdotes, a los religiosos, a los fieles y a todos los hombres de buena voluntad.

1.—DESARROLLO DE LOS PUEBLOS

El desarrollo de los pueblos y muy especialmente el de los que se esfuerzan por escapar del hambre, de la miseria, de las enfermedades endémicas, de la ignominia, que buscan una más amplia participación en los frutos de la civilización, una valoración más activa de sus cualidades humanas, que se orillan con decisión hacia el pleno desarrollo, es observado por la Iglesia con atención. Apenas terminado el Segundo Concilio Vaticano, una

renovada toma de conciencia de las exigencias del mensaje evangélico, obliga a la Iglesia a ponerse al servicio de los hombres, para ayudarles a captar todas las dimensiones de este gran problema y convencerles de la urgencia de una acción solidaria en este cambio decisivo de la historia de la Humanidad.

2.—ENSEÑANZAS SOCIALES DE LOS PAPAS

En sus grandes encíclicas, *Rerum Novarum*,¹ de León XIII, *Quadragesimo anno*,² de Pío XI, *Mater et Magistra*³ y *Pacem in Terris*,⁴ de Juan XXIII —sin hablar de los mensajes al mundo de Pío XII⁵—, nuestros predecesores no faltaron al deber que tenían de proyectar sobre las cuestiones sociales de su tiempo la luz del Evangelio.

3.—HECHO IMPORTANTE

Hoy el hecho más importante, del que todos deben tomar conciencia es el de que la cuestión social ha tomado una dimensión mundial; Juan XXIII lo afirma sin ambages,⁶ y el Concilio se ha hecho eco de esta afirmación en su Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el Mundo de hoy.⁷ Esta enseñanza es grave y su aplicación urgente. Los pueblos hambrientos interpellan hoy, con acento dramático, a los pueblos opulentos. La Iglesia sufre ante esta crisis de angustia y llama a todos, para que respondan con amor al llamamiento de sus hermanos.

4.—NUESTROS VIAJES

Antes de nuestra elevación al sumo pontificado, nuestros dos viajes, a la América Latina (1960) y al África (1962), nos pusieron ya en contacto inmediato con los lastimosos problemas que afligen a continentes llenos

¹ Cf. Acta León XII. T. XI (1892), pp. 97-148.

² DF. AAS (Acta Apostólica Sede) 23, (1931), pp. 177-228.

³ Cf. ASS 53 (1961), pp. 401-64.

⁴ Cf. AAS 55 (1963), pp. 257-304.

⁵ Cf. En particular el mensaje radiodifundido del 1º de junio de 1941, con motivo del quincuagésimo aniversario de *Rerum Novarum*, en ASS 33 (1941).

⁶ Cf. Encíclica *Mater et Magistra*, 15 de mayo de 1961. ASS 53 (1961), pp. 440.

⁷ *Gaudium et Spes*, MN. 63-72. AAS 58 (1966), pp. 1084-94.

de vida y de esperanza; revestidos de la paternidad universal, hemos podido, en nuestros viajes a Tierra Santa y a la India, ver con nuestros ojos y tocar con nuestras manos, las gravísimas dificultades que abruman a pueblos de antigua civilización, en la lucha con los problemas del desarrollo. Mientras que en Roma se celebraba el Segundo Concilio Ecuménico Vaticano, circunstancias providenciales nos condujeron a poder hablar directamente a la Asamblea General de las Naciones Unidas. Ante tan amplio areópago fuimos el abogado de los pueblos pobres.

5.—JUSTICIA Y PAZ

Por último, con la intención de concretar la aportación de la Santa Sede a esta grande causa de los pueblos en vías de desarrollo, recientemente hemos creído que era nuestro deber crear, entre los organismos centrales de la Iglesia, una comisión pontificia encargada de "suscitar en todo el pueblo de Dios el pleno conocimiento de la función que los tiempos actuales piden a cada uno para promover el progreso de los pueblos más pobres, favorecer la justicia social entre las naciones, ofrecer a los que se hallan menos desarrollados, una ayuda tal que les permita proveer, ellos mismos y para sí mismos, a su progreso".⁸ Justicia y paz es su nombre y su programa. Pensamos que este programa puede y debe juntar a los hombres de buena voluntad con nuestros hijos católicos y hermanos cristianos.

Por esto, hoy dirigimos a todos este solemne llamamiento para una acción concreta en favor del desarrollo integral del hombre y del desarrollo solidario de la humanidad.

6.—LOS DATOS DEL PROBLEMA

Verse libres de la miseria, hallar con más seguridad la propia subsistencia, salud, una ocupación estable. Participar todavía más en las responsabilidades, fuera de toda opresión y el abrigo de situaciones que ofenden su dignidad de hombres. Ser más instruidos. En una palabra, hacer, conocer, y tener más, para ser más: tal es la aspiración de los hombres de hoy, mientras que un gran número de ellos se ven condenados a vivir en condiciones que hacen ilusorio este legítimo deseo. Por otra parte, los pueblos llegados recientemente a la independencia nacional sienten la necesidad

⁸ Motu Proprio *Catholicam Christi Ecclesiam*, 6 de enero de 1966, AAS 59 (1967), pp. 27.

de añadir a esta libertad política un crecimiento autónomo y digno, social no menos que económico, a fin de asegurar a sus ciudadanos su pleno desarrollo humano y ocupar el puesto que les corresponde en el concierto de las naciones.

7.—COLONIZACION Y COLONIALISMO

Ante la amplitud y la urgencia de la labor que hay que llevar a cabo, dispondremos de los medios heredados del pasado, aun cuando son insuficientes. Ciertamente hay que reconocer que las potencias coloniales con frecuencia han perseguido su propio interés, su poder o su gloria, y que al retirarse, han dejado a veces una situación económica vulnerable, ligada, por ejemplo, al monocultivo, cuyo rendimiento económico está sometido a bruscas y amplias variaciones.

Pero aun reconociendo los errores de cierto tipo de colonialismo y de sus consecuencia, es necesario al mismo tiempo rendir homenaje a las cualidades y a las realizaciones de los colonizadores, que en tantas regiones abandonadas han aportado su ciencia y tu técnica, dejando preciosos frutos de su presencia.

Por incompletas que sean, las estructuras establecidas permanecen y han hecho retroceder la ignorancia y la enfermedad, han establecido comunicaciones beneficiosas y mejorado las condiciones de vida.

8.—DESEQUILIBRIO CRECIENTE

Aceptado lo dicho, en bien cierto que esta preparación es notoriamente insuficiente para enfrentarse con la dura realidad de la economía moderna. Dejada a sí misma, su mecanismo conduce al mundo hacia una agravación, y no a una atenuación, en la disparidad de los niveles de vida; los pueblos ricos gozan de un rápido crecimiento, mientras que los pobres se desarrollan lentamente. El desequilibrio crece; se producen en exceso géneros alimenticios que faltan cruelmente a otros, y estos últimos ven que sus exportaciones se hacen inciertas.

9.—MAYOR TOMA DE CONCIENCIA

Al mismo tiempo, los conflictos sociales se han ampliado hasta tomar las dimensiones del mundo. La vida inquieta que se ha apoderado de las clases

pobres, en los países que se van industrializando, se apodera de aquellas en las que la economía es casi exclusivamente agraria.

Los campesinos adquieren también la conciencia de su miseria no merecida.⁹ A esto se añade el escándalo de las disparidades hirientes, no solamente en el goce de los bienes, sino todavía más en el ejercicio del poder. Mientras que en algunas regiones una oligarquía goza de una civilización refinada, el resto de la población, pobre y dispersa, está "privada de casi todas las posibilidades de iniciativa personal y de responsabilidad, y aún, muchas veces, viven en condiciones de vida y de trabajo indignas de la persona humana".¹⁰

10.—CHOQUE DE CIVILIZACIONES

Por otra parte, el choque entre las civilizaciones tradiciones y las novedades de la civilización industrial rompe las estructuras, que no se adaptan a las nuevas condiciones. Su marco, muchas veces rígido, era el apoyo indispensable de la vida personal y familiar, y los viejos se aferran a él, mientras que los jóvenes lo rehuyen, como un obstáculo inútil, para volverse ávidamente hacia nuevas formas de vida social. El conflicto de las generaciones se agrava así con un trágico dilema: o conservar instituciones y creencias ancestrales y renunciar al progreso o abrirse a las técnicas y civilizaciones que vienen de fuera, pero rechazando las tradiciones del pasado con toda su riqueza humana. De hecho, los apoyos morales, espirituales y religiosos del pasado, ceden con mucha frecuencia, sin que por eso mismo esté asegurada la inserción en el mundo nuevo.

11.—CONCLUSIÓN

En este desarrollo, la tentación se hace tan violenta, que amenaza arrastrar hacia los mesianismos prometedores, pero forjadores de ilusiones. ¿Quién no ve los peligros que hay en ello de reacciones populares violentas, de agitaciones insurreccionales y de deslizamientos hacia las ideologías totalitarias? Estos son los datos del problema cuya gravedad no puede escapar a nadie.

⁹ Encíclica Rerum Novarum, 15 de mayo de 1891. Acta León XIII. T. (1892), pp. 98. 4.

¹⁰ Gaudium et Spes. N. 63, Sec. 3.

12.—LA IGLESIA Y LOS MISIONEROS

Fiel a las enseñanzas y al ejemplo de su Divino Fundador, que dio como señal de su misión¹¹ el anuncio de la Buena Nueva a los pobres, la Iglesia no ha dejado de promover la elevación humana de los pueblos, a los cuales llevaba la fe en Jesucristo. Al mismo tiempo que la Iglesia, sus misioneros han construido hospicios y hospitales, escuelas y universidades, enseñando a los indígenas el modo de sacar mayor provecho de los recursos naturales, protegiéndolos frecuentemente contra la codicia de los extranjeros. Sin duda alguna, su labor, por lo mismo que era humana, no fue perfecta y algunos pudieron mezclar algunas veces no pocos modos de pensar y de vivir de su país de origen con el anuncio del auténtico mensaje evangélico.

Pero supieron también cultivar y promover las instituciones locales. En muchas regiones, supieron colocarse entre los precursores del progreso material y no menos que de la elevación cultural. Basta recordar el ejemplo del padre Carlos de Foucauld, a quien se juzgó digno de ser llamado por su caridad el "Hermano Universal", y que compiló un precioso diccionario de la lengua tuareg. Hemos de rendir homenaje a estos misioneros muy frecuentemente ignorados e impelidos por la caridad de Cristo, lo mismo que a sus émulos y sucesores que siguen dedicándose, también hoy, al servicio generoso y desinteresado de aquellos que evangelizan.

13.—IGLESIA Y MUNDO

Pero en lo sucesivo, las iniciativas locales e individuales, no bastan ya. La presente situación del mundo exige una acción de conjunto, que tenga un punto de partida, una clara visión de todos los aspectos económicos y sociales, culturales y espirituales. Con la experiencia que tiene la humanidad, la Iglesia, sin pretender de ninguna manera mezclarse en la política de los Estados, sólo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu Paráclito, la obra, misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para conquistar un poder terrenal,¹² afirmando claramente que los dos campos son distintos de la misma manera que son soberanos los dos poderes, el Eclesiástico y el Civil, cada uno en su terreno.¹³ Pero, viviendo en la historia, ella debe "escrutar a fondo los signos de los tiempos e inter-

¹¹ Cf. Lk 7:22.

prétarlos a la luz del Evangelio". Tomando parte en las mejores aspiraciones de los hombres¹⁴ y sufriendo al no verlas satisfechas, desea ayudarles a conseguir su pleno desarrollo y esto precisamente porque les propone lo que ella posee como propio: "Una visión global del hombre y de la humanidad".

14.—VISION CRISTIANA DEL DESARROLLO

El desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre. Con gran exactitud ha subrayado un eminente experto: "nosotros no aceptamos la separación de la economía de lo humano, el desarrollo, el desarrollo de las civilizaciones, en que está inscrito. Lo que cuenta para nosotros es el Hombre, cada Hombre, cada agrupación de hombres, hasta la Humanidad entera".¹⁵

15.—TODA VIDA ES VOCACION

En los designios de Dios, cada hombre está llamado a desarrollarse, porque toda vida es una vocación. Desde su nacimiento, ha sido dado a todos, como en germen, un conjunto de aptitudes y de cualidades para hacerlas fructificar: su floración, fruto de la educación recibida en el propio ambiente y del esfuerzo personal, permitirá a cada uno orientarse hacia el destino que le ha sido propuesto por el Creador. Dotado de inteligencia y de libertad, el Hombre es responsable de su crecimiento, lo mismo que de su salvación. Ayudado, y a veces estorbado, por los que lo educan y lo rodean, cada uno permanece siempre, sean los que sean los influjos que sobre él se ejercen, él, artífice principal de su éxito o de su fracaso: sólo por el esfuerzo de su inteligencia y de su voluntad, cada hombre puede crecer en humanidad, valer más, ser más.

¹² Gaudium et Spes, N.3, Sec. 2.

¹³ Cf. Encíclica Inmortale Dei, 1º de noviembre de 1885. Acta Leonis XII, T. V. (1885), pp. 127.

¹⁴ Gaudium et Spes, N. 4, Sec. 1.

¹⁵ L. J. Lebret, O.P., *Dynamique Concrete du Developpement*, París: Economie et Humanisme, Les Editions Ouvrieres, 1961, pp. 28.

16.—DEBER PERSONAL

Por otra parte este crecimiento no es facultativo. De la misma manera que la creación entera está subordinada a su Creador, la criatura espiritual está obligada a orientar espontáneamente su vida hacia Dios. Verdad primera y Bien soberano. Resulta así que el crecimiento humano constituye como un resumen de nuestros deberes. Más aún, esta armonía de la naturaleza, enriquecida por el esfuerzo personal y responsable, está llamada a superarse a sí misma. Por su inserción en el Cristo Vivo, el Hombre tiene el camino abierto hacia un progreso nuevo, hacia un humanismo trascendental que le da su mayor plenitud. Tal es la finalidad suprema del desarrollo personal.

17.—LA COMUNIDAD

Pero cada uno de los hombres es miembro de la sociedad y pertenece a la humanidad entera. Y no es solamente éste o aquel hombre, sino que todos los hombres están llamados a este desarrollo pleno. Las civilizaciones nacen, crecen y mueren, pero como las olas del mar en el flujo de la marea van avanzando, cada una un poco más en la arena de la playa, de la misma manera la humanidad avanza por el camino de la historia. Herederos de generaciones pasadas y beneficiándonos del trabajo de nuestros contemporáneos, estamos obligados con todos y no podemos desinteresarnos de los que vendrán a aumentar todavía más el círculo de la familia humana. La solidaridad universal, que es un hecho y un beneficio para todos, es también un deber.

18.—ESCALA DE VALORES

Este crecimiento personal y comunitario se vería comprometido si se alterase la verdadera escala de valores. Es legítimo el deseo de lo necesario y el trabajar para conseguirlo es un deber. "El que no quiera trabajar, que no coma".¹⁶ Pero la adquisición de los bienes temporales puede conducir a la codicia, al deseo de tener cada vez más y la tentación de acrecentar el propio poder. La avaricia de las personas, de las familias y de las naciones, puede apoderarse lo mismo de los más desprovistos que de los más ricos y suscitar en los unos y los otros un materialismo sofocante.

¹⁶ 2 THES 3: 10.

19.—CRECIENTE AMBIVALENCIA

Así pues, el tener más, lo mismo para los pueblos que para las personas, no es el fin último.

Todo crecimiento es ambivalente. Necesario para permitir que el hombre sea más hombre, lo encierra como en una prisión desde el momento en que se convierte en el bien supremo, que impide mirar más allá. Entonces los corazones se endurecen y los espíritus se cierran. Los hombres ya no se unen por amistad sino por interés, que pronto les hace openerse unos a otros, desunirse. La búsqueda exclusiva del poder se convierte en un obstáculo para el crecimiento del Ser y se opone a su verdadera grandeza. Para las naciones, como para las personas, la avaricia es la forma más evidente de un subdesarrollo moral.

20.—HACIA UNA CONDICION MAS HUMANA

Si para llevar a cabo el desarrollo se necesitan técnicos, cada vez en mayor número, para este mismo desarrollo se exige, más todavía, pensadores de reflexión profunda que busquen un humanismo nuevo, el cual permita al mundo moderno hallarse a sí mismo, asumiendo los valores superiores del amor, de la amistad, de la oración y de la contemplación.¹⁷ Así podrá realizar, en toda su plenitud, el verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas.

21.—IDEAL AL QUE HAY QUE TENDER

Las carencias materiales de los que están privados del mínimo vital y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo son condiciones menos humanas, igual que las estructuras opresoras, que provienen del abuso de tener o del abuso del poder, de la explotación de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones. Condiciones más humanas son el remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades sociales, la ampliación de los conocimientos, la adquisición de la cultura. Más humanas son también el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza,¹⁸ la cooperación en el bien común, la voluntad de paz. Más humanas todavía son el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin. Más humanas

son por fin, y especialmente, la Fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres, y la unidad en la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar como hijos en la vida del Dios vivo, Padre de todos los hombres.

22.—LA ACCION QUE DEBE EMPRENDERSE

"Poblad la tierra y sometedla":¹⁹ la Biblia, desde sus primeras páginas, nos enseña que la creación entera es para el hombre, quien tiene que aplicar su esfuerzo inteligente para valorizarla y, mediante su trabajo perfeccionar, por decirlo así, poniéndola a su servicio. Si la Tierra está hecha para procurar a cada uno los medios de subsistencia y los instrumentos de su progreso, todo hombre tiene el derecho de encontrar en ella lo que necesita. El reciente Concilio lo ha recordado: "Dios ha destinado la Tierra, y todo lo que en ella se contiene, para uso de todos los hombres y de todos los pueblos, de modo que los bienes creados deben llegar a todos en su medida justa, según la regla de la Justicia, inseparable de la Caridad".²⁰ Todos los demás derechos, sean los que sean, comprendidos en ellos no deben estorbar, antes, al contrario, facilitar su realización, y es un deber social grave y urgente hacerlos volver a su finalidad primera.

23.—LA PROPIEDAD

"Si alguno tiene bienes de este mundo y viendo a su hermano en necesidad le cierra su corazón. ¿cómo es posible que resida en él el amor de Dios?"²¹ Sabido es con qué firmeza los padres de la Iglesia han precisado cuál debe ser la actitud de los que poseen, respecto a los que se encuentran en necesidad: "Esto es parte de tus bienes —así dice San Ambrosio—. Lo que tú des al pobre, lo que le das le pertenece. Porque lo que ha sido dado para el uso de todos, tú te lo apropias. La Tierra

¹⁷ Cf. Por ejemplo J. Maritain, *Les Conditions Spirituelles du Progress et de la Paix, in rencontre des cultures a l'Unesco sous le signe du Concile Ecumenique Vatican II*, París: Neme, 1966 p. 66.

¹⁸ Cf. Mt 5: 3.

¹⁹ Gen. 1: 28.

²⁰ Gaudium et Spes. N. 69 Sec. 1.

²¹ I JN 3: 17.

ha sido dada para todo el mundo, y no solamente para los ricos".²² Es decir que la propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto. No hay ninguna razón para reservarse el uso exclusivo de lo que supera a la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario. En una palabra: "El derecho de propiedad, no debe jamás ejercitarse con detrimento de la utilidad común, según la doctrina tradicional de los padres de la Iglesia y de los grandes teólogos".²³ Si se llegase al conflicto "entre los derechos privados adquiridos y las exigencias comunitarias primordiales", toca a los poderes públicos "procúrar una solución, con la activa participación de las personas y de los grupos sociales".

24.—EL USO DE LA RENTA

El bien común exige, pues, algunas veces la expropiación. Sí, por el hecho de su extensión, de su explotación deficiente o nula, de la miseria que de ello resulta a la población, del daño considerable producido a los intereses del país, algunas posesiones sirven de obstáculo a la prosperidad colectiva.

Afirmándola netamente,²⁴ el Concilio ha recordado también, no menos claramente, que la renta disponible no es cosa que queda abandonada al libre capricho de los hombres y que las especulaciones egoístas deben ser eliminadas. Desde luego no se podría admitir que ciudadanos, provistos de rentas abundantes, provenientes de los beneficios de la actividad nacional, las transfiriesen en parte considerable al extranjero, por puro provecho personal, sin preocuparse del daño evidente que con ello infligirían a la propia patria.²⁵

25.—LA INDUSTRIALIZACION

Necesaria para el crecimiento económico y para el progreso humano, la industrialización es al mismo tiempo señal y factor del desarrollo. El hom-

²² De Nabutche, C. 12, N. 53 (P.L. 14, 747) CF. J. R. Palem; QUE, Saint Ambroise et l'Empire Romain, París: De Boccard, 1933, p. 336 F.

²³ Carta a la quincuagésimosegunda sesión de las Semanas Sociales Francesas (Brest, 1965, en L'Homme et la Revolution Urbaine, Lyons, Chronique Sociale, 1965, pp. 8 y 9, CF. L'Osservatore Romano, 10 de julio de 1965, Documentation Catholique, T. 62, París, 1965, Col. 1365.

²⁴ Gaudium et Spes N. 71, Sec. 6.

²⁵ CF. Ibid. N. 65 Sec. 3.

bre, mediante la tenaz aplicación de su inteligencia y de su trabajo, arranca poco a poco sus secretos a la naturaleza, y se hace productor de sus riquezas. Al mismo tiempo que disciplina sus costumbres se desarrolla en él el gusto por la investigación y la invención, la aceptación del riesgo calculado, la audacia en las empresas, la iniciativa generosa y el sentido de responsabilidad.

26.—CAPITALISMO LIBERAL

Pero, por desgracia, sobre estas nuevas condiciones de la sociedad, ha sido construido un sistema que considera el provecho como motor esencial del progreso económico, la concurrencia como ley suprema de la economía, la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes. Este liberalismo sin freno, que conduce a la dictadura fue justamente denunciado por Pío XI como generador de "El Imperialismo Internacional del Dinero".²⁶ "No hay mejor manera de reprobar tal abuso que recordando solemnemente una vez más que la economía está al servicio del hombre".²⁷ Pero si es verdadero que cierto capitalismo ha sido la causa de muchos sufrimientos, de injusticias y luchas fratricidas, cuyos efectos duran todavía, sería injusto que se atribuyera a la industrialización misma, los males que son debidos al nefasto sistema que la acompaña. Por el contrario es justo recopilar la aportación irremplazable de la organización del trabajo y del progreso industrial a la obra del desarrollo.

27.—EL TRABAJO

De igual modo, si algunas veces puede reinar una mística exagerada del trabajo, no será menos cierto que el trabajo ha sido querido y bendecido por Dios. Creado a Imagen Suya, "el Hombre debe cooperar con el Creador en la perfección de la Creación y marcar a su vez la Tierra con el carácter espiritual, que él mismo ha recibido".²⁸ Dios, que ha

²⁶ Encíclica Quadragésimo Anno, 15 de mayo de 1931, AAS 23 (1931), p. 212.

²⁷ CF. Por ejemplo, Colin Clark, The Conditions of Economic Progress, 3ª edición, Londres: Macmillan Co., y Nueva York: St. Martin Press, 1960, pp. 3-6.

²⁸ Carta a la quincuagésimoprimera sesión de las Semanas Sociales Francesas (Lyons, 1964), en Le Travail et les Travailleurs dans la Société Contemporaine, Lyons, Chronique Sociale, 1965, p. 6 CF. L'Osservatore Romano, 10 de julio de 1964—Documentation Catholique, T. 61, París 1964, Col. 931.

dotado al Hombre de inteligencia, le ha dado también el modo de acabar de alguna manera su obra; ya sea artista o artesano, patrono, obrero o campesino, todo trabajador es un creador.

Aplicándole a una materia que se le resiste el trabajador le imprime un sello, mientras que él adquiere tenacidad, ingenio y espíritu de invención. Más aún, viviendo en común, participando de una misma esperanza, de un sufrimiento, de una ambición y de una alegría, el trabajo une las voluntades, aproxima los espíritus y funde los corazones al realizarlo, los hombres descubren que son hermanos.²⁹

28.—SU AMBIVALENCIA

El trabajo, sin duda ambivalente, porque promete el dinero, la alegría, y el poder, invita a los unos al egoísmo y a los otros a la revuelta, desarrolla también la conciencia profesional, el sentido del deber y la caridad con el prójimo. Más científico y mejor organizado, tiene el peligro de deshumanizar a quien lo realiza convertido en siervo suyo, porque el trabajo no es humano si no permanece inteligente y libre. Juan XXIII ha recordado la urgencia de restituir al trabajador su dignidad, haciéndole participar realmente en la labor común: "se debe tender a que la empresa se convierta en una comunidad de personas, en las relaciones, en las funciones y en la situación de todo el personal".³⁰ Pero el trabajo de los hombres, mucho más para el cristianismo, tiene todavía la misión de colaborar en la creación del mundo sobrenatural no terminando, hasta que lleguemos todos juntos a constituir aquel Hombre Perfecto de que habla S. Pablo, "Que realiza la plenitud de Cristo".³¹

29.—URGENCIA DE LA OBRA QUE HAY QUE REALIZAR

Hay que darse prisa. Muchos hombres sufren, y aumenta la distancia que separa el progreso de los unos del estancamiento y aun el retroceso de los otros. Sin embargo, es necesario que la labor que debe realizarse progrese armoniosamente, so pena de ver todo el equilibrio que es indis-

²⁹ Cf. Por ejemplo M.D. Chenu, O.P. *Pour une Théologie du Travail*, arís, Editions de Seuil 1955. Traducción inglesa: *The Theology of Work: An exploration*, Dublin: Gill and Son, 1963.

³⁰ *Mater et Magistra*, AAS 53 (1961) No. 423.

³¹ Cf. Por ejemplo O. Von Nell-Breuning, S.J., *Wirtschaft und Gesellschaft*, T. 1: *Grundfragen*, Freiburg: Herder, 1956, pp. 183-84.

pensable. Una reforma agraria improvisada puede ser improductiva, y una industrialización brusca puede dislocar las estructuras que todavía son necesarias, y engendrar miserias sociales que serían un retroceso para la Humanidad.³²

30.—TENTACION DE LA VIOLENCIA

Es cierto que hay situaciones cuya injusticia clama al Cielo. Cuando poblaciones enteras, faltas de lo necesario, viven en una dependencia tal que les impide toda iniciativa y responsabilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política, es grande la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana.

31.—REVOLUCION

Sin embargo ya se sabe: La insurrección revolucionaria —salvo en el caso de tiranía evidente y prolongada, que atentase gravemente contra los derechos fundamentales de la persona y damnificase peligrosamente el bien común del país—, engendra nuevas ruinas. No se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor.

32.—REFORMA

Entiéndasenos bien: La situación presente tiene que afrontarse valerosamente, y combatir y vencer las injusticias que trae consigo. El desarrollo exige transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar, más reformas urgentes. Cada uno debe aceptar generosamente su propio papel, sobre todo los que por su educación, su situación y su poder tienen grandes posibilidades de acción. Que, dando ejemplo, empiecen con sus propios haberes, como ya lo han hecho muchos hermanos nuestros en el Episcopado.³³ Responderán así a la expectación de los hombres y serán fieles al espíritu de Dios, porque es "el fermento evangélico el que ha suscitado y suscita en el corazón del hombre una exigencia incoercible de dignidad".³⁴

³² EPH. 4: 1e.

³³ Cf. Por ejemplo, Obispo Manuel Larraín Errazufiz de Talca, Chile, Presidente de CELAM. "Lettre pastorale sur le Développement et la Paix". Paris Pax Christi, 1965.

³⁴ *Gaudium et Spes*, N. 52, SEC. 2.

33.—PROGRAMAS Y PLANIFICACION

La sola iniciativa individual y el simple juego de la competencia no serían suficientes para asegurar el éxito del desarrollo. No hay que arriesgarse a aumentar todavía más la riqueza de los ricos y la potencialidad de los fuertes, confirmando así la miseria de los pobres y añadiéndola a la servidumbre de los oprimidos. Los programas son necesarios para "animar, estimular, coordinar, suplir e integrar"³⁵ la acción de los individuos y de los cuerpos intermedios. Toca a los poderes públicos escoger y ver el modo de imponer los objetivos que hay que planear, las metas que hay que fijar, los medios para llegar a ellas, estimulando al mismo tiempo todas las fuerzas agrupadas en esta acción común. Pero ellas han de tener cuidado de asociar a esta empresa las iniciativas privadas y los cuerpos intermedios. Evitarán así el riesgo de una colectivización integral o de una planificación arbitraria que, al negar la libertad, excluiría el ejercicio de los derechos fundamentales de la persona humana.

34.—AL SERVICIO DEL HOMBRE

Todo programa concebido para aumentar la producción, al fin y al cabo no tienen otra razón de ser que el servicio de la persona. Si existe sería para reducir las desigualdades, combatir las discriminaciones, librar al hombre de la esclavitud, hacerle capaz de ser por sí mismo agente responsable de su mejora material, de su progreso moral y de su desarrollo espiritual. Decir desarrollo, es, efectivamente, preocuparse tanto por el progreso social como por el crecimiento económico. No basta aumentar la riqueza común, para que sea repartida equitativamente. No basta promover la técnica para que la tierra sea humanamente más habitable. Hay que advertir a los que están en vía de desarrollo cuáles son los peligros que hay que evitar en este terreno. La tecnocracia del mañana puede engendrar males no menos temibles que los del liberalismo de ayer. Economía y técnica no tienen sentido si no es por el hombre, a quien deben servir. El hombre no es verdaderamente hombre más que en la medida en que es dueño de sus acciones y juez de su valor, se hace él mismo autor de su progreso, según la naturaleza que le ha sido dada por su Creador y de la cual asume libremente las posibilidades y las exigencias.

³⁵ Mater et Magistra, AAS 53 (1961), p. 414.

35.—ALFABETIZACION

Se puede afirmar también que el crecimiento económico depende en primer lugar del progreso social, por eso la educación básica es el primer objetivo de un plan de desarrollo. Efectivamente el hambre de instrucción no es menos deprimente que el hambre de alimentos. Un analfabeto es un espíritu subalimentado. Saber leer y escribir, adquirir una formación profesional, es recobrar la confianza en sí mismo y la posibilidad de progresar al mismo tiempo que los demás. Como dijimos en nuestro mensaje al congreso de la UNESCO, de 1965, en Teherán, la alfabetización es para el hombre "un factor primordial de integración social, no menos que de enriquecimiento personal para la sociedad, un instrumento privilegiado de progreso económico y de desarrollo".³⁶ Por eso nos alegramos del gran trabajo realizado en este dominio por la iniciativa privada, los poderes público y las organizaciones internacionales: son los primeros artífices del desarrollo, el capacitar al hombre a realizarlo por sí mismo.

36.—FAMILIA

Pero el hombre no es el mismo sino en su medio social, donde la familia tiene una función principal, que ha podido ser excesiva, según los tiempos y los lugares en que se ha ejercitado, con detrimento de las libertades fundamentales de la persona. Los viejos cuadros sociales de los países en vía de desarrollo, aunque demasiado rígido y mal organizados, es menester conservarlos todavía algún tiempo, aflojando progresivamente su exagerado dominio. Pero la familia natural, monógama y estable, tal como los designios divinos³⁷ la han concebido y que el Cristianismo ha santificado, debe permanecer como "punto en el que coinciden distintas generaciones que se ayudan mutuamente a lograr una sabiduría más completa y armonizar los derechos de las personas con las demás exigencias de la vida social".³⁸

37.—DEMOGRAFIA

Es cierto que muchas veces un crecimiento demográfico acelerado añade sus dificultades a los problemas del desarrollo. El volumen de la población crece con más rapidez que los recursos disponibles y nos encontramos

³⁶ L'Osservatore Romano, 11 de septiembre de 1965—Documentation Catholique, T. 62, Paris, 1965, Col. 1674-75.

³⁷ Mateo 19: 16.

³⁸ Gaudium et Spes, N. 52 Sec. 2.

aparentemente encerrados en un callejón sin salida. Es, pues, grande la tentación de frenar el crecimiento demográfico con medidas radicales. Es cierto que los poderes públicos, dentro de los límites de su competencia, pueden intervenir, llevando a cabo una información apropiada y adoptando las medidas convenientes, con tal de que estén de acuerdo con las exigencias de la ley moral y respeten la justa libertad de los esposos. Sin el derecho inalienable al matrimonio y a la procreación no hay dignidad humana. Al fin y al cabo, es a los padres a los que toca decidir, con pleno conocimiento de causa, el número de sus hijos, aceptando sus responsabilidades ante Dios, ante ellos mismos, ante los hijos que ya han traído al mundo y ante la comunidad a la que pertenecen, siguiendo la exigencias de su conciencia, instruida por la ley de Dios auténticamente interpretada y sostenida por la confianza en El.

38.—ORGANIZACIONES PROFESIONALES

En la obra del desarrollo, el hombre, que encuentra en la familia su medio de vida primordial se ve frecuentemente ayudado por las organizaciones profesionales. Si su razón de ser es la de promover los intereses de sus miembros, su responsabilidad es grande ante la función educativa que pueden y al mismo tiempo deben cumplir. A través de la información que ellas procuran, de la formación que ellas proponen, pueden mucho para dar a todos el sentido del bien común y de las obligaciones que éste supone para cada uno.

39.—PLURALISMO LEGITIMO

Toda acción social implica doctrina. El cristiano no puede admitir la que supone una filosofía materialista y atea, que no respeta ni la orientación de la vida hacia su fin último ni la libertad ni la dignidad humanas. Pero con tal de que estos valores queden a salvo, un pluralismo de las organizaciones profesionales y sindicales es admisible. Desde un cierto punto de vista es inútil, si protege la libertad y provoca la emulación. Por eso rendimos un homenaje cordial a todos los que trabajan en el servicio desinteresado de sus hermanos.

40.—PROMOCION CULTURAL

Además de las organizaciones profesionales, es de notar la actividad de las instituciones culturales. Su función no es menor para el éxito del desa-

rollo. "El porvenir del mundo corre peligro, afirma gravemente el Concilio, si no se forman hombres más instruidos en esta sabiduría".³⁹ Y añade: "Muchas naciones económicamente más pobres, pero más ricas de sabiduría, pueden prestar a las demás una extraordinaria utilidad".⁴⁰ Rico o pobre, cada país posee una civilización, recibida de sus mayores; instituciones exigidas por la vida terrena y manifestación superiores —artísticas, intelectuales y religiosas— de la vida del espíritu. Mientras que éstas contengan verdaderos valores humanos, sería un grave error sacrificarlas a aquellas otras. Un pueblo que lo permitiera, perdería con ello lo mejor de sí mismo y sacrificaría, para vivir, sus razones de vivir. La enseñanza de Cristo vale también para los pueblos: "¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?"⁴¹

41.—TENTACION MATERIALISTA

Los pueblos pobres jamás estarán suficientemente en guardia contra esta tentación que les viene de los pueblos ricos. Estos presentan, con demasijada frecuencia, con el ejemplo de sus éxitos en una civilización técnica y cultural, el modelo de una actividad aplicada principalmente a la conquista de la prosperidad material. No es que esta última cierre el camino por sí misma a las actividades del espíritu, por el contrario, siendo este "menos esclavo de las cosas puede elevarse más fácilmente a la adoración y a la contemplación del Creador".⁴² Pero a pesar de ello, "la misma civilización moderna, no ciertamente por sí misma, sino porque se encuentra excesivamente aplicada a las realidades terrenales, puede hacer muchas veces más difícil el acceso a Dios".⁴³ En todo aquello que se les propone, los pueblos en fase de desarrollo deben pues saber escoger, discernir y eliminar los falsos bienes, que traerían consigo un descenso de nivel en el ideal humano, aceptando los valores sanos y beneficios para desarrollarlos, juntamente con los suyos, y según su carácter propio.

³⁹ Cf. *Ibid.*, N. 50-51 y Nota 14—y N. 87, Secs. 2 y 3.

⁴⁰ *Ibid.*, N. 15, Sec. 3.

⁴¹ Mt 16: 26.

⁴² *Gaudium et Spes*, N. 57 Sec. 4.

⁴³ *Ibid.*, H. 19 Sec. 2.

42.—CONCLUSION

Es un humanismo pleno⁴⁴ el que hay que promover ¿Qué quiere decir esto, sino el desarrollo natural de todo hombre y de todo los hombres? Un humanismo cerrado, impenetrable a los valores del espíritu y a Dios, que es la fuente de ellos, podría aparentemente triunfar. Ciertamente el hombre puede organizar la Tierra sin Dios, pero, "al fin y al cabo, no puede menos de organizarla contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano"⁴⁵ No hay, pues, más que un humanismo verdadero que se abre al absoluto en el reconocimiento de una vocación, que dé la idea verdadera de la vida humana. Lejos de ser la norma última de los valores, el hombre no se realiza a sí mismo, si no es superándose. Según la tan acertada expresión de Pascal: "El hombre supera infinitamente al hombre".⁴⁶

SÉGUNDA PARTE

INTRODUCCION

43.—HACIA EL DESARROLLO SOLIDARIO DE LA HUMANIDAD

El desarrollo integral del hombre no puede darse sin el desarrollo solidario de la humanidad. Nos, lo decíamos en Bombay. "El hombre debe encontrar al hombre, las naciones deben encontrarse entre sí como hermanos y hermanas como hijos de Dios. En esta comprensión y amistad mutuas, en esta comunión sagrada, debemos igualmente comenzar a actuar al unísono para edificar el porvenir común de la humanidad".⁴⁷

Sugeríamos también la búsqueda de medios concretos y prácticos de organización y cooperación para poner en común los recursos disponibles y realizar así una verdadera comunión entre todas las naciones.

⁴⁴ Cf. Por ejemplo, J. Maritain, *L'Humanisme Integral*, Paris: Aubier 1936, Inglaterra, traducción: *True Humanism*, Londres, Geoffrey Bles, Nueva York: Charles Scribners Sons.

⁴⁵ H. de Lubac, S. J. *Le drame de L'Humanisme Athée*, 3ª edición, Paris, SPES, 1945, p. 10. Trad. Ingleso: *The Drama of Atheistic Humanism* Londres: Sheed and Ward, 1949, p. VII.

⁴⁶ *Pensées* Ed. Brunscheg, N. 434 Cf. M. Zundell, *L'Homme passe L'Homme*, Le Caire, Editions du Lien, 1944.

⁴⁷ Discurso a los representantes de las religiones no cristianas, 3 de diciembre de 1964, AAS 57 (1965), p. 132.

44.—FRATERNIDAD DE LOS PUEBLOS

Este deber concierne en primer lugar a los más favorecidos. Sus obligaciones tienen sus raíces en la fraternidad humana y sobrenatural y se presentan bajo un triple aspecto: deber de solidaridad en la ayuda que las naciones ricas deben aportar a los países en vías de desarrollo; deber de justicia social, enderezando las relaciones comerciales defectuosas entre los pueblos fuertes y débiles; deber de caridad universal, para la promoción de un mundo más humano para todos, en donde todos tengan que dar y recibir, sin que el progreso de unos sea un obstáculo para el desarrollo de otros. La cuestión es grave, ya que el porvenir de la civilización mundial depende de ello.

LUCHA CONTRA EL HAMBRE

45.—ASISTENCIA A LOS DEBILES

"Si un hermano o una hermana están desnudos —dice Santiago— si les falta el alimento cotidiano, y alguno de vosotros les dice: 'andad en paz, calentaos, sacios' sin darles lo necesario para su cuerpo, ¿para qué les sirve eso?"⁴⁸ Hoy en día nadie puede ya ignorarlo; en continentes enteros son innumerables los hombres y mujeres torturados por el hambre, son innumerables los niños subalimentados hasta tal punto que un buen número de ellos muere en la tierna edad, el crecimiento físico y el desarrollo mental de muchos otros se ve con ello comprometido, y enteras regiones se ven así condenadas al más triste desaliento.

46.—HOY

Llamamientos angustiosos han resonado ya. El de Juan XXIII fue calurosamente recibido;⁴⁹ Nos, lo hemos reiterados en nuestro mensaje de Navidad de 1963,⁵⁰ y de nuevo en favor de la India en 1966.⁵¹ La campaña contra el hambre emprendida por la Organización Internacional para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y alentada por la Santa Sede, ha sido secundada

⁴⁸ JAS 2: 15-16.

⁴⁹ Cf. *Mater et Magistra*, AAS 53 (1961), p. 440 F.

⁵⁰ Cf. AAS 56 (1964), pp. 57-58.

⁵¹ Cf. *Encicliche e Discorsi di Paolo VI*, Vol. IX Roma, Ed. Paoline, 1966 pp. 132-36, *Documentation Catholique*, T. 43, Paris, 1966, Col. 403-5.

con generosidad. Nuestra "Caritas Internacional" actúa por todas partes, y numerosos católicos, bajo el impulso de nuestros hermanos en el Episcopado, dan y se entregan sin reservas a fin de ayudar a los necesitados, agrandando progresivamente el círculo de sus prójimos.

47.—MAÑANA

Pero todo ello, al igual que las inversiones privadas y públicas ya realizadas, las ayudas y los préstamos otorgados no bastan. No se trata sólo de vencer el hambre, ni siquiera de hacer retroceder la pobreza. El combate contra la miseria, urgente y necesario, es insuficiente. Se trata de construir un mundo donde todo hombre, sin excepción de raza, religión o nacionalidad, pueda vivir una vida plenamente humana, emancipado de la servidumbre que le vienen de parte de los hombres y de una naturaleza insuficientemente dominada. Un mundo donde la libertad no sea una palabra vana y donde el pobre Lázaro pueda sentarse a la misma mesa que el rico.⁵² Ello exige a este último mucha generosidad, innumerables sacrificios y un esfuerzo sin descanso. A cada uno toca examinar su conciencia, que tiene una nueva voz en nuestra época. ¿Está dispuesto a sostener con su dinero las obras y las empresas organizadas en favor de los más pobres? ¿A pagar más impuestos para que los poderes públicos intensifiquen su esfuerzo para el desarrollo? ¿A comprar más caros los productos importados a fin de remunerar más justamente al productor? ¿A expatriarse por sí mismo, si es joven, ante la necesidad de ayudar este crecimiento de las naciones jóvenes?

48.—DEBER DE SOLIDARIDAD

El deber de solidaridad de las personas es también el de los pueblos: "Los pueblos ya desarrollados tienen la obligación gravísima de ayudar a los países en vía de desarrollo".⁵³ Se debe poner en práctica esta enseñanza conciliar. Si es normal que una población sea el primer beneficiario de los dones otorgados por la Providencia como fruto de su trabajo, no puede ningún pueblo, sin embargo, pretender reservar sus riquezas para su uso exclusivo. Cada pueblo debe producir más y mejor, a la vez para dar a sus súbditos un nivel de vida verdaderamente humano y para contribuir también al desarrollo solidario de la Humanidad. Ante la creciente indigencia

⁵² Cf. LK 16: 19-31.

⁵³ Gaudium et Spes, N. 86, Sec. 3.

de los países subdesarrollados, se debe considerar como normal el que un país desarrollado consagre una parte de su producción a satisfacer las necesidades de aquéllos. Igualmente es normal que forme educadores, ingenieros, técnicos, sabios que pongan su ciencia y su competencia al servicio de ellos.

48.—LO SUPERFLUO

Hay que decirlo una vez más: lo superfluo de los países ricos debe servir a los países pobres. La regla que antiguamente valía en favor de los más cercanos debe aplicarse hoy a la totalidad de las necesidades del mundo. Los ricos, por otra parte, serán los primeros beneficiados de ello. Si no, su prolongada avaricia no hará más que suscitar el juicio de Dios y la cólera de los pobres, con imprevisibles consecuencias. Replegadas en su egoísmo, las civilizaciones actualmente florecientes atentarían a sus valores más altos, sacrificando la voluntad de ser más al deseo de poseer en mayor abundancia. Y se aplicaría a ellos la parábola del hombre rico, cuyas tierras había producido mucho y que no sabía almacenar la cosecha.

Dios le dice: "Insensato, esta misma noche te pedirán el alma".⁵⁴

50.—PROGRAMAS

Estos esfuerzos, a fin de obtener su plena eficacia, no deberían permanecer dispersos o aislados, y menos aún, puestos por razones de prestigio o poder: La situación exige programas concertados. En efecto, un programa es más y es mejor que una ayuda ocasional dejada a la buena voluntad de cada uno. Supone, nos lo hemos dicho ya antes, estudios profundos, fijar los objetivos, determinar los medios, aunar los esfuerzos, a fin de responder a las necesidades presentes y a las exigencias previsibles. Más aún, sobrepasa las perspectivas del crecimiento económico y del progreso social: Da sentido y valor a la obra que debe realizarse. Arreglando el mundo, valoriza al hombre.

51.—HARA FALTA IR MAS LEJOS AUN

Nos, pedimos en Bombay,⁵⁵ la constitución de un gran fondo mundial, alimentado con una parte de los gastos militares, a fin de ayudar a los más

⁵⁴ LK 12: 20.

⁵⁵ Mensaje al Mundo confiado a los periodistas, el 4 de diciembre de 1964, CF. AAS 57 (1965), p. 135.

desheredados. Esto que vale la pena para la lucha inmediata contra la miseria, vale igualmente a escala del desarrollo. Sólo una colaboración mundial, de la cual un fondo común sería al mismo tiempo símbolo e instrumento, permitiría superar las rivalidades estériles y suscitar un diálogo pacífico y fecundo entre todos los pueblos.

52.—SUS VENTAJAS

Sin duda acuerdos bilaterales o multilaterales pueden seguir existiendo: ellos permiten sustituir las relaciones de dependencia y las amarguras surgidas en la era colonial por felices relaciones de amistad, desarrolladas sobre un pie de igualdad jurídica y política. Pero incorporados en un programa de colaboración mundial, se verían libres de toda sospecha. Las desconfianzas de los beneficiarios se atenuarían. Estos temerían menos ciertas manifestaciones disimuladas bajo la ayuda financiera o la asistencia técnica de lo que se ha llamado neocolonialismo, bajo forma de presiones políticas y económicas encaminadas a defender o conquistar una hegemonía dominadora.

53.—SU URGENCIA

¿Quién no ve además que tal fondo facilitaría la reducción de ciertos despilfarros, fruto del temor o del orgullo? Cuando tantos pueblos tienen hambre, cuando tantos hogares sufren la miseria, cuando tantos hombres viven sumergidos en la ignorancia, cuando aún quedan por construir tantas escuelas, hospitales, viviendas dignas de este nombre, todo derroche público o privado, todo gasto de ostentación nacional o personal, toda carrera de armamentos se convierte en un escándalo intolerable. Nos vemos obligados a denunciarlo. Quieran los responsables oírnos antes que sea demasiado tarde.

54.—DIALOGO QUE DEBE COMENZAR

Esto quiere decir que es indispensable que se establezca entre todos el diálogo, a favor del cual nos hacíamos votos en nuestra primera enciclica "Ecclesium Suam".⁵⁶ Este diálogo entre quienes aportan los medios y quienes se benefician de ellos, permitirá medir las aportaciones, no sólo

⁵⁶ Cf. AAS 56 (1964), pp. 639 y siguiente.

⁵⁶ Cf. AAS 56 (1964), pp. 639-40.

de acuerdo con la generosidad y las disponibilidades de los unos, sino también en función de las necesidades reales y de las posibilidades de empleo de los otros. Entonces los países en vía de desarrollo no correrán en adelante el riesgo de estar abrumados de deudas, cuya satisfacción absorbe la mayor parte de sus beneficios. Las tasas de interés y la duración de los préstamos deberán disponerse de manera soportable para unos y para otros, equilibrando las ayudas gratuitas, los préstamos sin interés, o con un interés mínimo y la duración de las amortizaciones. A quienes proporcionen los medios financieros se les podrán dar garantías sobre el empleo que se hará del dinero, según el plan convenido y con una eficiencia razonable, puesto que no se trata de favorecer a los perezosos y parásitos. Y los beneficiarios podrán exigir que no haya ingerencia en su política y que no se perturbe su estructura social.

Cómo estados soberanos, a ellos les corresponde dirigir por sí mismos los asuntos, determinar su política y orientarse libremente hacia la forma de sociedad que han escogido. Se trata por lo tanto, de instaurar una colaboración voluntaria, una participación eficaz de unos con otros en una dignidad igual, para la construcción de un mundo más humano.

55.—SUS NECESIDADES

La tarea podría parecer imposible en regiones donde la preocupación por la subsistencia cotidiana acapara toda la existencia de familias incapaces de concebir un trabajo que les prepare para un porvenir menos miserable. Y sin embargo, es precisamente a estos hombres y mujeres a quienes hay que ayudar, a quienes hay que convencer de que realicen ellos mismos su propio desarrollo y que adquieran progresivamente los medios para ello. Esta obra común no irá adelante, claro está, sin un esfuerzo concertado, constante y animoso. Pero que cada uno se persuada profundamente: está en juego la vida de los pueblos pobres, la paz civil de los países en vía de desarrollo, y la paz del mundo.

56.—EQUIDAD EN LAS RELACIONES

Los esfuerzos aun considerables, que se han hecho para ayudar en el plan financiero y técnico a los países en vía de desarrollo, serían ilusorios si sus resultados fuesen parcialmente anulados por el juego de las relaciones comerciales entre países ricos y entre países pobres. La confianza de estos

últimos se quebrantaría si tuviesen la impresión de que una mano les quita lo que la otra les da.

57.—DISTORSION CRECIENTE

Las naciones altamente industrializadas exportan sobre todo productos elaborados, mientras que las economías poco desarrolladas no tienen para vender más que productos agrícolas y materias primas. Gracias al progreso técnico, los primeros aumentan rápidamente de valor y encuentran suficiente mercado. Por el contrario, los productos primarios que provienen de los países subdesarrollados sufren amplias y bruscas variaciones de precio, muy lejos de esa plusvalía progresiva. De ahí provienen para las naciones poco industrializadas grandes dificultades, cuando han de confiar con sus exportaciones para equilibrar su economía y realizar su plan de desarrollo. Los pueblos pobres permanecen siempre pobres, y los ricos se hacen cada vez más ricos.

58.—MAS ALLA DEL LIBERALISMO

Es decir que la regla de libre cambio no puede seguir rigiendo ella sola las relaciones internacionales. Sus ventajas son ciertamente evidentes cuando las partes no se encuentran en condiciones demasiado desiguales de potencia económica: es un estímulo del progreso y recompensa al esfuerzo. Por eso los países industrialmente desarrollados ven en ella una ley de justicia. Pero ya no es lo mismo cuando las condiciones son demasiado desiguales de país a país. Los precios que se forman "libremente" en el mercado pueden llevar consigo resultados no equitativos. Es por consiguiente el principio fundamental del liberalismo, como regla de los intercambios comerciales, el que está aquí en litigio.

59.—JUSTICIA DE LOS CONTRATOS A ESCALA DE LOS PUEBLOS

La enseñanza de León XIII en la "Rerum Novarum",⁵⁷ conserva su validez: El consentimiento de las partes, si están en situaciones demasiado desiguales, no basta para garantizar la justicia del contrato, y la regla del libre consentimiento queda subordinada a las exigencias del derecho natural. Lo que era verdadero acerca del justo salario individual, lo es también respecto a los contratos internacionales: una economía de intercambio no puede seguir descansando sobre la sola ley de la libre competencia que engendra también

demasiado a menudo una dictadura económica. El libre intercambio sólo es equitativo si está sometido a las exigencias de la justicia social.

60.—MEDIDAS QUE HAY QUE TOMAR

Por lo demás, esto lo han comprendido los mismos países desarrollados, que se esfuerzan con medidas adecuadas por restablecer, en el seno de su propia economía un equilibrio que la competencia, dejada a su libre juego, tiende a comprometer. Así sucede que a menudo sostienen su agricultura a costa de sacrificios impuestos a los sectores económicos más favorecidos. Así también, para mantener las relaciones comerciales que se desenvuelven entre ellos, particularmente en el interior de un mercado común, su política financiera, fiscal y social se esfuerza por procurar, a las industrias concurrentes de prosperidad desigual, oportunidades semejantes.

61.—CONVENCIONES INTERNACIONALES

No estaría bien usar aquí dos pesos y dos medidas. Lo que vale en economía nacional, lo que se admite entre países desarrollados, vale también en las relaciones comerciales entre países ricos y países pobres. Sin abolir el mercado de competencia, hay que mantenerlo dentro de los límites que lo hacen justo y moral, y es por tanto, humano. En el comercio entre economías desarrolladas y subdesarrolladas las situaciones son demasiado disparas y las libertades reales demasiado desiguales. La justicia social exige que el comercio internacional, para ser humano y moral, restablezca entre las partes al menos una cierta igualdad de oportunidades. Esta última es un objetivo a largo plazo. Mas para llegar a él es preciso crear desde ahora una igualdad real en las discusiones y negociaciones. Aquí también serían útiles convenciones internacionales de radio suficientemente vasto. Ellas establecerían normas generales con vistas a regularizar ciertos precios, garantizar determinadas producciones, sostener ciertas industrias nacientes. ¿Quién no ve que tal esfuerzo común hacia una mayor justicia en las relaciones comerciales entre los pueblos aportaría a los países en vías de desarrollo una ayuda positiva, cuyos efectos no serían solamente inmediatos, sino duraderos?

62.—OBSTACULOS QUE HAY QUE REMONTAR: EL NACIONALISMO

Todavía otros obstáculos se oponen a la formación de un mundo más justo y más estructurado dentro de una solidaridad universal; queremos hablar del

⁵⁷ Cf. Acta Leonis XIII, T. XI (1892), p. 131.

nacionalismo y del racismo. Es natural que comunidades recientemente llegadas a su independencia política sean celosas de una unidad nacional aún frágil y que se esfuercen por protegerla. Es normal también que naciones de vieja cultura estén orgullosas del patrimonio que les ha legado su historia. Pero estos legítimos sentimientos deben ser sublimados por la caridad universal que engloba a todos los miembros de la familia humana. El nacionalismo aísla los pueblos en contra de lo que es su verdadero bien. Sería particularmente nocivo allí en donde la debilidad de las economías nacionales exige por el contrario la puesta en común de los esfuerzos, de los conocimientos y de los medios financieros, para realizar los programas de desarrollo e incrementar los intercambios comerciales y culturales.

63.—EL RACISMO

El racismo no es patrimonio exclusivo de las naciones jóvenes, en las que a veces se disfraza bajo las rivalidades de clases y de grupos políticos, con gran perjuicio de la justicia y con peligro de la paz civil. Durante la era colonial se ha creado a menudo un muro de separación entre colonizadores e indígenas, poniendo obstáculos a una fecunda inteligencia recíproca y provocando muchos rencores como consecuencia de verdaderas injusticias. Es también un obstáculo a la colaboración entre naciones menos favorecidas y un fermento de división y de odio en el seno mismo de los Estados cuando, con menosprecio de los derechos imprescindibles de la persona humana, individuos y familias se ven injustamente sometidos a un régimen de excepción, por razón de su raza o de su color.

64.—HACIA UN MUNDO SOLIDARIO

Tal situación, tan cargada de amenazas para el porvenir, nos aflige profundamente. Abrigamos, con todo, la esperanza de que una necesidad más sentida de colaboración y un sentido más agudo de la solidaridad, acabarán por prevalecer sobre las incomprensiones y los egoísmos. Nos, esperamos que los países cuyo desarrollo está menos avanzado sabrán aprovecharse de su vecindad para organizar entre ellos, sobre áreas territorialmente extensas, zonas de desarrollo conjunto: Establecer programas comunes, coordinar las inversiones, repartir las posibilidades de producción, organizar los intercambios. Esperamos también que las organizaciones multilaterales e internacionales encontrarán, por medio de una reorganización necesaria, los caminos que permitirán a los pueblos todavía subdesarrollados salir de los atolladeros en

los que parecen estar encerrados y descubrir por sí mismos, dentro de la fidelidad a su peculiar modo de ser, los medios para su progreso social y humano.

65.—PUEBLOS ARTIFICES DE SU DESTINO

Porque esa es la meta a la que hay que llegar. La solidaridad mundial cada día más eficiente debe permitir a los pueblos llegar a ser por sí mismos artífices de su destino. El pasado ha sido marcado demasiado recientemente por relaciones de fuerza entre las naciones. Venga el día en que las relaciones internacionales lleven el cuño del mutuo respeto y de la amistad, de la interdependencia en la colaboración y de la promoción común bajo la responsabilidad de cada uno. Los pueblos más jóvenes o más débiles reclaman tener su parte activa en la construcción de un mundo mejor, más respetuoso de los derechos y de la vocación de cada uno. Este clamor es legítimo. A la responsabilidad de cada quien corresponde el escucharlo y el responder a él.

66.—EL DEBER DE LA HOSPITALIDAD

El mundo está enfermo. Su mal está menos en la esterilización de los recursos y en su acaparamiento por parte de algunos, que en la falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos.

67.—LA CARIDAD UNIVERSAL

No, no insisteremos nunca demasiado en el deber de hospitalidad —deber de solidaridad humana y de caridad cristiana—, que incumbe tanto a las familias, como a las organizaciones culturales de los países que acogen a los extranjeros. Es necesario multiplicar residencias y hogares que acojan sobre todo a los jóvenes. Esto, ante todo, para protegerles contra la soledad, del sentimiento de abandono, de la angustia, que destruyen todo resorte moral. También para defenderles contra la situación malsana en que se encuentran, forzados a comparar la extrema pobreza de su patria con el lujo y el derroche que a menudo les rodea, y asimismo para ponerles al abrigo de doctrinas subversivas y de tentaciones agresivas que les asaltan ante el recuerdo de tanta "misericordia inmerecida".⁵⁸ Sobre todo, en fin, para ofrecerles con el calor de una acogida fraterna el ejemplo de una vida sana, la estima de la caridad cristiana auténtica y eficaz, el aprecio de los valores espirituales.

⁵⁸ Cf. *Ibid.*, p. 98.

68.—EL DRAMA DE LOS JOVENES ESTUDIANTES

Es doloroso pensarlo: numerosos jóvenes, venidos a países más avanzados para recibir la ciencia, la competencia y la cultura que les harán más aptos para servir a su patria, adquieren ciertamente una formación más cualificada, pero pierden demasiado a menudo la estima de unos valores espirituales que muchas veces se encuentran, como precioso patrimonio, en aquellas civilizaciones que les han visto crecer.

69.—TRABAJADORES EMIGRADOS

La misma acogida debe ofrecerse a los trabajadores emigrados que viven muchas veces, en condiciones inhumanas, ahorrando de su salario para sostener a sus familias, que se encuentran en la miseria en su suelo natal.

70.—SENTIDO SOCIAL

Nuestra segunda recomendación va dirigida a aquellos a quienes sus negocios llaman a países recientemente abiertos a la industrialización: industriales, comerciantes, dirigentes o representantes de las grandes empresas. Sucede a menudo que no están desprovistos de sentido social en su propio país. ¿Por qué retroceden de nuevo a los principios inhumanos del feudalismo cuando trabajan en países menos desarrollados? La superioridad de su situación debería, al contrario, convertirlos en los iniciadores del progreso social y de la promoción humana allí donde sus negocios les llaman. Su mismo sentido de organización debería sugerirles los medios de valorizar el trabajo indígena, de formar obreros calificados, de preparar ingenieros y mandos intermedios, de dejar sitio a sus iniciativas, de introducirles progresivamente en los puestos más elevados, disponiéndoles así para que en un próximo porvenir puedan compartir con ellos las responsabilidades de la dirección. Que al menos la justicia regule siempre las relaciones entre jefes y subordinados. Que unos contratos bien establecidos rijan las obligaciones recíprocas. Que no hay nada, en fin, sea cual sea su situación, que les deje injustamente sometidos a la arbitrariedad.

71.—MISIONES DE DESARROLLO

Cada vez son más numerosos, nos alegramos de ello, los técnicos enviados en misión de desarrollo por las instituciones internacionales o bilaterales u orga-

nismos privados. "No deben comportarse como dominadores, sino como asistentes y colaboradores".⁵⁹ Un pueblo percibe en seguida si los que vienen en su ayuda lo hacen con o sin afecto, para aplicar unas técnicas o para darle al hombre todo su valor. Su mensaje queda expuesto a no ser recibido, si no va acompañado del amor fraterno.

72.—CUALIDADES DE LOS TECNICOS

A la competencia técnica necesaria, tienen, pues, que añadir las señales auténticas de un amor desinteresado. Libres de todo orgullo nacionalista, como de toda apariencia de racismo, los técnicos deben aprender a trabajar en estrecha colaboración con todos.

Saben que su competencia nos les confiere una superioridad en todos los terrenos. La civilización que les ha formado contiene ciertamente elementos de humanismo universal, pero ella no es única ni exclusiva y no puede ser importada sin adaptación. Los agentes de estas misiones se esforzarán sinceramente por descubrir, junto con su historia, los componentes y las riquezas culturales del país que les recibe. Se establecerá con ello un contacto que fecundará una y otra civilización.

73.—DIALOGOS DE CIVILIZACIONES

Entre las civilizaciones, como entre las personas, un diálogo sincero es, en efecto, creador de fraternidad. La empresa del desarrollo acercará los pueblos en las realizaciones que persigue el común esfuerzo, si todos, desde los gobernantes y sus representantes hasta el más humilde técnico, se sienten animados por un amor fraternal y movidos por el deseo sincero de construir una civilización de solidaridad mundial. Un diálogo centrado sobre el hombre y no sobre los productos o sobre las técnicas, comenzará entonces. Será fecundo si aporta a los pueblos que de él se benefician, los medios que lo eleven y lo espiritualicen, si los técnicos se hacen educadores y si las enseñanzas impartidas están marcadas por una cualidad espiritual y moral tan elevadas que garanticen un desarrollo no solamente económico, sino también humano. Más allá de la asistencia técnica, las relaciones así establecidas perdurarán. ¿Quién no ve la importancia que entonces tendrán para la paz del mundo?

⁵⁹ Gaudium et Spes, N. 85 Sec. 2.

74.—LLAMAMIENTO A LOS JOVENES

Muchos jóvenes han respondido ya con ardor y entrega a la llamada de Pío XII para un laicado misionero.⁶⁰ Son muchos también los que se han puesto espontáneamente a disposición de los organismos, oficiales o privados, que colaboran con los pueblos en vía de desarrollo. Nos, sentimos viva satisfacción al saber que en ciertas naciones el "servicio militar" puede convertirse en parte en un "servicio social", un simple servicio. Nos, bendecimos estas iniciativas y la buena voluntad de los que las secundan. Ojalá que todos puedan escuchar la llamada de Cristo: "Tuve hambre y me dísteis de comer, tuve sed y me dísteis de beber, fui un extranjero y me recibisteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, estuve en la cárcel, y me visitasteis a ver".⁶¹

Nadie puede permanecer indiferente ante la suerte de sus hermanos que todavía yacen en la miseria, presas de la ignorancia, víctimas de la inseguridad. Como el corazón de Cristo, el corazón del cristiano debe sentir compasión de tanta miseria: "Siento compasión por esta muchedumbre".⁶²

75.—PLEGARIA Y ACCION

La oración de todos debe subir con fervor al Todopoderoso, a fin de que la Humanidad, conciente de tan grandes calamidades, se aplique con inteligencia y firmeza a abolirlas. A esta oración debe corresponder la entrega completa de cada uno, en la medida de sus fuerzas y de sus posibilidades, a la lucha contra el subdesarrollo. Que los individuos, los grupos sociales y las naciones se den fraternalmente la mano, el fuerte ayudando al débil a levantarse, poniendo en ello toda su competencia, su entusiasmo y su amor desinteresado. Más que nadie, el que está animado de una verdadera caridad es ingenioso para descubrir las causas de la miseria, para encontrar los medios de combatirla, para vencerla con intrepidez. Amigo de la paz, "proseguiré su camino, irradiando alegría y derramando luz y gracia en el corazón de los hombres en toda la faz de la tierra, haciéndoles descubrir, por encima de todas las fronteras, el rostro de los hermanos, el rostro de los amigos".⁶³

⁶⁰ Cf. Encíclica *Fidei Donum*, 21 de abril de 1957, AAS 49 (1957), p. 246.

⁶¹ Mateo 25: 35-36.

⁶² Mateo 8: 2.

⁶³ Alocución de Juan XXIII al recibir el Premio Bolzoc de Paz, el 10 de mayo de 1963, AAS 55 (1963), p. 455.

76.—EL DESARROLLO ES EL NUEVO NOMBRE DE LA PAZ

Las diferencias, económicas, sociales y culturales demasiado grandes entre los pueblos provocan tensiones y discordias; y ponen la paz en peligro. Como Nos dijimos a los padres conciliares a la vuelta de nuestro viaje de paz a la ONU, "la condición de los pueblos en vía de desarrollo debe ser el objeto de nuestra consideración, o mejor aún, nuestra caridad con los pobres que hay en el mundo —y éstos son legiones infinitas—. Debe ser más atenta, más activa, más generosa"⁶⁴. Combatir la miseria y luchar contra la injusticia, es promover, a la par que el mayor bienestar, el progreso humano y espiritual de todos y por consiguiente el bien común de la humanidad. La paz no se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas.

La paz se construye día a día, en la instauración de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres.⁶⁵

77.—SALIR DEL AISLAMIENTO

Constructores de su propio desarrollo, los pueblos son los primeros responsables de él. Pero no lo realizarán en el aislamiento. Los acuerdos regionales entre los pueblos débiles a fin de sostenerse mutuamente, los acuerdos más amplios para venir en su ayuda y las conferencias más ambiciosas entre unos y otros para establecer programas concertados, son los jalones de este camino del desarrollo que tiende a la paz.

78.—HACIA UNA AUTORIDAD MUNDIAL EFICAZ

Esta colaboración internacional a vocación mundial, requiere unas instituciones que la preparen, la coordinen y la rijan hasta constituir un orden jurídico universalmente reconocido. De todo corazón. Nos, alentamos las organizaciones que han puesto mano en esta colaboración para el desarrollo, y deseamos que crezca su autoridad. "Vuestra vocación, dijimos a los representantes de las Naciones Unidas en Nueva York, es la de hacer fraternizar, no solamente a algunos pueblos, sino a todos los pueblos. ¿Quién no ve la necesidad de llegar así progresivamente a instaurar una autoridad mundial que pueda actuar eficazmente en el terreno jurídico y en el de la política".⁶⁶

⁶⁴ AAS 57 (1965), p. 896.

⁶⁵ Cf. Encíclica *Pacem in Terris*, 11 de abril de 1963, AAS 55 (1963), p. 301.

⁶⁶ AAS 57 (1965), p. 880.

79.—ESPERANZA FUNDADA EN UN MUNDO MEJOR

Algunos creerán utópicas tales esperanzas.

Tal vez no sea consistente su realismo y tal vez no hayan percibido el dinamismo de un mundo que quiere vivir más fraternalmente y que, a pesar de sus ignorancias, sus errores, sus recaídas en la barbarie y sus alejados extravíos fuera del camino de la salvación, se acerca lentamente, aun sin darse de ello cuenta, hacia su Creador.

Este camino hacia más y mejores sentimientos de humanidad pide esfuerzo y sacrificio, pero el mismo sufrimiento, aceptado por amor hacia nuestros hermanos, es portador de progreso para toda la familia humana. Los cristianos saben que la unión al sacrificio del Salvador contribuye a la edificación del cuerpo de Cristo en su plenitud: el pueblo de Dios reunido.⁶⁷

80.—TODOS SOLIDARIOS

En esta marcha, todos somos solidarios. A todos hemos querido. Nos recordar la amplitud del drama y la urgencia de la obra que hay que llevar a cabo. La hora de la acción ha sonado ya: la supervivencia de tantos niños inocentes, el acceso a una condición humana de tantas familias desgraiadas, la paz del mundo, el porvenir de la civilización, están en juego. Todos los hombres y todos los pueblos deben asumir sus responsabilidades.

81.—CATOLICOS

Nos, conjuramos en primer lugar a todos nuestros hijos.

En los países en vía de desarrollo no menos que en los otros, los seculares deben asumir como tarea propia la renovación del orden temporal. Si el papel de la jerarquía es el de enseñar e interpretar auténticamente los principios morales que hay que seguir en este terreno, a los seculares les corresponde con su libre iniciativa y sin esperar pasivamente consignas y directrices, penetrar de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que viven,⁶⁸ los cambios son necesarios, las reformas profundas, indispensables: deben emplearse resueltamente en infundirles el espíritu evangélico. A nuestros hijos católicos, de los países más favorecidos, Nos, pedimos que aporten su competencia y

⁶⁷ Cf. Ef. 4: 12—Lumen Gentium, N. 13:

⁶⁸ Cf. Apostolicam Actuo Sitatem, NN. 7, 13 y 24.

su activa participación en las organizaciones oficiales o privadas, civiles o religiosas, dedicadas a superar las dificultades de los países en empeño pidiendo estar en primera fila entre aquellos que trabajan por llevar a la realidad de los hechos una moral internacional basada en principios de equidad.

82.—CRISTIANOS Y CREYENTES

Todos los cristianos, nuestros hermanos, Nos estamos seguros de ello, querrán ampliar su esfuerzo y concertarlo a fin de ayudar al mundo a triunfar del egoísmo, del orgullo y de las rivalidades, a superar las ambiciones, y las injusticias, a abrir todos los caminos de una vida más humana en la que cada uno sea amado y ayudado como su prójimo y su hermano. Todavía emocionado por nuestro inolvidable encuentro de Bombay con nuestros hermanos no-cristianos, de nuevo Nos les invitamos a laborar con todo su corazón y con toda su inteligencia para que todos los hijos de los hombres puedan llevar una vida digna de hijos de Dios.

83.—HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

Finalmente, Nos nos dirigimos a todos los hombres de buena voluntad conscientes de que el camino de la paz pasa por el desarrollo. Delegados en las instituciones internacionales, hombres de Estado, publicistas, educadores, todos, cada uno en nuestro sitio, vosotros sois los constructores de un mundo nuevo. Nos, suplicamos al Dios Todopoderoso que ilumine vuestras inteligencias y os dé nuevas fuerzas y aliento para poner en estado de alerta a la opinión pública y comunicar entusiasmo a los pueblos. Educadores, a vosotros os pertenece despertar ya desde la infancia el amor a los pueblos que se encuentran en la miseria. Publicistas, a vosotros corresponde poner ante nuestros ojos el esfuerzo realizado para promover la mutua ayuda entre los pueblos, así como también el espectáculo de las miserias que los hombres tienen tendencia a olvidar para tranquilizar sus conciencias: que los ricos sepan al menos que los pobres están a su puerta y aguardan las migajas de sus banquetes.

84.—HOMBRES DE ESTADO

Hombres de Estado, a vosotros os corresponde movilizar a vuestras comunidades en una solidaridad mundial más eficaz, y ante todo hacerles aceptar las necesarias disminuciones de su lujo y de sus dispendios para promover

el desarrollo y salvar la paz. Delegados de las organizaciones internacionales, de vosotros depende que el peligroso y estéril enfrentamiento de fuerzas deje paso a la colaboración amistosa, pacífica y desinteresada, a fin de lograr un progreso solidario de la humanidad en el que todos los hombres puedan desarrollarse.

85.—SABIOS

Y si es verdad que el mundo se encuentra en un lamentable vacío de ideas, Nos, hacemos un llamamiento a los pensadores y a los sabios, católicos, cristianos, adoradores de Dios, ávida de absoluto, de justicia y de verdad: todos los hombres de buena voluntad. A ejemplo de Cristo, nos atrevemos a rogaros con insistencia: "Buscad y encontraréis",⁹⁹ emprended los caminos que conducen a través de la colaboración, de la profundización del saber, de la amplitud del corazón, a una vida más fraternal en una comunidad humana verdaderamente universal.

86.—TODOS A LA OBRA

Vosotros todos los que habéis oído la llamada de los pueblos que sufren, vosotros los que trabajáis para darles una respuesta, vosotros sois los apóstoles del desarrollo auténtico y verdadero que no consiste en la riqueza egoísta y deseada por sí misma, sino en la economía al servicio del hombre, el pan de cada día distribuido a todos, como fuente de fraternidad y signo de la providencia.

De todo corazón Nos os bendecimos y Nos os hacemos un llamamiento a todos los hombres para que se unan fraternalmente a vosotros. Porque si el desarrollo es el nuevo nombre de la paz, ¿quién no querrá trabajar con todas sus fuerzas para que respondáis a nuestro grito de angustia, en el nombre del Señor?

EL VATICANO, EN LA FIESTA DE PASCUA

26 de marzo de 1967. PABLO PP. VI.

⁹⁹ Lucas 11: 9.

LIBROS RECIBIDOS

Ernesto Che Guevara, *El socialismo y el hombre en Cuba*. 45 Págs. Ediciones Políticas, Instituto del Libro, La Habana, 1967.

Fidel Castro, *La historia me absolverá*. 141 Págs., Ediciones Políticas, Instituto del Libro, La Habana, 1967.

Raimundo Lazo, *Historia de la literatura cubana*. 251 Págs. Editora Universitaria, La Habana, 1967.

Resoluciones de la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad. 140 Págs., Instituto del Libro, La Habana, 1967.

Laszlo Moholy. *La nueva visión y reseña de un artista*. 183 Págs., Edición Revolucionaria, La Habana, 1966.

Bertrand Russell, *War crimes in Viet Nam*, 178 Págs., Londres, 1967.

REVISTAS

HORA CERO. Testimonios revolucionarios de América Latina. Número 1, junio-julio de 1967, México.

Una nueva publicación destinada a presentar materiales que explican el sentido y las perspectivas de la lucha revolucionaria en América Latina.

AMERICA LATINA. Revista teórica del Movimiento Revolucionario Oriental. Nro. 2, julio de 1967.

Dedicada al enfoque de los problemas teóricos de la revolución latinoamericana; en este número se reproduce el ensayo de Régis Debray «El Castrismo: la larga marcha de América Latina».

TRICONTINENTAL. Órgano teórico del Secretariado ejecutivo de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina, Nro. 1, julio-agosto de 1967.

«La revista *Tricontinental* se propone recoger en sus páginas las colaboraciones de los más destacados dirigentes del Tercer Mundo así como de los intelectuales revolucionarios que están íntimamente ligados a las manifestaciones culturales de los países subdesarrollados». (Del editorial del número 1).

Los autores

George Ware, de 27 años, graduado del Tuskegee Institute, miembro del Comité Central del SNCC y Responsable de programas para las universidades.

Harry Magdoff, economista norteamericano.

Donald Barnett, antropólogo norteamericano, actualmente reside en Africa. Coautor del libro *Mau-Mau From Within*.

Thomas G. Buchanan, periodista norteamericano, autor del libro *¿Quién mató a Kennedy?*

Robert S. McNamara, Secretario de Defensa del gobierno de los Estados Unidos de América, representa una corriente centrista dentro de la extrema derecha.

Wilfred Burchett, periodista australiano, testigo del Tribunal internacional de Crímenes de guerra en Viet Nam. Autor de varios libros sobre la guerra de Viet Nam. Su último libro, *Again Korea?*, se encuentra en prensa.

Armando Hart, Secretario de Organización y miembro del Buró Político del Partido Comunista de Cuba.

Nicos Poulantzas, ensayista.

UNIDAD PRODUCTORA 09 DEL INSTITUTO DEL LIBRO, LA HABANA, CUBA.

HORA CERO

editores:

J. R. ANAYA ROSIQUE Y JULIAN MEZA

Apartado Postal M-7145

México, I, D. F.

México.

TRICONTINENTAL

Organo teórico del Secretariado Ejecutivo
de la Organización de Solidaridad de los Pueblos
de Asia, Africa y América Latina.

quaderni piacentini

Redazione:

PIACENZA, VIA POGGIALI 41,
ITALIA.

Quaderni rossi

Sono pubblicati dall' Istituto Rodolfo Morandi

Via Bligny, 10 Torino

Italia

**américa
latina**

Director:

ARIEL COLLAZO.

Redacción:

Minas 1417

Montevideo

Uruguay

Estimado lector:

LE INVITAMOS:

a expresarnos su opinión sobre **Pensamiento Crítico**, los materiales publicados y su presentación.

ESPERAMOS:

sus sugerencias sobre temas que le interesen ver publicados en nuestra revista

Agradecemos su respuesta, que debe enviar a:

Calle J No. 556, - Vedado, Habana, - Cuba.



CeD InCl

Estando impreso este número de PENSAMIENTO CRITICO, el Comandante Fidel Castro hizo pública la certeza de que el Comandante Ernesto "Che" Guevara había muerto en combate. La lucha contra el imperialismo fue el objetivo central de su vida. Al análisis de ese imperialismo, de sus estructuras, del pueblo que desde sus entrañas se le opone, va, como una gota más de odio, dedicado este número.

Demasiado sabemos que no es suficiente homenaje para el Che, demasiado sabemos que no lo es tampoco el próximo, conformado con su pensamiento. El homenaje verdadero, el único posible, lo están entonando los pueblos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.